

UNIVERSITY OF CHICAGO

ONOMA DENUE  
BIBLIOTECA

UP

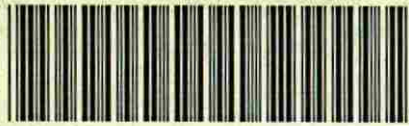
J SAND

DE GASTILLO

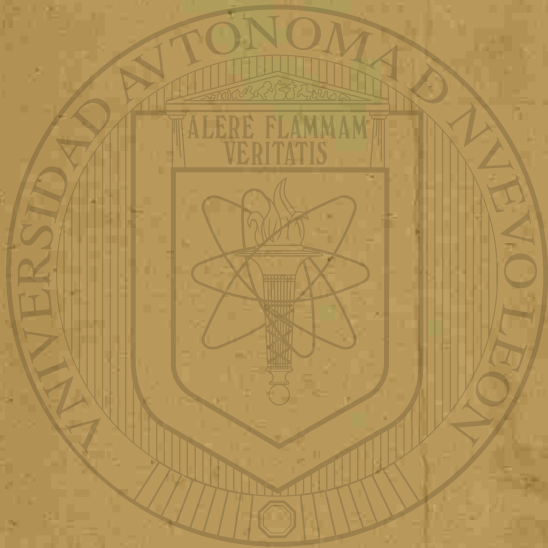
DE

RAMABANDI

RAED  
PQ2399  
C48



1020026788

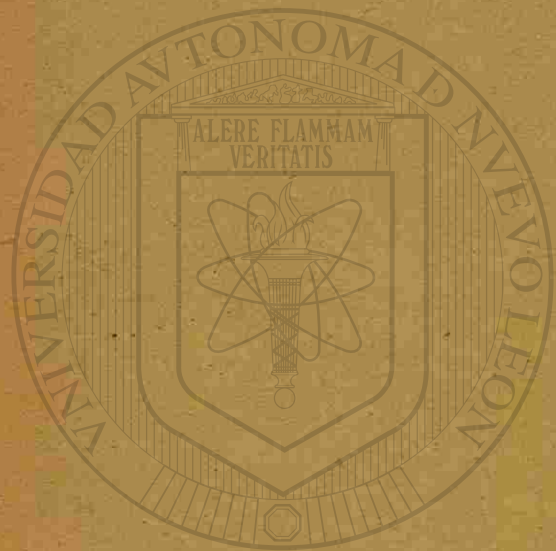


UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE

Núm. Clas	_____
Núm. Autor	_____ <sup>N</sup> 21322
Núm. Adg.	_____ 30720 (R)
Procedencia	_____ -8-
Precio	_____ ECAS
Fecha	_____
Clasificó	_____ 24
Catalogó	_____

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



EL CASTILLO

# FLAMARANDE

POR

JORGE SANTA

VERSIÓN CASTELLANA

DE P. SAN ROMÁN



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS



93286

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Año 1625 MONTERREY, MEXICO

MADRID  
EL COSMOS EDITORIAL  
ARCO DE SANTA MARÍA, 4, BAJO

1887

30730

843  
PQ 2399  
C 48



*Es propiedad.  
Queda hecho el depósito  
que marca la ley.*

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

MADRID, 1887.—Est. TIP. «SUCESESORES DE RIVADENEYRA»,  
Paseo de San Vicente, núm. 20.

## EL CASTILLO DE FLAMARANDE

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

I.

Flamarande, Julio 1874.

Yo he sido uno de los primeros actores del romántico drama de Flamarande, y creo que nadie podrá mejor que yo contar sus causas y detalles, conocidos tan sólo de escaso número de personas, or más que haya dado mucho que hablar y de muy diversas maneras. He llegado á la edad en que las cosas se juzgan imparcialmente. Contaré, pues, lo bueno y lo malo de mi conducta en esta extraña aventura.

Tengo hoy setenta años, y ya hace diez que dejé el servicio de la familia Flamarande. Vivo de mis rentas, sin ningún lujo, pero sin carecer de nada.

Ocupo mis ocios en escribir, no mi vida, sino los veinte años de ella que he consagrado al servicio de los Condes.

En 1840 entré al servicio del señor Conde Adal-

berto de Flamarande en calidad de ayuda de cámara. Las gentes del día no pueden formarse una idea exacta de lo que era un verdadero ayuda de cámara en las familias antiguas, y, á decir verdad, yo quizá soy uno de los últimos representantes del tipo apropiado á esta función.

Mi padre la había cumplido honradamente en casa de un Príncipe; pero llegó la revolución y sus amos tuvieron que emigrar. Entonces mi padre se hizo agente de negocios, y como era muy hábil, logró adquirir una pequeña fortuna. Era un hombre de mérito en su género, y siempre le oí decir que en su oficio era necesario poner la astucia al servicio de la verdad, y en caso de necesidad, el engaño al de la justicia.

Criado en estas ideas, yo tuve una educación seria; estudiaba el Derecho con mi padre y le aprendí en la práctica mejor que por los libros.

El autor de mis días no quiso que yo acabase la carrera de Derecho y me doctorase. Temía verme contraer la ambición del foro, y decía que á no tener cualidades naturales de que yo no estaba dotado, era el oficio más á propósito para morir de hambre, y que prefería legarme su agencia de negocios á que fuera un modesto empleado después de haber terminado mi carrera.

Desgraciadamente mi excelente padre tenía una pasión, era jugador; y cuando iba á entregarme sus negocios, se encontró que estaba tan lleno de deudas, que fué preciso buscarme una colocación donde pudiese ganar un modesto sueldo.

Por entonces fué cuando el Conde de Flamarande, que había ido á nuestra agencia en diferentes ocasiones, me hizo el ofrecimiento de tomarme á su servicio con el sueldo de tres mil francos anuales.

Mi padre me aconsejó que aceptase, pues aquella colocación me convenía indudablemente; pero yo hubiera deseado tener en ella el título de agente de negocios, de hombre de confianza, ó por lo menos de secretario. El Conde rehusó darme esta satisfacción.

—No váis á entrar—me dijo—en casa de un funcionario público ni de un escritor: nunca coartaré mi independencia, ni tampoco pienso dedicarme á las letras. Sería, pues, ridículo que yo tuviese un secretario. Sólo tengo necesidad de un servidor que me sea fiel, bastante bien educado para responderme si le hablo, y bastante instruido para aconsejarme si le consulto. Ese título que os repugna es muy digno en las personas de vuestra condición, puesto que vuestro padre le ha llevado

mucho tiempo, y al rechazarle me hacéis creer que tenéis ideas revolucionarias, en cuyo caso no podemos entendernos.

Entré, pues, en su casa como ayuda de cámara; y como mi padre murió poco tiempo después, dejando más de pasivo que de activo, no pude elegir mi modo de vivir, teniendo que resignarme á seguir sirviendo.

Deseaba pagar cuanto antes las deudas de mi padre, pues él me había enseñado á ser honrado y no quería que su memoria dejase de quedar en buen lugar.

Pedí una prórroga á los acreedores; pero me exigieron que les diese algo á cuenta, y me ví obligado á decir á mi amo que si tenía confianza en mí, se dignase adelantarme el salario de algunos años.

Entonces me hizo muchas preguntas, y después que le hube explicado minuciosamente mi situación, me dijo:

—Estimo mucho vuestra probidad y trataré de alentarla. Debéis treinta mil francos; pues bien, yo seré vuestro fiador, á fin de que todos los años podáis ir pagando esa deuda con la mitad de vuestro sueldo. De esta manera podréis pagar sin privaros de lo necesario, pues de otro modo viviríais á mi lado en la miseria.

Al cabo del primer año, mi amo, que estaba contento de mí, quiso pagar los intereses corrientes de la deuda paternal.

Desde aquel día, imponiéndome un deber de reconocimiento, acepté con gusto mi título de criado y la situación á que por toda mi vida iba á estar sujeto.

## II.

He contado lo que precede para explicar cómo me resigné á una condición servil sin tener carácter para ello.

Tenía el Conde Adalberto de Flamarande cuando entré en su servidumbre, treinta y cinco años, y yo treinta y seis. Parecía más joven aún á pesar de tener mala salud: era muy rico y acababa de casarse con la señorita Rolanda de Balmont, que poseía una fortuna de quinientos mil francos cuando más, pero que estaba dotada de una belleza incomparable y tenía diez y seis años.

Según decían, este matrimonio había sido un matrimonio por amor.

Adalberto de Flamarande había nacido celoso. Debo decir toda la verdad con respecto á él. Jamás

he conocido un hombre más desconfiado. Así es que cualquiera á quien él concediese algo de confianza podía sentirse orgulloso.

En la época en que empezaba yo á conocer su carácter fué cuando me presentó á su joven esposa.

Nunca mujer tan hermosa se había presentado á mi vista. El talle esbelto y las formas graciosas de una ninfa, pies y manos de niña, facciones regulares y sin defectos, una magnífica cabellera, voz dulce y armoniosa, sonrisa angelical y mirada inocente y franca, hacían de ella una criatura adorable.

Yo contemplé todos estos encantos con indiferencia, porque había adivinado que si manifestaba la más pequeña turbación, el señor Conde me pondría en la calle media hora después. También él comprendió al momento que yo era fuerte y estaba al abrigo de toda seducción; esta fué mi primera victoria contra su desconfianza.

Tres meses después de su matrimonio se dispónia á partir con su mujer á sus posesiones de Flamarande y pasar luego el verano en aquellas cercanías, en casa de una amiga de su familia, la Baronesa de Montsparre. No supe que tenía que acompañarle en este viaje hasta la víspera de la marcha. Me acuerdo que entonces me permití decirle una cosa que me atormentaba.

Había entrado en la casa con la condición de comer con el segundo ayuda de cámara y las doncellas de la señora, mientras que la gente de la cocina y caballerizas tenía su mesa aparte. Las personas con quienes yo comía estaban muy bien educadas, y por consiguiente su compañía no podía serme desagradable; pero temía mucho que en una casa extraña, medianamente montada, como era la de los Montsparre, había de sufrir mi dignidad en la mesa de los criados. Hoy ya no tengo esos reparos; pero los tenía entonces, y la idea de sentarme á comer al lado del mozo de cuadra y de la fregona me causaba un profundo disgusto. Así es que no pude menos de decirselo al Conde.

—Carlos—me respondió—esas son falsas delicadezas. La fregona de que habláis puede ser una muchacha más bonita que muchas señoras del gran mundo; y en cuanto á la cuadra, tiene un olor sano que no debe asustar á un caballero. Así, pues, os acostumbraréis á él si hace falta; y además, escuchad bien esto: estáis llamado á poseer un día mi absoluta confianza; en vos consiste merecerla ó no. La vida es un tejido de peligros para el honor y la razón de un hombre tan impresionable como yo. Es casi imposible saber la verdad del fondo de



las cosas dentro de un círculo en que la política consiste en mentir, y la afección en callar. ¿Sabéis dónde se descubre la verdad? En la antecámara, entre los criados. Allí nos juzgan, allí se cuentan y constan todas nuestras acciones en su más completa desuudez. Quiero, pues, que un hombre que me sea completamente adicto oiga y recoja la opinión de los criados por todas partes donde vaya conmigo. Nunca os preguntaré lo que concierne á los demás; pero quiero saber lo que digan de mí, y que estéis siempre en disposición de contarme las cosas cuando recurra á vos.

En aquel momento pensé que el Conde de Flamarande, al tratar de unirme más á él, me enviaba sin darse cuenta de ello; pero este pensamiento, que hoy vuelve á ocurrirme con tristeza, no hizo entonces más que atravesar mi imaginación. El amor propio le borró, y me prometí, con una especie de orgullo, ser, si era necesario, un espía al servicio de su amo.

Entonces me pregunté de qué ó de quién desconfiaba el Conde hasta el punto de necesitar un espía. Mi imaginación se perdía buscándole enemigos desconocidos que no lograba encontrar. ¿Estaría acaso el Conde atormentado por los celos? Pronto noté que no me equivocaba.

Pero ¿de quién podía estar celoso? Y si lo estaba de todo el mundo, ¿por qué presentaba á su mujer en sociedad con tanta ostentación? Se comprende que hubiera querido ocultar su tesoro, pero no que le expusiera á los ojos de todos, queriendo hacer muchos celosos de él, y sin pensar que se condenaba á ser él el primero.

Nunca he visto hombre más lógico ni más ilógico al mismo tiempo: lógico en detalle, es decir, cuando se trataba de un hecho aislado; pero ilógico en el conjunto, cuando había que encadenar los hechos. Poseía además una inteligencia superior y un corazón grande, como se verá á medida que avance en mi relato.

Una vez que mis repugnancias estuvieron, no diré combatidas, sino sofocadas por él, partimos para el campo.

Yo no conocía más que los alrededores de París y algunos pueblecillos donde mi padre me había mandado con diferentes comisiones relativas á sus negocios; así es que me gustaba viajar, sin haber viajado nunca realmente, y me agradaba mucho el campo, habiéndolo visto sólo de paso.

Cuando nos aproximábamos á Flamarande, oí que el señor decía á la señora:

— Querida mía, habéis visto muchas veces el

campo, pero nunca habéis admirado la naturaleza, y ahora vais á disfrutar de este espectáculo.

Aproveché esta advertencia y abrí mis ojos con atención y curiosidad.

### III.

Estábamos en el departamento del Cantal.

Habíamos corrido en posta día y noche desde Burdeos, donde el señor Conde se había detenido para terminar algunos asuntos.

El sol comenzaba á descender cuando llegamos á la cima de la montaña. El Conde y la Condesa se extasiaban en la contemplación del horizonte que se descubría desde allí; pero yo me sentía presa de un sentimiento de incomodidad y tristeza que muy pronto llegó á ser terror.

Sin duda era hermoso aquel espectáculo, y ahora que estoy acostumbrado á él lo conozco muy bien; pero en el primer momento el vértigo de la inmensidad por encima y por debajo de mí me turbó de tal modo, que estuve próximo á desvanecerme cuando nos detuvimos en un sitio terrible en que el camino tuerce bruscamente al borde de un precipicio.

Desde allí hasta Flamarande, que aun distaba algunas leguas, no había más que un camino malísimo y verdaderamente peligroso. El señor Conde, que iba allí por primera vez, se había informado y tomado muchas precauciones.

Dejamos los coches y los equipajes en una venta aislada, en cuya muestra se leía *La Violeta*. Allí nos esperaba una calesa de alquiler bastante ligera para transportarnos por aquellas alturas.

Cada uno de nosotros tomó un saco de noche; yo subí al pescante con Julia, la doncella de la señora, y los dos esposos entraron en el coche cambiando exclamaciones de admiración.

El señor tenía mucha imaginación y gusto. En cuanto á la señora, yo ignoraba si tenía talento.

Las mujeres, celosas de su belleza, decían que no tenía inteligencia, y los hombres respondían que era tan hermosa que no la necesitaba. Por mi parte puedo decir que como sólo la veía algunos instantes y nunca la oía hablar, no podía decir nada sobre este punto. Mi servicio me tenía casi siempre retirado en las habitaciones del Conde, pues yo no servía á la mesa como la mayor parte de los ayudas de cámara.

El señor hacía notar á su esposa la novedad y la belleza de aquellos sitios. Yo le escuchaba para

aprovechar sus conocimientos, cuando le oí dar un grito de sorpresa y pronunciar un nombre, nuevo para mí, ¡*Salcedo!*, dándome orden de detener los caballos.

En seguida echó pie á tierra y corrió á abrazar á un caminante que á primera vista hubiera podido tomarse por un aldeano. Era éste un joven alto, vestido con un traje de paño burdo, cubierto de polvo, y con un sombrero de fieltro, todo deformado por la lluvia. Detrás de él iba un campesino llevando una maleta, que al principio tomé por una caja de mercancías.

Aquel personaje problemático era el joven marqués Alfonso de Salcedo, amigo de la infancia del Conde de Flamarande. Éste le abrazó cordialmente y le presentó á su mujer diciendo:

—Nuestra amistad es hereditaria. Su padre y el mío se querían entrañablemente. Ya os he hablado de mi amigo Salcedo y os he dicho que era más joven que yo por la edad, aunque por su carácter es un viejo; pues ya le véis, en lugar de vivir en sociedad, donde podría hacer un gran papel, corre las montañas y los campos estudiando y haciéndose un sabio. Os ruego que le consideréis como un amigo.

La Condesa sonrió con gracia al viajero y le

preguntó si tendrían el placer de verle en Monteparre, donde pensaban dirigirse al día siguiente, después de visitar el viejo castillo de Flamarande. Salcedo respondió que también él se dirigía á Monteparre, donde pensaba pasar algunas semanas para descansar de los tres meses de viajes pedestres que había hecho por el Mediodía de Francia y el Norte de Italia.

El señor Conde le reprochó el no haber asistido á su matrimonio, cuando él hubiera tenido mucho gusto en que le sirviera de testigo.

Ya iban á despedirse, cuando la señora quiso apearse del coche para andar un poco, y todos tuvimos que seguirla.

—Vamos —dijo entonces el Conde— supongo que no tendrás tanta prisa que te impida acompañarnos durante diez minutos. Ofrece tu brazo á la Condesa y dinos, puesto que vienes de allí, en qué estado vamos á encontrar ese viejo nido de buitres.

—Os acompañaré hasta donde queráis—replicó Salcedo;—pero no ofreceré mi brazo en la disposición en que estoy; os seguiré para daros los informes necesarios.

Los hombres más formales tienen su lado frívolo, y el Conde se empeñó, tomándolo como una

diversión, en que Salcedo ofreciese el brazo á su mujer.

—Sabréis, mi querida amiga—la dijo—que Salcedo es un oso, y que vos me debéis ayudar á domesticarle. Está tan embebido en el estudio de los simples, que él ha permanecido simple y puro como la flor de los campos. Tiene miedo al bello sexo, y esto ha dado lugar á que le diésemos muchas bromas; pero no creáis que se ha defendido de que le llamáramos salvaje; al contrario, creo que está orgulloso de serlo.

Hablando así obligó á su amigo á que diera el brazo á la Condesa, lo cual hizo Salcedo con mucha naturalidad y con esa finura que distingue á los verdaderos hombres de mundo.

Como la Condesa demostraba tener miedo al precipicio, el Marqués de Salcedo la rogó que tomase su brazo izquierdo, á fin de colocarse entre ella y el abismo, y la dijo que Flamarande iba á ofrecerla muy mal albergue. El castillo estaba aún en pie, pero las habitaciones estaban destruídas, pues el padre de Adalberto le había visitado rara vez, y la familia había renunciado á habitarle desde el último siglo.

No pude seguir oyendo su conversación, porque el señor me mandó que fuese á recoger la sombrilla

lla de la Condesa, olvidada en la calesa, que nos seguía lentamente á bastante distancia, pues había estado un rato parada para que descansaran los caballos; así es que después de recoger la sombrilla tuve que correr para reunirme con mis amos, que estaban ya lejos.

Cuando los alcancé parecían muy alegres. La Condesa se reía al pensar que iba á pasar la noche en un castillo frecuentado por los buhos, cuyo grito la despertaría en medio de la noche. El Conde decía que la iba á presentar una aparición para probar su valor. El Marqués de Salcedo aseguraba haber dormido muy bien en la torrecilla, que estaba más limpia que el castillo, puesto que en ella no había ni un solo mueble, y en la cual se había hecho colocar un lecho de paja, donde aseguraba haber dormido perfectamente.

—Pues bien—le dijo el Conde;—puesto que has dormido tan bien allí, es necesario que aun duermas esta noche. No te dejes partir. Tú nos harás los honores de Flamarande, ya que le has habitado antes que nosotros y le abandonabas sin saber que llegábamos. Mañana visitaremos la propiedad, y pasado mañana iremos todos juntos á cenar á Monteparre.

## IV.

El Marqués de Salcedo se hizo rogar un poco, deseando que la Condesa tomase parte. Ésta, á instigación de su marido, volvió á posar su mano en el brazo del Marqués y le dijo con su voz dulce y su cándida sonrisa:

—Vamos, quedaos.

Verdaderamente los maridos, hasta que son engañados, están dotados de un candor asombroso; y así es que cuando lo son ó creen serlo, se les ve pasar de un extremo al otro. Yo, que jamás he tenido ninguna inclinación al matrimonio, fui en aquel momento tan perspicaz como mi amo ciego: esta fué mi primera observación en la vía que el Conde me había trazado, y se presentó ante mis ojos tan clara como tenebrosa.

El Marqués de Salcedo no había amado todavía, y se creía enamorado exclusivamente de la botánica. Era cándido como un niño, y niño era realmente, pues por esta época sólo contaba veintiún años; tenía gustos serios y consideraba á la mujer como un ser frívolo, enemigo del trabajo útil y del recogimiento; pero le había llegado la edad en que

la naturaleza habla más alto que la razón. Vió á aquella hermosa joven y al instante se enamoró de ella como un loco. La amó tanto más, cuanto que no se apercibió de ello por decirlo así; pero yo en cambio sí me apercibí, y como seguía fríamente y con la mayor atención sus movimientos y sus miradas, noté el cambio que se había operado en él.

Aquel joven, sin saberlo, había franqueado un abismo en un cuarto de hora. Su fisonomía y su voz estaban cambiadas. Su actitud estaba como subyugada. Su energía, que momentos antes se exhalaba por todos los poros de su cuerpo, estaba vencida. Ya no andaba lo mismo; parecía como si no se diera cuenta de su fuerza y de su voluntad, y á veces vacilaba como un hombre embriagado.

Por fin, al cabo de una media hora de marcha, vimos elevarse ante nosotros la torrecilla de Flamarande, enorme promontorio de albañilería que dominaba los otros edificios, arruinados en parte. Este sitio, que la Condesa encontró magnífico, me pareció verdaderamente horrible. La torrecilla estaba edificada sobre una enorme roca de doscientos ó trescientos metros, contra la cual azotaba furiosamente un torrente que corría por entre las rocas y pedruscos. En las rápidas pendientes de las

próximas montañas había grandes bosques de pinos y hayas.

La aldea de Flamarande, es decir, una docena de chozas construidas en aquella roca aislada, hacía un gran efecto, iluminada por la opaca luz del sol poniente; parecía una decoración de teatro, pero de un teatro donde sólo se podían suponer escenas trágicas y espantosas.

Los colonos salieron á nuestro encuentro, y como parecía imposible que los caballos pudieran arrastrar el coche hasta las casas, doce campesinos se colocaron detrás del carruaje, empujando las ruedas y la caja tan vigorosamente, que los caballos llegaron sin gran trabajo hasta el pie de la torrecilla.

La Condesa estaba muy contenta y todo lo encontraba á su gusto.

El viejo colono Michelin presentó á los Condes á su hijo y á su nuera, con toda la demás familia, que se dispuso á desalojar el castillo para que nos instalásemos en él.

La señora Condesa echó una mirada hacia el viejo pabellón del castillo que ocupaban los colonos. Había en él grandes y sombrías habitaciones que conservaban aún algunos tapices y muebles del tiempo de Luis XIV. La Condesa temió, sin

duda, la poca limpieza que parecía reinar allí, y dijo que prefería dormir sobre la paja fresca en la torrecilla; pero quiso cenar en la inmensa sala del piso bajo, y la mujer de Michelin, ayudada de su nuera y de su criada, empezaron á prepararlo todo para la cena.

Aunque llevábamos algunas provisiones, no fueron necesarias.

En el país había caza en abundancia, y la despensa de los colonos estaba siempre muy repleta. Oí decir que esta abundancia se debía aquella vez al Marqués de Salcedo, que había estado cazando la víspera con el hijo del colono, trayendo al castillo muchas liebres y perdices.

La señora Michelin debía guisar muy bien, porque los señores lo encontraron todo exquisito, y yo confieso que comí como un príncipe.

Durante todo el camino había llevado yo cuidadosamente un cesto con botellas de diferentes vinos, de los que el señor Conde bebió, brindando por todos sus abuelos y por aquel castillo, cuna de su familia, proponiendo á su amigo Salcedo una partida de caza para el día siguiente. Éste contestó diciendo que no debían dejar á la Condesa sola en aquella montaña, porque se aburriría; pero la joven esposa de mi amo dijo que jamás había vis-

to nada tan hermoso como Flamarandé, y que no quería que se privasen por ella de ninguna diversión, añadiendo que se encontraría muy bien un día en aquella soledad.

Se ordenó á Ambrosio Broyne, que era el guía que habíamos encontrado la víspera acompañando al Marqués de Salcedo, que hiciese todos los preparativos necesarios, y el joven prometió que á las seis de la mañana estaría todo dispuesto.

## V.

Los señores fueron á acostarse temprano sobre la paja de la torrecilla, que la mujer de Michelin había cubierto de sábanas más blancas que la nieve, y donde los almohadones del coche sirvieron de almohadas.

El Marqués de Salcedo se había instalado en una de las torrecillas, quedando las camas del pabellón para los criados; y como estas camas eran más limpias y cómodas de lo que parecía á primera vista, pasamos probablemente mejor noche que nuestros amos; pero ellos siguieron su capricho, yendo á hacer buenas migas, según parece, con las ratas y los mochuelos del castillo de sus mayores.

Yo me preguntaba cómo se compondría Salcedo para no ir de caza con el Conde, pues era evidente á mis ojos que deseaba quedarse al lado de la señora. Así es que cuando después de una hora de caza le vi volver cojeando, no me sorprendí. Me dijo que había tropezado contra una roca, hiriéndose en un pie, y que no podía continuar. Luego me rogó le diese un poco de agua mezclada con aguardiente, y yo me ofrecí á curarle, lo que aceptó con gusto, como si hubiera deseado hacer constar la realidad de aquella herida, que era en efecto cruel.

La piel de la bota estaba cortada por encima, y el dedo pequeño casi aplastado. Yo me preguntaba cómo un caminante tan fuerte y experto había podido lastimarse de tal suerte, y cómo una piedra había podido cortar el calzado lo mismo que un hacha, cuando mis ojos se fijaron en un martillo de geólogo que el Marqués de Salcedo guardaba maquinalmente en su morral de caza. Este fué un rayo de luz: al mismo tiempo nuestras miradas se encontraron, y Salcedo enrojeció como un hombre que se ve cogido. El pobre joven había mentido, pero no sabía fingir.

Adquirí por completo la convicción de que el Marqués se había herido heroicamente con aque-

to nada tan hermoso como Flamarandé, y que no quería que se privasen por ella de ninguna diversión, añadiendo que se encontraría muy bien un día en aquella soledad.

Se ordenó á Ambrosio Broyne, que era el guía que habíamos encontrado la víspera acompañando al Marqués de Salcedo, que hiciese todos los preparativos necesarios, y el joven prometió que á las seis de la mañana estaría todo dispuesto.

## V.

Los señores fueron á acostarse temprano sobre la paja de la torrecilla, que la mujer de Michelin había cubierto de sábanas más blancas que la nieve, y donde los almohadones del coche sirvieron de almohadas.

El Marqués de Salcedo se había instalado en una de las torrecillas, quedando las camas del pabellón para los criados; y como estas camas eran más limpias y cómodas de lo que parecía á primera vista, pasamos probablemente mejor noche que nuestros amos; pero ellos siguieron su capricho, yendo á hacer buenas migas, según parece, con las ratas y los mochuelos del castillo de sus mayores.

Yo me preguntaba cómo se compondría Salcedo para no ir de caza con el Conde, pues era evidente á mis ojos que deseaba quedarse al lado de la señora. Así es que cuando después de una hora de caza le vi volver cojeando, no me sorprendí. Me dijo que había tropezado contra una roca, hiriéndose en un pie, y que no podía continuar. Luego me rogó le diese un poco de agua mezclada con aguardiente, y yo me ofrecí á curarle, lo que aceptó con gusto, como si hubiera deseado hacer constar la realidad de aquella herida, que era en efecto cruel.

La piel de la bota estaba cortada por encima, y el dedo pequeño casi aplastado. Yo me preguntaba cómo un caminante tan fuerte y experto había podido lastimarse de tal suerte, y cómo una piedra había podido cortar el calzado lo mismo que un hacha, cuando mis ojos se fijaron en un martillo de geólogo que el Marqués de Salcedo guardaba maquinalmente en su morral de caza. Este fué un rayo de luz: al mismo tiempo nuestras miradas se encontraron, y Salcedo enrojeció como un hombre que se ve cogido. El pobre joven había mentido, pero no sabía fingir.

Adquirí por completo la convicción de que el Marqués se había herido heroicamente con aque-



lla herramienta, y resolví ponerme en guardia.

Nadie me había mandado vigilar á la Condesa, ni dar cuenta de sus acciones; pero yo pensé que mi deber era guardar, hasta donde alcanzaran mis fuerzas, el honor de mi amo.

Los primeros amores, con su candidez tímida, son capaces de desbaratar las más razonadas previsiones.

La señora dormía aún á las nueve de la mañana cuando volvió el Marqués de Salcedo; y cuando se levantó y supo la ocurrencia, mandó un criado en busca del herido, á quien no se encontró por ninguna parte.

Entonces fui yo á buscarle, y le encontré al pie de la roca bañando su pie herido en el agua corriente.

O se había hecho más daño del que pensaba, ó quería curar pronto para no aparecer ridículo cojeando, porque le encontré muy pálido, y cuando le expuse respetuosamente el interés que su herida me inspiraba, me confesó que sufría mucho.

Desde que supo que la señora Condesa estaba inquieta por él, se apresuró á añadir que aquella agua fresca le hacía mucho bien, y poco después se volvió á poner su calzado y empezó á subir hacia el castillo, ayudado por mí. Debía sufrir mu-

cho, pues su mano, que yo tenía entre las mías para que se apoyase, estaba cubierta de frío sudor.

Creí que iba á presentarse en seguida á la Condesa, pero no fué así. Supo que estaba almorzando; y no juzgando conveniente tomar el desayuno con ella, se alejó del pabellón.

Por un momento pensé que habiendo tenido el valor de herirse por la Condesa, no tendría quizá el de presentarse á ella; pero la Condesa debió buscarle y le encontró en el jardín, es decir, en lo que antes había sido jardín del castillo y era ahora una explanada plantada de grandes árboles; en la que se veían las ruinas de una terraza y algunas escaleras de la piedra del país. Un banco de esta misma piedra existía aún en aquella explanada, donde todo vestigio del trabajo humano había desaparecido.

La Condesa se sentó en aquel banco al lado de Salcedo, que se había levantado, y á quien ella obligó á volverse á sentar.

Las vacas y las cabras pacían á su alrededor sobre la fresca hierba y las plantas silvestres.

Desde la cocina, sitio que elegí para almorzar, podía ver perfectamente á aquella linda pareja sin perder ninguno de sus movimientos; pero no po-

día percibir sus miradas ni escuchar sus palabras, juzgando solamente de sus actitudes, que eran las de las personas que tienen demasiado mundo para demostrar sus emociones.

## VI.

Aquella conversación duró mucho tiempo, y debió ser muy agradable; pero Salcedo no dejó traslucir su pasión, pues la Condesa le dijo, elevando la voz, que no quería pasearse y que iba á buscar su labor.

Pude oír estas palabras distintamente:

—Esperadme ahí. No quiero que os mováis; volveré dentro de un momento.

La ví partir con ligereza, y me deslicé por los incultos matorrales que se habían formado en aquella explanada, para poder oír su conversación.

Conseguí colocarme bastante bien para ver la fisonomía de Salcedo.

Durante aquellos minutos de espera tuvo el joven los ojos fijos en el sitio que había dejado la Condesa, y hubiera podido decirse que era una estatua. Tenía la boca entreabierta, las ventanas de

las narices dilatadas y una mano sobre el pecho, como si hubiese querido contener los latidos de su corazón.

Cuando la Condesa volvió, Salcedo dejó caer su mano, se levantó y pareció respirar.

La joven le gritó al verle en pie:

—¡Sentaos!

Y corrió á sentarse á su lado, desdoblando la labor.

Yo los veía entonces perfectamente y podía oír sus palabras.

La Condesa hablaba de reconstruir el castillo, á fin de pasar en él los veranos, pues prefería aquel sitio salvaje á las otras dos posesiones que tenía el Conde: la una en Orleans, á orillas del Loire, y la otra en Normandía, junto al mar; ambas eran magníficas; pero la joven decía que prefería los pequeños lagos y los murmuradores torrentes de aquel castillo; además le parecía más digno vivir en Flamarande por llevar este mismo nombre.

El Marqués no abundaba en las mismas ideas; pensaba que el Conde no se decidiría jamás á vender su quinta de Normandía, donde había sido educado, ni la de orillas del Loire, donde habían muerto sus padres. Conocía la cifra de la fortuna del Conde de Flamarande, de la que la Condesa

no se ocupaba para nada, como una niña que era. Salcedo añadía que para reedificar Flamarande se necesitaba más de un millón, incluyendo el gasto de hacer un camino practicable hasta allí, y era ésta una gruesa suma ante la cual habían retrocedido los padres y los abuelos del Conde, quienes, como gentes del gran mundo, habían encontrado el país demasiado triste, las comunicaciones demasiado difíciles, y los gastos que había que hacer demasiado considerables.

Flamarande había sido abandonado desde hacía más de un siglo, y era, pues, empresa muy difícil y costosa reedificarle.

La Condesa pareció rendirse á estas razones, que yo por mi parte encontraba excelentes, pues la idea de ir á habitar á tal destierro no me era muy lisonjera. ¡Cuán lejos estaba entonces de pensar que vendría á él á pasar el resto de mis días!

Cuando ví que su conversación no tenía nada de particular y era por demás inocente, me retiré sin hacer ruido.

La Condesa estuvo haciendo compañía al herido y no visitó los alrededores como había proyectado.

El Conde volvió al anoecer, extenuado de fatiga y sin haber conseguido cazar una sola pieza.

La caza en semejante país era muy difícil para un hombre como él, que no era nada fuerte.

Estuvo muy abatido durante la cena; pero no me pareció que diese la más pequeña señal de celos.

Cuando le estaba arreglando sus útiles de tocador en la habitación que ocupaba en la torrecilla, me preguntó si la herida del Marqués era cosa de consideración.

Yo le respondí que por la mañana le había visto el pie, y que, en efecto, debía hacerle sufrir mucho. Creí que iba á preguntarme si era un accidente casual; pero sin duda no pasó por su imaginación semejante cosa, y yo no me atreví á decir nada.

A la mañana siguiente emprendimos de nuevo la marcha.

El Marqués de Salcedo insistió en que tomásemos el camino de la montaña para ir á Monteparre, que sólo dista cinco leguas por esta ruta, mientras que por la carretera era preciso andar diez.

El hombre que conducía la calesa nos dijo que si queríamos echar pie á tierra en los sitios más peligrosos, él se encargaba de llegar mucho antes que por la carretera.

La Condesa dijo que prefería seguir ésta, pues si no, el Marqués de Salcedo tendría que ir á pie muchos ratos, y esto podría ser peligroso para su herida.

—Y en otros términos—la dijo su marido—que la travesía os da miedo.

—Pues bien, sí—contestó ella—lo confieso. Si el camino de que habláis es tan malo como el que hemos atravesado para llegar hasta Flamarande.... sí, me dará mucho miedo; pero haré lo que queráis.

La Condesa sabía muy bien que esta sumisión era una orden para su marido.

El Conde de Flamarande ordenó que fuésemos á buscar el camino que habíamos seguido la víspera, y con gran placer volví á tomar asiento en nuestro cómodo carruaje, siguiendo la carretera de Montesparre.

## VII.

Montesparre está situado en las cercanías de Aurillac, en un país sonriente, adonde llegamos á la hora de comer.

El castillo era una construcción del siglo ante-

rior, flanqueada por dos cuerpos de bastante mal gusto contruídos posteriormente.

La Baronesa de Montesparre era una viudita de veintidós años, hermosa, amable y buena, medianamente acomodada y no romántica como la Condesa Rolanda que gustaba de torrgones y precipicios; había heredado aquel castillo, adonde iba á pasar todos los veranos, ocupándose de sus negocios y del cuidado de su hijo único, que tenía en la época á que nos referimos cinco años. Era amiga de divertirse, y queriendo alojar á todos los huéspedes que solían visitarla, había agrandado el castillo, pero sin ningún lujo. Todo era sencillo y confortable, y el jardín hermoso y bien cuidado.

Mis señores fueron recibidos con los brazos abiertos, pues la Baronesa parecía amar tiernamente á mi señora. Se instaló á mis amos en el piso bajo, donde se pusieron á su disposición tres habitaciones: un saloncito, una alcoba y un gran cuarto de tocador. Cada una de estas piezas tenía una ventana que daba al jardinillo que quedaba en medio de los dos cuerpos salientes últimamente contruídos.

Era dicho jardinillo un parterre recientemente plantado, aunque de arbustos ya bastante crecidos para impedir que desde las ventanas de cualquiera

de los dos pabellones pudiera distinguirse lo que pasaba en el otro.

El Marqués de Salcedo fué alojado en la parte antigua del castillo, es decir, en el centro de la herradura que venían á formar los tres cuerpos.

A los criados nos destinaron las habitaciones del último piso.

Yo ocupé una precisamente encima del departamento en que habían sido instalados mis amos.

Pido al lector me dispense estos detalles, absolutamente necesarios á la historia que me tomo el trabajo de escribir.

Mi amo no se había encontrado dispuesto á ocuparse de negocios durante nuestra excursión á Flamarande, encargándome á mí que me ocupase de todo mientras él iba de caza, y tuve que aprovechar mucho el tiempo para en una sola tarde formarme idea del valor y del rendimiento de la finca, que consistía en unos tres mil francos anuales, que era una cantidad bien insignificante para el Conde, que desde hacía tres años no percibía la renta. Mi señor me había mandado aumentar ésta si, después de examinados los libros, encontraba que el alquiler de la finca no estaba en relación con su valor.

Michelin me había parecido un hombre honra-

dísimo que quería obedecer en todo á la lealtad hereditaria de los Flamarande. No tuvo, pues, ninguna dificultad en confiarme sus libros, que llevé conmigo á Montsparre, donde tendría ocasión de examinarlos.

Esto me llevó mucho tiempo, pues aunque los libros de Michelin contenían hasta los más minuciosos apuntes, carecían absolutamente de método, y tuve que ordenar sus partidas para poder enterarme. También tuve que informarme del valor de los productos del país; de modo que pasé un mes en Montsparre embebido en aquel trabajo y sin saber casi nada de lo que pasaba en el castillo.

Así estuve retirado en mi habitación trabajando con ardor, hasta que informado ya de cuanto necesitaba saber, juzgué conveniente decir á mi amo que Michelin pagaba una renta conveniente y poco susceptible de aumento, pues el país no producía más que hierba, y todo el beneficio estaba fundado en el pasto de animales.

—Está muy bien, Carlos—me respondió el Conde.—Volved á Flamarande y renovad mi contrato con Michelin en las mismas condiciones que antes.

Quise ir á Flamarande por el atajo, y como me

aconsejaron que no fuese sin un guía, tomé uno, que fué el mismo Ambrosio Broue, especie de cazador furtivo que de cuando en cuando llevaba algunas plantas al Marqués de Salcedo.

Hice bien en tomar esta previsión, pues el sendero bordeaba un precipicio espantoso y más de una vez me ví atacado del vértigo; pero estaba resuelto á acostumbrarme á todo, y como tenía buena memoria y recordaba el camino, una vez terminados mis negocios con Michelin volví solo á Monteparre, empezando entonces á encontrar muy hermoso y muy interesante aquel país, que al principio me había llenado de terror.

Estos detalles no tienen ningún interés para el lector, convengo en ello; pero es necesario que se sepa por qué la novela comenzada á mis ojos entre la Condesa de Flamarande y el Marqués de Salcedo ofreció una interrupción importante á mis observaciones.

Cuando me encontré libre y dueño de mis actos, seguí haciendo mis observaciones.

El hermoso Marqués había ya curado de su herida y podía correr como un gamo y montar á caballo como un centauro.

El señor Conde estaba muy molesto por una enfermedad crónica que entonces no tenía impor-

tancia, pero á la cual debía sucumbir. Se había fatigado mucho en Flamarande el día de la caza, y se resentía aún, viéndose obligado á quedarse en casa casi siempre jugando al billar con un antiguo amigo de la casa que perdía la mayor parte de las veces; después leía ó me dictaba algunas cartas y echaba la siesta al mediodía.

Durante este tiempo la Condesa de Flamarande corría á caballo y en coche con su amiga la de Monteparre y cinco ó seis personas de su intimidad, entre las cuales ocupaba el primer puesto el Marqués de Salcedo.

Las gentes de la casa aseguraban que la Baronesa demostraba una preferencia evidente por el joven Marqués, y todas hacían votos por que éste sucediera al viejo Barón de Monteparre, cuya muerte no había sentido nadie.

Es cierto que aquel amable Marqués era más joven que su amiga la Baronesa; ¡pero era tan formal, tan estudioso y tan dulce! Parecía adorar al *Angelito* de Monteparre, «el señorito Angel», como le llamaban en la casa, y había de ser para él un excelente padre. La Baronesa no era tan rica, es cierto, como el Marqués; ¿pero qué importaba si se querían?

En conclusión, todo el mundo creía que se ama-

ban, todo el mundo, excepto vuestro servidor.

### VIII.

El señor Conde lo creía también, ó fingía creerlo.

Una noche que le ayudaba yo á desnudarse mientras que su mujer se había quedado en el salón de baile, me dirigió de pronto y con indiferencia una pregunta muy directa.

—Carlos—me dijo—creo que seguiréis recogiendo los comentarios de los criados, como me prometisteis. ¿Qué se dice del matrimonio proyectado entre la dueña de la casa y mi joven amigo Alfonso?

Le conté todo lo que decían, y añadió:

—¿Y vos qué pensáis, Carlos?

—Yo pienso—respondí—que si ese matrimonio entrase en los proyectos del señor Marqués de Salcedo, el señor Conde lo sabría ya y no tendría necesidad de preguntármelo.

—Tenéis mucho talento, Carlos—replicó el Conde con acento irónico y despreciativo.—¡Buenas noches!

Ya me retiraba humillado y confuso, cuando me llamó.

—Esperad, quiero saber lo que dicen de mí en la casa.

Yo respondí con algún despecho:

—Amos y servidores dicen que el señor Conde tiene una mujer mucho más joven y más bella que la Baronesa de Monteparre.

Su pensamiento comprendió en seguida el alcance de mis palabras.

—Y añaden—dijo—que allí donde brilla Rolandia, nadie puede pensar en Berta. ¡Es natural! Gracias, Carlos; hasta mañana.

Una repentina tristeza había invadido su fisonomía. Su voz no tenía ya la aspereza de antes; estaba como sofocado.

Yo sentía remordimientos. Tal vez con mi estúpido despecho había clavado el agujón de los celos en aquel corazón dispuesto á absorber el veneno.

No fué esa, sin embargo, mi intención, porque no soy un malvado; pero confieso que antes de dormirme hice un examen de conciencia muy doloroso. ¿Cómo debía conducirme en la delicada situación en que el Conde me había colocado? ¿Por qué me interrogaba, si había de ofenderse con mis respuestas? ¿Podía yo acaso ver más claro que él? Debía tener alguna sospecha, puesto que me pre-

guntaba: ¿querría hacerme representar el papel de denunciador, fingiendo tomar mis revelaciones por calumnias?

Resolví enterarme bien y espiar más que nunca, para estar armado en caso de un nuevo ataque.

Me propuse observar con gran arte, encontrando mil pretextos oportunos para permanecer al lado de mis amos sin llamar la atención, componiendo también mi rostro de manera que pareciese el de un hombre impasible ó el de un necio que no comprende nada.

Al cabo de ocho días ya sabía yo á ciencia cierta que la Baronesa de Montesparre estaba perdida-mente enamorada del Marqués de Salcedo y confiaba sus sentimientos á su amiga Rolanda. Ésta la disuadió de sus ilusiones diciendo que *Alfonso* era demasiado joven para casarse y demasiado sabio para amar. ¿Sabía que era preferida? Muy cándida debía ser si no lo sospechaba.

Logré sorprender alguna de sus conversaciones íntimas.

Un día la linda Berta dijo á la hermosa Rolanda:

—Parece que os burláis de mis sentimientos como si no los comprendierais. ¿No habéis amado nunca?

—Amo á mi marido—respondió la Condesa con sequedad.

—Las mujeres honradas aman siempre á sus maridos—replicó la Baronesa;—pero eso no impide tener ojos. Vos precisamente tenéis los más hermosos que he visto. Abridlos y decidme si *Alfonso* os parece indigno de mi afeción.

—¡No por cierto! le creo el más caballero y digno de los hombres.....

—Y el más hermoso, instruido y generoso..... Vamos, querida niña, la verdad debe estar siempre en la boca de las que, como vos, son un modelo de candor y de pureza..... Si estuvierais en mi lugar, libre, enteramente libre para escoger, ¿no amaríais acaso á Salcedo?

Abrí cuanto pude mis oídos para escuchar la respuesta; pero fué dicha en tono tan bajo, que no pude oír nada.

## IX.

Un nuevo acontecimiento me puso aún en mejores condiciones de observación.

El ayuda de cámara que había en casa de la Baronesa de Montesparre, que hacía solo todo el

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

30720



guntaba: ¿querría hacerme representar el papel de denunciador, fingiendo tomar mis revelaciones por calumnias?

Resolví enterarme bien y espiar más que nunca, para estar armado en caso de un nuevo ataque.

Me propuse observar con gran arte, encontrando mil pretextos oportunos para permanecer al lado de mis amos sin llamar la atención, componiendo también mi rostro de manera que pareciese el de un hombre impasible ó el de un necio que no comprende nada.

Al cabo de ocho días ya sabía yo á ciencia cierta que la Baronesa de Monteparre estaba perdida-mente enamorada del Marqués de Salcedo y confiaba sus sentimientos á su amiga Rolanda. Ésta la disuadió de sus ilusiones diciendo que *Alfonso* era demasiado joven para casarse y demasiado sabio para amar. ¿Sabía que era preferida? Muy cándida debía ser si no lo sospechaba.

Logré sorprender alguna de sus conversaciones íntimas.

Un día la linda Berta dijo á la hermosa Rolanda:

—Parece que os burláis de mis sentimientos como si no los comprendierais. ¿No habéis amado nunca?

—Amo á mi marido—respondió la Condesa con sequedad.

—Las mujeres honradas aman siempre á sus maridos—replicó la Baronesa;—pero eso no impide tener ojos. Vos precisamente tenéis los más hermosos que he visto. Abridlos y decidme si *Alfonso* os parece indigno de mi afeción.

—¡No por cierto! le creo el más caballero y digno de los hombres.....

—Y el más hermoso, instruido y generoso..... Vamos, querida niña, la verdad debe estar siempre en la boca de las que, como vos, son un modelo de candor y de pureza..... Si estuvierais en mi lugar, libre, enteramente libre para escoger, ¿no amaríais acaso á Salcedo?

Abrí cuanto pude mis oídos para escuchar la respuesta; pero fué dicha en tono tan bajo, que no pude oír nada.

## IX.

Un nuevo acontecimiento me puso aún en mejores condiciones de observación.

El ayuda de cámara que había en casa de la Baronesa de Monteparre, que hacía solo todo el

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Año. 1925 MONTERREY, MEXICO

30720

servicio, se puso enfermo; y como no había en la casa persona á propósito para reemplazarle, la Baronesa me preguntó si yo querría hacer el favor de dirigir el servicio de la mesa y del salón durante algunos días.

El señor Conde, que estaba á su lado cuando me dirigió esta pregunta, me miró atentamente.

Mi primer impulso fué excusarme diciendo que no conocía este género de servicio.

—No importa—dijo el Conde mirándome siempre con aire de autoridad.—Se os pide que presidáis el servicio de los demás, y lo que necesita la señora Baronesa es una persona inteligente que dirija á sus criados.

—¿Si el señor Conde lo exige?.....

—No, no tengo ese derecho; os lo pido.

—El señor Conde sabe que no puedo negarle nada.

Entré, pues, en el ejercicio de mis funciones temporales, y desde entonces pude ver claramente todos los pensamientos del Marqués de Salcedo. No tenía éste en modo alguno la idea de casarse con la Baronesa; pero era más hábil de lo que yo hubiese creído. La distinguía mucho para evitar sospechas, colmándola de cuidados y ocupándose de ella mucho más que de la Condesa.

Era para ella un amigo delicado y cariñoso, y no la hacía la corte; pero eran tales sus atenciones con la madre y con el hijo, que la de Montsparre, sin ser tonta, podía muy bien haber confundido los sentimientos del joven.

En cuanto á la Condesa de Flamarande, Salcedo estaba siempre á una distancia respetuosa de ella, y la joven era la que parecía tratar de *domesticarle*, conforme la había encargado su marido el día en que le encontramos en el camino de Flamarande. La Condesa no recurría para esto al arte de la coquetería, porque le ignoraba; pero con su aire de candor y de inocencia le predicaba sin cesar sobre la grandeza del amor, pareciendo servir así los secretos deseos de su amiga. Salcedo oía encantado estas doctrinas, y sólo replicaba para obligarla á continuar tan grato sermón.

Al escuchar á la Condesa descubrí que tenía tanto talento como belleza, y que aunque no lo hacía á propósito, dicho sea en su favor, hacía cuanto podía para que Salcedo perdiese el poco juicio que le quedaba. El pobre muchacho estaba loco de amor. Ya no pensaba en la botánica ni en ningún estudio, y ya tampoco salía solo más que por la mañana antes que las señoras se hubiesen levantado. Después, cuando se presentaba ante

ella, no era ya el caminante lleno de polvo y descuidado que habíamos recogido en los caminos, por decirlo así; era el hombre más elegante, delicado y agradable que puede imaginarse; un verdadero caballero, como se dice de los hombres nacidos para servir y encantar á las mujeres. Con su arrogante figura, su distinción, su hermosura y sus ojos negros soñadores y apasionados, eclipsaba á todos los demás hombres, y el señor Conde, con su delgadez, su figura desgarrada, sus ojos penetrantes, pero duros ó sardónicos, y sus pocas atenciones con el bello sexo, quedaba completamente oscurecido á su lado.

Sirviendo á la mesa fué como aprendí á conocer á mi amo, y debo confesar que su trato con las personas de su condición era más interesante que agradable; era mordaz, como la mayor parte de las personas que padecen del hígado. Muy instruído y dotado de una gran memoria, gustaba de la discusión, pero no usaba en ella de la amenidad que puede hacerla soportable. Atacaba todas las cuestiones de una manera que hería é impulsaba á la contradicción. Más fuerte que sus interlocutores, los vencía fácilmente; pero no le querían y le llamaban pedante, mordaz, y finalmente fastidioso, que es siempre la venganza de las gentes superfi-

ciales. Hubiera podido ser escuchado con gusto, pues instruía y hablaba bien; pero su carácter hacía que se alejasen de él, y echaba á perder el bien que hubiese podido hacer instruyendo á los que le escuchasen.

¿Notaba estas cosas su mujer? Sólo sé que le escuchaba con aire respetuoso y tímido y que no tenía con él ni expansión ni familiaridad. Hablaban poco entre ellos, y la joven no se atrevía nunca á manifestar su opinión delante de su marido, mientras que con Salcedo y la Baronesa estaba siempre alegre y animada.

Yo pensaba muchas veces:

—Cuando uno se decide á mezclar el amor en su vida, debería preguntarse antes si es á propósito para inspirar amor..... Comprendo que el hermoso Salcedo dé su alma á una mujer, pues la amará y se ocupará demasiado de ella para no ser correspondido; pero el señor Conde ha equivocado el camino. Él es quien debiera haberse entregado á la ciencia. Un matrimonio de amor no podía hacerle feliz.

Hacia seis semanas que estaba en Montesparré, y debíamos pasar allí dos meses. El Marqués de Salcedo había prometido estar ocho días más, y no había vuelto á hablar de su viaje á Ale-

mania que antes había anunciado. No tenía ya, según creo, ningún proyecto, ningún objeto en su vida, amaba con ó sin esperanza, y el amor era su única preocupación.

Las sospechas del marido iban en aumento, y pude observar que lo espiaba todo aun mejor que yo.

Un día le ví de lejos en animada conferencia con Salcedo. Creí que disputaban y que acabarían por batirse; pero á poco ví que se abrazaban, y saqué en consecuencia que, ó no había nada, ó mi amo estaba radicalmente engañado.

## X.

Por la noche estaba yo en un rincón del vestíbulo.

La Condesa bajaba la escalera, sin verme, á tiempo que Salcedo subía.

—Va á empezar el baile—dijo la joven;—¿os retirabais ya?

—¡Sí!—respondió él con tristeza.

—¡Cómo que sí! ¿por qué?

—Me duele un poco la cabeza.

—Si no es más que un poco, el vals os ali-

viará. Cuento con vos: prometedme que bajaréis luego.

Salcedo se inclinó y se cruzaron. La joven, ligera como un pájaro y vaporosamente vestida de gasa, pues hacía mucho calor, desapareció por los tramos vagamente iluminados de la escalera.

El Marqués, después de haber subido dos ó tres escalones, se volvió y quedó inmóvil, siguiéndola con los ojos, presa de una emoción tan violenta, que creí que iba á morir. Cuando subió á su cuarto, yo bajé á mi vez para cuidar del refresco que iba á servirse: me encontré frente á frente del Conde de Flamarande, que salía de la sombra de un corredor. Él también lo había visto todo, y estaba aun más agitado que Salcedo: cubría su rostro la palidez de la muerte, y hablaba con los dientes apretados por la ira.

—Me engaña—decía.—¡Infame! ¡infame!

Tan preocupado estaba, que no me vió al bajar corriendo al salón, por el que Salcedo no apareció aquella noche, con gran disgusto de la Baronesa, que demostraba claramente su contrariedad. La Condesa, más indiferente ó más hábil, bailó alegremente sin parecer contrariada. Su marido no separaba los ojos de ella, que tal vez sabía que era espiada.

A la mañana siguiente me participó Julia que partíamos aquel mismo día, y pocos instantes después el Conde me ordenó que hiciera su equipaje. A la hora del almuerzo llegó el correo.

El Conde hizo creer á su amiga la de Monteparre que había recibido de París cartas urgentes que le llamaban para un negocio grave, obligándole á partir inmediatamente.

Salcedo estaba allí y recibió el golpe en medio del corazón. Sin duda no esperaba este arranque, pues creía haber apaciguado las dudas de su amigo.

—¿Por qué esa marcha?—le dijo, llevándole hacia una ventana donde yo me encontraba ocupado en arreglar la garrucha de una persiana que no corría.

La persiana me escondía, impidiendo que me vieran.

Al ver que el Conde no respondía, añadió Salcedo:

—Puesto que mi explicación no ha podido desarmar vuestras injuriosas sospechas, yo soy quien os cedo la plaza partiendo inmediatamente.

—Os lo prohibo—replicó el Conde secamente:—affigiríais demasiado á la Baronesa, y ya que os ha convenido fingir con ella, debéis seguir representando vuestro papel de pretendiente.

Salcedo iba á replicar, pero me vió en aquel instante, y las palabras espiraron en sus labios.

Después de almorzar se oyó el ruido de las ruedas del coche en la arena del jardín.

La Baronesa parecía desconsolada al tener que separarse tan pronto de su querida amiga; pero á mí me pareció que estaba contenta al verse libre de una rival tan temible. En cuanto al Marqués de Salcedo, procuró aparecer tranquilo, y la condesa Rolanda, ya porque fuese una persona fría, ya porque tuviese mucha habilidad para no dejar traslucir sus impresiones, no pareció sorprendida por el acontecimiento, é incapaz de revolverse contra las circunstancias, pareció aceptar de buen grado esta determinación.

A mediodía, cuando íbamos por la carretera de París, en la vuelta que formaba frente al camino de Flamarande, se rompió una rueda y el coche volcó.

Afortunadamente nadie se hizo daño, y pudimos arreglar la rueda mal que bien para salir de allí; pero era necesario tomar un partido. El relevo de posta más cercano estaba á cuatro leguas lo menos, y era una pobre aldea donde sería imposible mandar componer el coche, que no estaba en estado de ir más lejos.

El señor Conde propuso á su mujer ir á dormir á Flamarande; pero en vano buscamos un medio de transporte.

La Condesa, que era la resignación misma, aseguró que iría muy bien á pie, y ya iban á decidirse á hacerlo cuando, de un carruaje que pasó por la carretera, nos llamaron á grandes gritos.

Era la familia de Leville que iba á comer á Montsparre, y que al ver nuestra situación dijo que estábamos locos en no volver á casa de la Baronesa, donde encontraríamos medios de reparar nuestro carruaje.

Aquellos señores insistieron de tal manera, que el Conde no tuvo más remedio que ceder, para no aparecer ridículo en su capricho é inhumano para su joven esposa, condenándola á ir dos leguas á pie para dormir luego en las pajas de Flamarande.

En el carruaje de los Leville hicieron sitio á los Condes, y nosotros fuimos detrás con el otro coche, que iba al paso.

Entramos, pues, en Montsparre seis horas después de haber salido.

## XI.

Allí encontramos á la Baronesa completamente sola. Sus huéspedes se habían ido de caza y no debían volver hasta la noche.

La dueña de la casa se apresuró á instalar á la Condesa en su habitación, y cuando yo deshacía la maleta de mi amo en el saloncillo, oí que éste decía á la Baronesa:

—¡Cómo! ¡todos os han abandonado hoy! ¿hasta Salcedo?

—Hasta Salcedo—respondió;—él quería hacerme compañía; pero desde hace algunos días padece fuertes dolores de cabeza, y le he obligado á que se fuera con los demás. ¡Qué queréis! Está acostumbrado á vivir al aire libre y nuestros salones le ahogan.

Se comió con los Leville, y todos se retiraron temprano sin esperar á los cazadores que habían dicho comerían en otra parte y que tal vez no volverían hasta el día siguiente, encargando que no los esperasen más que hasta las diez.

A las once nadie había entrado todavía. Se cerraron las puertas, y la Condesa de Flamarande, muy fatigada, se retiró para acostarse.

El Conde, muy agitado, se había quedado en el salón al lado de la Baronesa, y yo sólo esperaba en la antecámara á que se retirase y me enviase á dormir, cuando creí escuchar el sonido de la verja.

Me dirigí al jardín con alguna vacilación, pues no estaba seguro de no haberme engañado.

—No os molestéis—dijo el jardinero, que servía también de portero;—estaba despierto. El que ha llamado era el señor Marqués de Salcedo que acaba de entrar, y los demás cazadores no volverán esta noche; de modo que podemos irnos á dormir tranquilos.

Yo extrañaba no haberme encontrado con Salcedo, que habitaba en el cuerpo central del castillo, donde estaba el salón y las habitaciones de la Baronesa. Creí que habría ido por el parterre y que estaría ya en el salón; pero miré y no estaba. Entonces me figuré que estaría muy fatigado y se habría ido derecho á su habitación sin querer presentarse.

Un cuarto de hora después se despidió el señor Conde de la Baronesa y me dijo:

—No necesita nada.

—¿No ha venido nadie?—preguntó la Baronesa.

Yo la respondí que sólo el Marqués de Salcedo.

—¡Calla!—me replicó.—¿Y dónde está, que no le hemos visto?

—Habría subido á vestirse—dijo el Conde con ironía—y podéis recibirle aún, pues no es tarde.

Yo seguí al Conde, que se dirigió por el parterre al piso bajo, donde estaban sus habitaciones.

Mi amo no extrañó ver entreabierta la puerta vidriera del saloncito, y entró tranquilamente; pero de pronto oí un grito ahogado y ví salir al Conde, teniendo cogido por el cuello á Salcedo, á quien había sorprendido en sus habitaciones.

El Conde no llevaba arma ninguna, pues si no, le hubiera atravesado el corazón; trataba de estrangularle, y el furor duplicaba sus fuerzas; pero Salcedo era más fuerte que él, y desasiéndose fácilmente de sus manos,

—No alborotemos—dijo;—venid al jardín, y allí os daré mis explicaciones.

El jardín no estaba separado del parterre por ningún muro. Los dos rivales pudieron, pues, alejarse; yo noté que el Marqués tenía un ramo que no había soltado en la lucha y que escondía en su pecho, sin que mi amo, exasperado, fijase en ello su atención.

El Conde no pensaba más que en matar á su rival, pues se volvió hacia mí y me dijo:

—Dos fusiles de caza, los primeros que encontréis. Tiraremos á suertes. ¡Corred!

—No encontrará ninguno—respondió Salcedo;—que traiga el vuestro, y podéis disponer de él si me juzgáis culpable.

Cuando se alejaron, mi primer movimiento fué averiguar si la Condesa era cómplice de Salcedo, que, arriesgándolo todo, había querido darle un eterno adiós. ¿Se había la joven prestado á ello?

Penetré en el saloncito y no oí ruido alguno.

La puerta de la alcoba estaba entreabierta.

Me adelanté, y todo estaba en la mayor obscuridad. No me atreví á dar un paso más, y me quedé á la entrada, reteniendo la respiración.

Entonces oí la de la Condesa, igual y tranquila como la de un niño que duerme.

Ya no podía llevar más lejos mis investigaciones; solamente noté que la ventana de la alcoba estaba entreabierta y sujeta por la falleba. La Condesa acostumbraba á dormir así por temor al calor.

## XII.

Cuando hebe terminado esta breve inspección, que no podía demostrarme nada, me guardé muy

bien de ir por el fusil pedido, y me dirigí furtivamente al encuentro de los dos adversarios.

Estaban éstos en el fondo del jardín hablando en voz baja, pero con esa articulación clara y cortada que se tiene en las grandes crisis de la vida.

El Marqués de Salcedo sufría un rudo interrogatorio, protestando de la inocencia de sus intenciones.

—Sois vos—decía—el primero que me dáis la noticia de que la Condesa está en su habitación. Tanto al entrar como al salir he estado en la persuasión de que no estaba allí. Si os he visto partir esta mañana, ¿cómo había de figurarme que habíais vuelto?

—Habréis sabido por casualidad que un accidente nos ha obligado á volver.

—¿Quién ha podido decírmelo?

—El portero cuando habéis entrado.

—No se ha cambiado una sola palabra entre ese hombre y yo.

—¿Por qué entonces os volvíais, cuando todos vuestros compañeros se quedan allí?

—Porque soy el único que no estaba embriagado, y aquel alboroto me era insoportable.

—Sois un torpe; debíais fingir la embriaguez y



decir que al entrar en mis habitaciones creíais entrar en las vuestras.

—No tengo nada que fingir. He creído entrar en una habitación en que no había nadie.

—Está bien; y entonces, ¿cómo explicáis vuestro extraño capricho?

—No puedo explicarlo: un capricho no tiene explicación.

—¡Basta!—replicó el Conde.—No puedo consentir que mi mujer sea objeto de un capricho cualquiera en vuestro pensamiento. Vamos á entrar en esa pradera, al final de la cual hay un bosque. Echaremos suertes, y aquel de nosotros á quien ésta favorezca, matará al otro.

—¡No, Adalberto, no! Quedaremos citados en París, adonde me dirigiré mañana mismo para esperar vuestras órdenes.

— Esperáis quizá que desfallezca, que me persuadan..... No; quiero vuestra muerte ó la mía.

Yo me presenté entonces y declaré que no había encontrado fusil alguno.

—¡Es falso!—exclamó el Conde.—Yo mismo iré á buscarle.

Y volviéndose vivamente, dió un grito y cayó, llevando su mano al costado derecho.

Su enfermedad del hígado, exasperada por la cólera, le quitaba la fuerza para vengarse.

El Marqués de Salcedo le tomó en sus brazos sin decir una palabra y le condujo á sus habitaciones, dejándole en un diván. Después le entregó á mis cuidados y desapareció sin decirme una palabra.

La Condesa pareció despertar de un profundo sueño, y asustada al ver en aquel estado á su marido, me ayudó á meterle en el lecho y corrió á llamar á la Baronesa, que no se había acostado esperando á Salcedo en el salón, sin sospechar lo que ocurría.

Las dos damas cuidaron al Conde, que á poco volvió en sí y no habló para nada del acontecimiento. Yo comprendí que también debía callar.

Al amanecer del día siguiente partió el Marqués de Salcedo, dejando á la Baronesa un billete en el que la decía que su padre estaba gravemente enfermo y se veía obligado á correr á su lado.

El señor Conde, aun muy delicado, no se levantó hasta la tarde, preguntando muchas veces si el coche de viaje estaría en estado de marchar al día siguiente.

Cuatro días después del acontecimiento que acabo de relatar estábamos en París.

A la mañana siguiente de nuestra llegada, el señor Conde salió temprano y volvió muy pálido al mediodía.

Yo adiviné que venía de batirse, y le examiné con ansiedad.

—No tengo nada—me dijo en voz baja.—¡Ya me he vengado!

Más tarde me envió á pedir noticias de Salcedo, y por cierto que no pudieron éstas ser peores.

—El señor Marqués está muy mal—dije al volver;—dicen que probablemente no pasará del día, y su padre ha muerto del susto al verle entrar en el estado que el señor Conde le ha puesto.

El señor Conde tuvo una crisis, y cuando salió de ella me mandó cerrar las puertas, diciéndome luego lo siguiente:

—Carlos, he sido indignamente engañado; pero también me he vengado cruelmente. Mi espada ha matado al mismo tiempo al joven que había sido mi mejor amigo y al anciano que fué el mejor amigo de mi padre. Yo á mi vez espero morir pronto, pues detesto la vida. He hecho testamento y dejo vuestra suerte asegurada. ¿Puedo contar con vuestra eterna discreción? Vos solo en el mundo conocéis la causa de este duelo, y cuando lo sepa la Condesa querrá más explicaciones; pero

no explicaréis nada y diréis que nada sabéis.

—Esa será la verdad, señor Conde, pues no sé nada, y es posible que la Condesa no sepa nada tampoco.

—¿Encontráis probable que Salcedo haya entrado en su habitación sin que lo note?

—Por lo menos lo encuentro posible.

—¿Y qué iba Salcedo á hacer á su cuarto, si no la creía allí?

—Tomar algún objeto olvidado por ella, respirar un perfume, buscar un ramo de flores.

—¿Un ramo de flores?..... Sí; ahora recuerdo que cuando le he atravesado el pecho..... pues el desgraciado, fingiendo defenderse, se entregaba..... han encontrado en su pecho un ramo de flores marchitas..... ¡Ah! ¡debía ser una prenda de su amor! ¡Las flores de despedida! Yo he creído que era una manía de botánica llevar flores sobre el corazón al morir..... Las reclamó con desfallecida mano, y yo ordené que se las devolviesen..... ¡Le enterrarán con ellas!..... ¡Ah! Aún es más dichoso que yo, y me desafía hasta en la tumba; Alfonso ha sido amado un día en su corta vida!..... y yo..... yo, aunque viviera un siglo..... ¡no lo sería jamás!

## XIII.

Procuré disuadirle de esta triste idea, de que yo también participaba.

—No, querido Carlos—me dijo;—os engañáis; ninguna mujer ha podido amarme, y la Condesa se limitaba á estimarme. No es culpa suya, y no se lo censuro, porque sé de dónde viene el mal. Para ser amado de las mujeres es necesario amarlas apasionadamente, y no es así como yo amo. No tengo esa dosis de entusiasmo y de locura que hace verlas como seres superiores. La señorita Rolanda de Rolmont me agradó por su belleza y por su robusta organización, que prometía vigorosos retoños á mi familia. Era necesario este equilibrio, pues yo soy débil y enfermizo. Me han mimado demasiado en mi infancia, y yo me prometía educar á mis hijos en mejores condiciones de higiene.... ¡Mis hijos! Á Dios gracias, no los tendré, ni los quiero. ¡He perdido la fe que salva! ¡Ah, qué desgraciado soy!

Creí que el Conde iba á llorar; pero era un hombre que no lloraba. Se retorció las manos al hablar, y éste era el paroxismo de su dolor.

Al verle sentí una inmensa pena. Hasta enton-

ces había estado unido á él por reconocimiento, pero no podía tenerle cariño, pues su tono irónico y su política despreciativa me hacían daño, encontrando su carácter demasiado desdeñoso y rudo para inspirar simpatía. Mas cuando aquel hombre tan obstinado y tan seco se confió á mí y me reveló las debilidades de su alma, tomé un vivo interés por su infortunio.

Yo bien comprendía que hay agitaciones terribles en las que es expuesto encerrarse en sí mismo. El Conde sentía en aquel momento una imperiosa necesidad de expansión, y yo era el único en el mundo á quien podía escoger, pues era también el único, después de Salcedo, que conocía su secreto y la causa de su duelo. Este es el destino de los subalternos; somos iniciados forzosamente en los misterios de las familias, y tomamos á menudo por una honrosa confianza la necesidad que se tiene de nosotros. Yo no me hacía ilusiones en ese punto; pero la vista de aquel ser fuerte, que yo había creído tan superior á mí y que parecía pedirme ayuda y consejo, me enternecía profundamente.

En aquel momento hubiese dado mi vida por él, y sentía odio hacia su mujer, que curaba su enfermedad física sin sospechar que era el pesar el que le devoraba.

Al día siguiente por la mañana volví al hotel de Salcedo, no de parte de mi amo, pues éste me lo había prohibido, sino como si yo fuera desde entonces enviado por la de Monteparre y encargado de escribirla. Se preparaban los funerales del padre; y en cuanto al hijo, había tenido cierta lucidez al verle morir; pero había vuelto á caer en su postura, y su estado parecía desesperado.

La Condesa de Flamarande supo aquel día por algunos amigos que fueron á visitarla, que el anciano había muerto y que su hijo se encontraba moribundo. Yo estaba presente cuando recibió la nueva, y no me pareció tan afectada ni mucho menos como hubiera creído. Hizo muchas preguntas, á las que no pudieron responderla.

El asunto había estado tan secreto, que al hablar de una herida grave y al suponer un duelo, se ignoraba todavía con quién había podido batirse el Marqués de Salcedo.

Yo transmití los hechos á mi amo.

—¿Aseguráis—me dijo éste—que la señora condesa ha parecido más sorprendida que consternada? ¿No sospechará realmente la verdad?

—Ó la señora es inocente como un ángel, ó tiene una habilidad de primer orden.

—¡Todas las mujeres tienen esa habilidad—re-

plicó el Conde;—la aprenden en la cuna. Son seres inferiores á nosotros en todo lo que es bueno, pero muy superiores cuando se trata de hacer mal. ¡Pobre Salcedo! ¡Qué razón tenía al temerlas! ¡su primera experiencia le ha costado bien cara!..... ¡Y yo que contradecía sus teorías! ¡Ah, necio de mí, que creía estar enamorado de mi mujer!

Su risa sardónica me espantó.

—El señor Conde parece que siente ahora odio—le dije—y es necesario tener mucho cuidado con ese sentimiento, que fácilmente puede tornarse en amor, y lo que es aún peor, en pasión.

Su risa nerviosa se hizo fría y triste.

—¡Ah! ¡Si aun me quedase eso para salvarme del fastidio de vivir!—me dijo extendiendo su mano como para tomar la mía, que yo retiré por respeto sin darme cuenta de ello;—pero—añadió suspirando—estoy condenado á vivir sin otra preocupación grave que la de mi enfermedad física..... ¡Triste cuidado para un hombre que hubiese querido emplear su fuerza y su razón en algo mejor! No, Carlos; la pasión, una pasión cualquiera, me salvaría de mí mismo; pero no me queda ese recurso. Al hacer el estudio de la materia humana, he llegado á ser misántropo y no encuentro nada que valga la pena de ser odiado ni querido.

—Sin embargo, habéis saboreado la venganza...

—Es un goce terrible, del que me arrepiento. He creído que me consolaría, pero no ha hecho más que empeorar mi mal físico y sumergirme en una profunda tristeza. ¡Ah! ¡Si no hubiera sido una cuestión de honor, todo lo hubiese perdonado!

## XIV.

En aquel momento entró la Condesa, y después de haber preguntado á su marido cómo se sentía, se dirigió á mí preguntándome en voz baja si el Conde conocía el estado de su amigo Salcedo. Temí entonces una explicación trágica, y supliqué á la señora que no hablase del asunto á su marido mientras que su crisis hepática no se hubiese disipado.

No se tocó, pues, la cuestión, y los días pasaron sin que se notase en la Condesa una pena oculta. Es verdad que envió varias veces á informarse del estado del herido; pero el día que el Conde la dijo con tono glacial:

—¿Sabéis, querida mía, que Salcedo ha perdido á su padre y que él está muy grave?

Ella contestó con su aire de angelical inocencia:

—Ya lo sé; pero no he querido hablaros de ello

por no afectaros, y puesto que estáis al corriente, os diré que las últimas noticias de vuestro amigo son buenas. Hay esperanzas de salvarle.

El Conde palideció y le dijo:

—Os felicito.

El asombro de la joven fué tan sincero, que me conmovió, y mi mirada suplicante hizo que el Conde explicase su respuesta de la mejor manera posible.

La Condesa recobró su tranquilidad habitual y dijo:

—Si es verdad, como dicen, que el Marqués de Salcedo ha sido herido en duelo, extraño mucho que no os haya tomado por testigo y que no sepáis con fijeza lo que ha ocurrido.

El Conde la miró frente á frente y después dijo con voz clara:

—Fuí yo el que herí á Salcedo, porque se portó como un niño comprometiendo á una persona á quien yo tenía el deber de hacer respetar.

—¿Y esa persona —replicó la Condesa, que sostenía su mirada con la inmovilidad de una estatua— esa persona es?.....

—La Baronesa de Montsparre.

—¡Cómo! ¿Os habéis batido por la Baronesa? ¡Vos!

—No la quiero mucho, convengo en ello, pues la tengo por una loca; pero es vuestra amiga y no tenía más defensor que yo. Cuando estábamos en Montsparre no quise dar escándalo y cité aquí á Salcedo. Esto es todo lo que pasó, y podéis contarle si queréis.

—¡Nunca!—exclamó la Condesa.—No quiero hablar ni que nadie me hable de semejante asunto. ¿Cómo podría yo explicarlo, si no lo entiendo? ¿Que el Marqués de Salcedo comprometía á Berta? ¿Es posible? ¿Pues no pensaba casarse con ella? ¿No era un hombre honrado y vuestro mejor amigo?

—Ya no es mi amigo; le tengo por un traidor, y os advierto que no le volveremos á ver nunca. ¿Supongo que esto os será del todo indiferente?

—Lo único que me interesa es el peligro á que os habéis expuesto sin que yo lo supiera, y el disgusto que ha debido tener mi amiga Berta.

—La Baronesa de Montsparre no sabe nada todavía. Sabrá al mismo tiempo el peligro y la mejoría de su amante. ¿Vais á ser vos quien la deis la noticia?

—No, por cierto, á menos que vos lo queráis así; no sabría cómo decirle lo que me acabáis de contar. ¡Creía yo sus relaciones tan puras, y el ca-

rácter de Salcedo tan leal! ¿Sabéis, amigo mío, que no habéis hecho bien en presentarme como un hombre de mérito á ese que debo despreciar ahora, puesto que os ha obligado á castigarle?

—No hablemos más de él—replicó el Conde con fría dignidad;—nunca volveremos á pronunciar su nombre, y si queréis agradarme, no habléis del asunto á la Baronesa de Montsparre. Berta no es de vuestra edad; tiene demasiada experiencia para vos, y yo desearía que vuestra gran amistad improvisada en tan corto tiempo se calme lo bastante para que no haya lugar de que volváis á recibir sus confidencias.

—En esto, como en todo—replicó la Condesa—haré vuestra voluntad.

Cuando se retiró, el Conde, que me había hecho seña de pasar á su gabinete, me llamó.

—¿Habéis oído, Carlos?

Yo vacilé en responder.

—Deseo—añadió entonces—que estéis al corriente de todo esto. ¿Sabéis por qué he dicho esa mentira á la señora?

—Para probarla, sin duda; porque el señor Conde no querrá que ignore siempre la verdad.

—Quiero que la ignore hasta que yo mismo conozca su verdadero carácter. ¿Quién puede conocer

á una mujer? Esta me muestra una dulzura cándida, escondiendo tal vez abisros de perversidad.

—¡Oh, señor Conde! A los diez y seis años, saliendo de una familia austera..... sería demasiada perversidad; es imposible.

—Ya lo veremos; observaré, y puesto que nada puedo saber del pasado, el porvenir me le indicará.

Estábamos á mediados de Septiembre, y no era aún la época del año en que solíamos instalarnos en París. El Conde llevó á su esposa á la posesión de Normandía, y yo conocí por sus previsiones domésticas que pensaba tenerla allí mucho tiempo.

El Marqués de Salcedo estaba realmente mejor, pero, según decían, no podría salir de su casa en mucho tiempo.

## XV.

Cuando nos instalamos en Menanville, el cartero me entregó una carta para la señora. Estaba fechada en París, pero reconocí la letra de la Baronesa de Montesparre, que había tenido ocasión de ver más de una vez, y creí deber llevar esta misiva al Conde, que me ordenó en seguida la leyera. La he guardado y hela aquí:

«Amiga mía: Llegué á París al día siguiente de vuestra salida, teniendo con ésta un gran sentimiento, pues tenía mucha necesidad de veros y de hablaros. Vuestro marido es muy cruel al haberos llevado de aquí en semejantes momentos. ¡Qué horrible drama! No sé, nõ sé cómo he podido resistir. Sin duda la esperanza de salvar á Salcedo me ha sostenido. ¡Le salvaré! Dios me ayudará. Pero ¡qué dolor verle tendido en su lecho como un cadáver en su ataúd! ¿Sabéis por qué y con quién se ha batido? Es un secreto que ha permanecido bien guardado; os lo juro. Han escogido por testigos amigos discretos y seguros: vuestro marido debe ser uno. ¿No sabéis nada? ¿Por qué no me habéis escrito? Me confundo y no puedo averiguar nada. Compadecedme, querida mía, y dadme valor. ¡Tengo tanta necesidad de él! ¡Adiós, y acordaos siempre de vuestra pobre

*Berta.»*

—No entreguéis esta carta—me dijo el Conde.  
—Ni entreguéis ninguna sin que antes pase por mis manos. Quiero que la señora Condesa rompa su amistad con esa loca de Montesparre, que está comprometiendo su reputación sin que se le importe nada. Esta intimidad le ha sido funesta. Nada

hay tan pernicioso para una joven recién casada como la amistad de una viuda apasionada, en busca de marido. Todo el mal ha venido de ahí. Yo he tenido una confianza estúpida. A fuerza de oír hablar de amor y alabar tanto á Salcedo, la Condesa se ha sentido turbada, sorprendida, excitada, y el amor propio se ha mezclado en el asunto. ¡Quitar un novio á su mejor amiga! Ninguna mujer resiste á eso: ¡es el placer de los dioses!

—Una cosa me extraña, señor Conde, y es, que sintiendo tan gran desprecio por las mujeres y no haciendo excepción con la señora Condesa, la tratéis con las mismas consideraciones que si nunca hubierais tenido la más leve sospecha.

El Conde de Flamarande se dejó desde entonces interrogar por mí como si hubiese sido su igual. Privado de amigos—su carácter no los permitía—le gustaba mostrarse hombre superior, aunque no fuera más que delante de su ayuda de cámara. Este no le contradecía, y sólo le escuchaba para instruirse.

—Sabed, Carlos—me dijo—que un hombre de mi clase no debe conducirse como un patán cuando duda de su mujer, culpable ó no; en él estaba preverlo y guardarla mejor. Yo no siento cólera ni

resentimiento contra la señora Condesa. El verdadero culpable es aquel que he castigado y que castigaré si da muchas señales de vida. ¡Miserable! Jamás le perdonaré haberme engañado. Figuraos, querido mío, que la víspera del acontecimiento le interrogué como lo hubiera hecho su hermano mayor.

—Tened cuidado—le dije;—veo que no amáis á la Baronesa y que la estáis engañando.

—No la engaño—me respondió—porque jamás la he hablado de amor.

—Sin embargo, estáis enamorado; eso salta á la vista. ¿Es de alguna otra?

—De ninguna.

—¡Salcedo, mentís! Sois un niño y hago mal en trataros como á un hombre. Esperáis engañarme; pero es inútil, veo claro.

—Me estáis ultrajando—respondió.—Os quiero demasiado para jugar con vuestro honor, que me es sagrado; y si otro que vos dudase de mi lealtad, le pediría cuentas en el acto.

Habló con ardiente elocuencia de las bondades de mi padre hacia él en su infancia, de la protección que yo le había dispensado más tarde á su entrada en el mundo, de los favores sin número que le había hecho.... Ya estaba yo engañado,



vencido, cuando tuvo la imprudencia de decirme que respetaba á mi mujer más que yo mismo, puesto que yo la hacía la ofensa de suponerla susceptible de correr un peligro cualquiera. Entonces, olvidándose de todo, me habló de ella con el entusiasmo de un devoto por la Virgen Santísima, y conocí que la amaba apasionadamente. Juzgué que no debía decirle que penetraba en su alma, y fingí tener confianza en su honor. Él confiaba todavía en sí mismo y lloraba. Le abracé; pero no le perdí de vista. Yo le había rogado que no bailase más con la Condesa, y me obedeció; pero ¡qué visible fué su sentimiento! Sin duda ella le dirigió reproches que le hicieron perder la cabeza. Todo esto ha marchado tan de prisa, que no pude prever la cita del día siguiente..... ¡A mis propios ojos!..... ¡Qué audacia! ¡No, no, jamás lo perdonaré!..... Si he estado enamorado de mi mujer, ya no lo estoy. La castigaré no dejándola ver á nadie y teniéndola severamente guardada, consumiendo su juventud sin amor y sin triunfos de ninguna clase. No tendrá ni el consuelo de verme celoso, porque no lo seré. En mi casa no habrá luchas ni tempestades; esa sería una distracción, y yo quiero que viva en medio del fastidio, que su belleza no le sirva de nada, que esté privada de esos combates domésticos

que tanto gustan á las mujeres; quiero que su fuerza de disimulo y resistencia se gaste inútilmente. Esto es lo que quiero, y ya veréis, ya veréis, Carlos, cómo sé castigar sin que se vea la mano que aprieta el nudo corredizo.

## XVI.

El Conde de Flamarande era hombre que cumplía su palabra. Con pretexto de la política, y mostrando de repente ideas exaltadas, logró indisponerse con todos sus amigos. Supo llevar al extremo su carácter caprichoso y su discusión cortante y ofensiva. Todos se alejaron de su lado, y él prohibió á su mujer que hiciera visitas ni invitaciones, bajo pretexto de que necesitaba reposo. La Condesa se resignó á la soledad con su inquebrantable dulzura. Yo creí ver en esta sumisión la prueba de su inocencia; pero el señor Conde la interpretó en sentido contrario.

—La Condesa sabe—decía—que merece algo más que eso, y esa dulzura que tanto admiráis es para mí una confesión que tomo en cuenta.

La de Montesparre escribió una segunda carta: «No me habéis contestado, Rolanda. Lo com-

prendo; sé por qué. ¡No podéis resolveros á hablarme de este pobre desgraciado! Sabiais lo que yo ignoraba y lo que hoy sé: vuestro marido le ha tratado como á su enemigo mortal, furioso de celos. ¡Ah, qué odio me inspira vuestro querido esposo!..... pero vos, Rolanda, ¿cuál es vuestro papel en todo esto?..... Mis ideas se confunden; vos no sois coqueta. ¿Amáis quizá á Salcedo? Sin duda os ha halagado la idea de arrebatármele y de ver á vuestros pies á un joven tan cumplido y tan superior al triste marido impuesto á vuestra inexperiencia. Habréis tenido un instante de emoción que el Conde habrá sorprendido. Sea de esto lo que quiera, sois una niña y os perdono. Me siento, en medio de mi dolor y mi humillación muy superior á vos, puesto que no abandono al que me ha sido infiel y me dedico á él por completo, suceda lo que suceda.

»No os sorprendáis si en el porvenir cesan vuestras relaciones y conocéis que evito el encontraros. Lleváis un nombre que de hoy en adelante me será odioso, y seais inocente ó pérfida, no puedo ya tener confianza en vos.»

Yo era de parecer de que el Conde me dejase volver á cerrar la carta á fin de que la señora la recibiese y pudiéramos sorprender su contestación,

—No—dijo mi amo;—la respuesta no ha de ser más que una protesta mentirosa. No habrá ya más confidencias sinceras entre estas dos mujeres. Guardad la carta y no hablemos más de ella.

Una mañana que la señora se sintió algo enferma, el médico, que iba á ver á su marido cada dos ó tres días, declaró, después de examen y consulta, que la Condesa estaba en cinta. Al oirlo la joven concibió una loca alegría, y fué entusiasmada á dar tan gran noticia á su marido. Éste pareció acogerla muy bien; pero en cuanto estuvimos solos me dijo:

—He aquí lo que resuelve la cuestión, Carlos. Ese hijo no es mío.

—¿Puede afirmarlo el señor Conde?

—No; esas cosas no pueden afirmarse nunca, más que en el caso de ausencia; pero yo me he casado hace seis meses y estoy enfermo hasta el punto de tener pocas esperanzas de ser padre antes de estar perfectamente curado. Mi mujer realiza esta esperanza precisamente en el momento en que encuentro un hombre en su habitación..... ¡Da que pensar, Carlos!

Y en efecto, mucho debía el Conde pensar y reflexionar mientras que su mujer se entregaba á la mayor alegría con un candor que unas veces me

persuadía y otras me sorprendía como si fuera una audacia exorbitante.

—Carlos—me dijo un día el Conde—he reflexionado, y á vos os toca informarme de la cuestión legal. Vuestro padre era muy entendido en leyes; vos también debéis serlo. ¿Cuál es el medio de eludir una paternidad dudosa? Debe haber varios.

—No hay más que uno, señor Conde, á menos de cometer un crimen, cuyo pensamiento no habrá pasado por vuestra imaginación.

—Tranquilizaos, no soy un héroe de melodrama. Desprecio las cosas trágicas, y no conozco nada más estupendo que el crimen; pero yo no llamo crimen á la resistencia de una ley inicua; mi conciencia protesta contra la obligación de transmitir mi nombre y mi fortuna á un hijo del que no estoy seguro de ser padre.

—Pero la duda, señor Conde.....

—La duda es peor que la certidumbre. Si tuviese certidumbre, realizaría mi fortuna, aseguraría la suerte de la Condesa y me expatriaría resueltamente. Con la duda, es necesario que tenga miramientos con mi mujer, ó que sea universalmente censurado, pues ningún marido puede tener certidumbre, y la duda es un estado normal, en el cual todos saben tomar su partido.

—Y vos, señor, ¿no queréis tomar el vuestro?

—¡Nunca! yo soy el hombre de la estricta equidad. He sido educado en esas ideas, y no quiero sufrir esa ley deshonrosa que los demás aceptan cobardemente..... Decidme, ¿hay medio de ocultar el nacimiento del hijo y de no hacerle inscribir en el Registro civil con mi nombre?

—No, señor Conde; no hay ese medio, sin correr el riesgo de que propalen el secreto.

Y le di una consulta en regla con los textos de ley.

—Sabía vagamente todo eso—replicó—y desde hace algunos días yo también hojeo el Código. En vista de lo que decís, renuncio á mi primera idea. El hijo que nazca será inscrito á mi nombre; pero es preciso que desaparezca en seguida.

Al oír hablar á mi amo con tanta resolución, un sudor frío cubrió mi frente.

—¡Que desaparezca!—repetí maquinalmente.

—Sois de mi parecer—prosiguió el Conde.—

Se trata de buscar un médico sin incurrir en las penas legales y sin infringir la verdadera ley, la ley moral de la humanidad. Pensaré más en ello. Pensad vos también, Carlos.

## XVII.

Una tercera carta de la Baronesa de Montesparrre llegó entre tanto.

«Rolanda, perdonadme. He sido injusta, insensata, al acusaros; pero estoy verdaderamente arrepentida de ello, y os suplico me perdonéis. He confesado á mi pobre enfermo, y sé ahora toda la verdad, que aunque es muy cruel para mí, os disculpa. Erais amada con delirio y no lo sospechabais. Yo no debía decíroslo; pero me gustan las situaciones claras, y después de haberos ofendido con mis sospechas, no quiero dejar de reparar mi falta, pidiéndoos perdón humildemente. Salcedo ignora que os escribo, y espera que nunca llegaréis á saber su amor, pues estoy segura que moriría antes de dejárosle conocer. El pobre no ha obrado mal con nadie: ni conmigo, ni con vos, ni con vuestro marido. ¡Sólo se ha perjudicado á sí mismo! Me consagra una amistad sincera, y á vos os respeta, os venera y..... os adora; pero esto no es culpa suya. Después que salisteis de mi casa, quiso entrar en vuestra habitación antes que estuviese arreglada y ocupada por otra persona.....; pero no, me equivoco y le hago aun más culpable de lo

que es..... Salcedo pasaba por delante de vuestro saloncito sin haber premeditado nada, queriendo sólo ver vuestras ventanas. Estaban éstas abiertas, y la luna iluminaba un ramo de flores que Alfonso había visto en vuestras manos por la mañana, y que os habíais dejado olvidado en la mesita de vuestro salón. Entonces empujó la puerta vidriera y tomó el ramo, sin acercarse siquiera al dintel de vuestra alcoba, que creía desierta. En el momento que se retiraba le sorprendió vuestro marido, y no aceptando explicaciones ni queriendo oír nada, le citó para batirse en París. Salcedo se ha batido como un loco buscando la muerte, y si no la ha encontrado, ha sido porque Dios no ha querido. Me ha enseñado vuestro ramo de flores empapado en su sangre. ¡Ah! ¡qué pasión, y qué dichosa sois al ser amada así por semejante hombre! Pero él cree que le desdeñáis, y si yo fuese egoísta, desearía que fuese así, porque tendría la esperanza de verle curar en lo moral como en lo físico. Sea lo que quiera, siempre seré amiga suya y vuestra.

»En cuanto esté en estado de emprender el viaje, le llevaré á Flamarande. Enviadme una palabra para él, una palabra de piedad y de perdón. El pobre no la pide, no pide nada; pero se ator-

menta horriblemente al pensar en vuestra situación, pues teme que el Conde os acuse de ligera y os haga desgraciada. Yo también lo temo.

»Tranquilizadme y respondedme; os lo suplica

BERTA.»

La Condesa de Flamarande parecía justificada por esta carta; pero el Conde seguía tan incrédulo como antes.

—Esta vez—dijo—Salcedo ha tenido talento. Ha hecho las paces con la Baronesa, confesándole su platónico amor y dejándola la esperanza de ser amada por reconocimiento. La Baronesa no es ciertamente muy orgullosa, y lo perdona todo con tal de que el matrimonio se haga cuanto antes: ahora quiere contemporizar con la Condesa y hacerla creer en una magnanimidad de que ninguna mujer es capaz, y ella menos que otra. Guardad esa carta; la respuesta no había de ser más sincera que la pregunta. No quiero más expansiones femeninas, que sólo consisten en falsedades y fingimientos que tal vez no tienen otro objeto que engañarme.

Una cuarta carta de la Baronesa, que vino dos meses más tarde, y que estaba fechada en Monteparre, decía:

«Le he traído aquí, donde he creído que se moriría al llegar. Ya está un poco mejor; pero no estoy tranquila. El recuerdo de su pobre padre y el temor de haber turbado la paz de vuestro hogar, no le permiten reponerse. ¿Y vos, cruel Rolanda, no respondéis? Sin duda me guardáis rencor y odiáis á este desgraciado que se muere por vos. Quizá el Conde de Flamarande intercepte nuestras cartas. Las mías, sin embargo, os justifican con una sinceridad que él no puede desconocer.

«Por favor, si podéis, escribidme una sola línea, una sola palabra: *perdono!* Él no la pide ni la espera; pero si yo pudiera enseñársela, estoy segura que le devolvería la vida. No desoigáis mi ruego, querida Rolanda. Espero que nunca volveréis á veros y que él os olvidará; pero ayudadme á salvarle y Dios os lo premiará.»

También esta carta fué guardada con las otras en un cofrecillo y no se entregó á la Condesa.

El Conde creía que la Baronesa, con su romántica imaginación y su amor extravagante, trabajaba para perder á la Condesa. Yo no me convencía, y mi señor me permitía decir cuanto se me autojaba en descargo de la acusación; pero á todas mis alegaciones respondía con obstinación: «¡Que la Condesa no vuelva á ver nunca á Salcedo ni á

ningún hombre capaz de conmoverla, y sobre todo, que su hijo desaparezca!..... Después la trataré como si estuviera justificada.»

## XVIII.

Mientras que el Conde hacía los proyectos más siniestros, su esposa reemplazaba la tranquilidad y calma de su carácter por una alegría inusitada. Yo sabía todo cuanto ella decía á Julia, que no se hacía rogar para hablar conmigo.

—La señora es una persona muy extraña—me decía;—su completo desarrollo la hace ya parecer una mujer; pero en realidad no es más que una niña. ¡Cuando piensa que va á ser madre á los diez y siete años!... La verdad es que es muy pronto. La pobre no sabe nada de la vida, y no se encuentra desgraciada en una situación que desesperaría á cualquiera otra, y aun creo que es capaz de amar á su marido, que ciertamente es un hombre de mérito, pero que como marido no puede ser menos amable. Vos no podéis saber la sequedad de su lenguaje hacia la señora, pues no penetráis en las habitaciones de ésta. La reprende y la sermonea á cada palabra, y parece un viejo profesor

con una pensionista á quien no se atreve á regañar, pero de quien se burla con objeto de quitarla toda vanidad y humillar su amor propio. Si á mí me hablase de esa manera, sabría responderle; pero ella parece un corderito á quien mira el lobo y tiembla, cierra los ojos y no responde nada. Cree merecer estos desdenes, y se llama ignorante y tonta, pensando que el Conde la ha hecho aún mucho honor al tomarla por mujer; no tolera que yo censure en nada á su marido, asegurando que es la mujer más dichosa del mundo. Ya podía el Conde encerrarla en una cueva y alimentarla sólo á pan y agua, en la seguridad de que no había de quejarse.

Quando pregunté á Julia si su señora echaba de menos Montsparre y si su prolongada estancia en el castillo desierto no la causaba aburrimiento, me contestó:

—Si por cierto: al principio se fastidiaba y se reprochaba á sí misma el no saber distraerse como el señor Conde que se encierra en su despacho y se pasa estudiando todo el día. La Condesa trataba de distraerse leyendo libros de historia; pero no tenía gusto en ello y bostezaba sin cesar;.... pero desde que espera un hijo está completamente cambiada y se concentra en este amor maternal como

una mujer que nunca conocerá otro. No piensa más que esto, y ve á su pequeño en sueños; trata de describir su carita, reza, llora y ríe. Ama á su marido porque la ha hecho ser madre. Dice que está contentísima de haber venido á esta soledad, donde tendrá lugar para ocuparse de su hijo, y trabaja sin cesar bordando gorritas y cosiendo la ropita que ha de llevar. Además trata de instruirse, pues quiere encargarse de su primera educación y estudia, dibuja, toca el piano, y es, en fin, la criatura más dichosa del mundo..... ¡Ah, Dios la ha hecho un gran favor haciéndola tan..... sencilla!

—¿Acaso queréis decir, como casi todas las que la conocen, que la Condesa carece de talento y buen juicio?

—¿Y no es esa vuestra opinión, Carlos?—respondió Julia.—El señor Conde ha elegido á su mujer así para ser él sólo el que mande y disponga; es esto muy propio de su carácter.

El embarazo de la Condesa se iba haciendo cada vez más visible, cuando su marido decidió que fueran á pasar el invierno en Sevines, cerca de Orleans, á la orilla del Loire. No dió razón alguna que explicase este cambio de domicilio. La señora tampoco se la preguntó y se puso á hacer sus maletas.

—Donde quiera que vayamos seré dichosa—decía á Julia.—¿Acaso no llevo conmigo mi tesoro?

Aunque país sonriente y fértil, era Sevines muy triste; su caudaloso río, que atraviesa la llanura con anchas y arenosas riberas, no era tan grato á la vista como las malezas de Flamarande.

El parque era grande y muy hermoso para los que les gusta la humedad de las sombrías alamedas; pero ahora, aquellos árboles sin hojas formaban un conjunto triste y sombrío.

El señor Conde no había estado en Sevines desde la muerte de su padre, y su primer cuidado en cuanto llegó fué ir al cementerio de la parroquia para visitar su sepultura, lo cual sorprendió mucho á los criados. El cochero, que era uno de los más antiguos, me dijo al verle arrodillado sobre aquella losa:

—Sí, el señor Conde está diciendo ahora palabras cariñosas á su padre; serán las primeras que le habrá dirigido en su vida, pues aunque creo que se querían, eran los dos tan amigos de disputar, que nunca estaban de acuerdo.

## XIX.

Algunos días después me dijo el Conde:

—Carlos, es necesario que os pongáis en camino para buscar una nodriza al noble heredero que me destinan. Escogedla bien, pues quiero que la criatura no carezca de nada; pero deseo que esta nodriza no sea de la localidad ni la conozca nadie. Pagadla bien y anunciadla que tendrá que obedecerme ciegamente y sin replicar.

Vacilé, pues tuve miedo, los confieso, de los proyectos de mi amo, y declaré que antes de ponerlos en ejecución quería conocerlos.

—Está bien— me dijo,— os los explicaré. Es necesario que la nodriza sea viuda ó soltera y que no tenga familia, ó al menos parientes próximos. En cuanto la criatura que nazca esté inscrita en el Registro civil y bautizada, la enviaré lejos de aquí con ella. Tendrá que vivir donde yo la mande, con el más riguroso incógnito. Cambiará de nombre, haciendo pasar por suyo aquel hijo, y esperará mis órdenes. Decidla que podrá ganar una fortuna sin perjudicar á nadie y sin correr ningún peligro.

—Pero no lo creerá, señor Conde, pues hay, por el contrario, mucha responsabilidad en hacerse cómplice y agente del robo de un menor.

—La responsabilidad será para vos y para mí, Carlos; pero ya haremos de manera que nos libremos de ella.

—¿El señor Conde quiere que el niño viva bien y sin carecer de nada?

—Sí; pues no siento ninguna aversión hacia un ser que no tiene conciencia del bien y del mal.

—El señor Conde desea, por lo que veo, que el niño cuando sea mayor ignore quién es y nadie pueda decírselo.

—Me habéis comprendido.

—Pero eso es muy difícil.

—Con el dinero se consigue todo. Buscad una mujer que sea buena y desgraciada; luego la llevaréis lejos, muy lejos, fuera de Francia, si es preciso. Viajaréis día y noche todo el tiempo que el niño pueda soportarlo. Los instalaréis en un lugar aislado, donde la nodriza le educará como si fuese su hijo, ni mejor ni peor. Recibirá una buena recompensa cuando el niño tenga tres años, y vos estaréis encargado de vigilarla; pero es inútil decirle todo esto antes. Que venga el día que se la necesite, y que no sepa nada más sino



que tiene que obedecerme sólo á mí; en vos está el escogerla á propósito para la ejecución de mis deseos; es decir, libre de todo lazo y dispuesta á todo para ganar mucho dinero honradamente.

—¿Y qué dirá la señora Condesa?

—Que diga lo que quiera. El niño pasará por muerto para ella, como para todo el mundo.

—¡Su madre se morirá también de pena!

—No lo creo.

—Es que la idea de tener un hijo la absorbe por completo, señor Conde, y no sé si podrá soportar la desgracia de perderle.

—No quiero que muera. La distraeré. Ya sé que llorará mucho, pero mi resolución es inquebrantable. Lo he jurado al llegar aquí, sobre la tumba de mi padre, pues los dos nos entendíamos sobre ese punto capital: el honor de la familia. ¡Nada de bastardos, nada de hijos extraños! ¡El crimen antes que la vergüenza! Pero yo miro las cosas más fríamente. No habrá crimen. Nuestro siglo sabe, mejor que los siglos pasados, imponer un castigo puramente moral.

—¡Robar un hijo á su madre! ¿Y si no es culpable? ¿Si Salcedo entró en su habitación sin que ella lo sospechase? ¿Si el hijo que va á nacer es vuestro?

—No puedo tener seguridad sobre ese punto; pero peor para ella. Una mujer de talento sabe siempre impedir que un hombre conciba esperanzas que puedan turbar la tranquilidad de su marido; pero basta de discusiones. He venido á establecerme aquí para estar en el verdadero santuario de mis recuerdos. Aquí he cerrado los ojos á mi madre, la mujer que nunca cometió una falta ni tuvo una debilidad. Ella aprobaría mi conducta de hoy y mi padre me ayudaría. ¿Me negáis vos vuestra ayuda, Carlos?

—Siempre os obedeceré, señor Conde; pero con una condición esencial: la de que firmaréis la declaración que he escrito después de madura reflexión, y que puede servirnos de disculpa caso que fuésemos descubiertos.

He aquí la declaración:

«Yo, el Conde Adalberto de Flamarande, declaro que Luís Gastón Flamarande, mi hijo, es enviado por mí al Mediodía para que sea criado allí en las condiciones higiénicas particulares que creo necesarias para preservarle del mal hereditario de que mi padre ha muerto y de que yo vengo sufriendo desde mi niñez. Al hacer el sacrificio de alejarle temporalmente de mí, creo cumplir mis deberes hacia él.»

El Conde vaciló un poco antes de firmar aquella hoja de papel, pues cuanto decía le pareció hipócrita y cobarde. Pretendía no querer mentir, y yo le hice comprender que al hacer pasar por muerto al niño mentía aún más.

—No—replicó.—Un accidente repentino como el que yo quería aprovechar, me dispensaba de mentir, mientras que ahora tendré que inventar algún otro siniestro.

—Pues bien, obligad á la señora á que consienta en la separación. Persuadidla de que la vida de su hijo lo exige por las razones que yo alego en la declaración, y será menos cruel que la digáis que ese hijo apenas conocido por ella ha muerto lejos.

—¡No, no!—exclamó el Conde;—quiero que llore amargamente. Ahí está su castigo, y aun es demasiado dulce.

Después, mirando con aire siniestro el río, donde se reflejaba un cielo gris cargado de espesos nubarrones, añadió:

—¡Aun ha de llover mucho, y el Loire seguirá subiendo..... Decididamente el cielo está conmigo y por mí. ¡Dadme esa declaración para que firme, puesto que es necesario para ocultar el motivo de mi venganza!

## XX.

La firmó, y prometí obedecerle. Lo que acabó de decidirme fué el tener á mi disposición precisamente la mujer que nos hacía falta para el caso. Era ésta una criada niceña que había conocido en París, y que, despedida de la casa en que servía por una falta, estaba desacomodada y en la miseria más completa, con un recién nacido en los brazos. Tuve una conferencia con ella, y me aseguré de su silencio. Era una muchacha simpática y discreta, muy buena madre, que accedió con una condición: quería llevar á su país el niño que iban á confiarla, donde tenía por toda familia una hermana que la quería, y á quien había confesado su falta en una carta. Esta mujer entonces la había invitado para que fuese á reunirse con ella, llevando á su hijo; iría, pues, y le presentaría al recién nacido como suyo, mientras que ponía en ama su verdadero hijo en las cercanías de París. Se comprometía á tener al niño tres años, pasados los cuales pensaba recobrar á su hijo. Esta pobre mujer no tenía más deseo que salir de la miseria y ganar algo para criar á su hijo. Yo exigí por mi

parte que no había de enterar á su hermana de nuestro secreto. Pagué bien, por adelantado, y cuando la señora Condesa entró en el último día de su embarazo, instalé á la niceña en Orleans. El Conde no quería que pareciese por su casa antes del momento necesario.

Mientras hacíamos aquellos tristes preparativos, la Condesa cosía ricos encajes en las ropitas de su hijo al lado de la cuna de raso color rosa que le destinaba. No salía de su habitación, y su marido apenas la veía, sucediéndome á mí lo mismo, de lo cual me alegraba mucho, pues de esta manera no presenciaba el espectáculo de una alegría que yo iba á cambiar muy pronto en desesperación. También procuraba evitar hablar con Julia.

El 15 de Mayo de 1841 por la noche sintió la Condesa los primeros dolores, y yo partí inmediatamente en la silla de posta para ir á buscar al médico y á la nodriza, que estaba en Orleans. No teníamos que recorrer más que una legua, y sin embargo, el camino me pareció mortalmente largo. El Loire, cuya orilla iba yo siguiendo, subía de una manera espantosa y amenazaba inundarme el camino para la vuelta si me detenía un poco en la villa. Había llovido todos los días anteriores; el cielo estaba negro y el viento arreciaba.

Llegué á casa del doctor, que se dispuso á partir en seguida, y rehusando la silla de posta, pues decía que conocía el camino mejor que nosotros, subió en su coche. Yo corrí entonces á buscar á la nodriza, que cuando tuvo que dejar á su hijo confiado á una de sus amigas, lloró mucho. Tuve que hablarla con alguna brusquedad para arrancarla de allí, y después la conduje sin inconveniente alguno á Sévines. Amanecía cuando percibí á la pálida é incierta luz del alba los gigantescos árboles del parque por encima de la terraza, cuyo pie lamían las amarillas aguas del río. Mi corazón estaba oprimido; sentía frío. Aquel cochero que castigaba con rabia á sus caballos espantados por el sordo murmullo de las aguas del Loire; aquella mujer que lloraba á mi lado; aquel castillo en que tantas lágrimas aun más dolorosas iban á correr..... todo, todo era siniestro, y me hacía temblar como á un criminal.

Cuando llegué, ya estaba allí el médico; la Condesa no había exhalado ni una queja. Cuando presentaron al niño á su marido, éste no le miró ni le tocó, y me pareció tan tranquilo como yo agitado.

—Todo va bien—me dijo llamándome aparte.—  
Hice bien en contar con una inundación en esta época del año, y por cierto que ha sobrepujado á

mis deseos, pues el río entra ya en el parque por el lado de la pradera. Esta tarde saldrá la nodriza á pasear por ese lado del parque. Es preciso que la vean dirigirse allí y que no la vean volver. ¿Entendéis?

—¿Y dónde la ocultaré?

—En mi misma habitación, á la que la conduciréis por la galería. Es necesario que no seáis vistos. Vos cuidaréis de todo, y por la noche tendréis un carruaje preparado, donde subiréis con la nodriza y el niño y os dirigiréis al Mediodía, sin deteneros en ninguna parte; pero, esperad. Quiero que la cosa suceda de la manera menos trágica posible. Llamad al doctor.

Llamé al doctor, y como éste alabase el valor y la alegría de la Condesa, el Conde le dijo:

—Doctor, desconfiad de ese buen humor que tanto alabáis. Mi mujer es muy nerviosa y muy exaltada. Tratad de obtener de ella que descanse y que no vea al niño hasta dentro de algunas horas.

El médico creyó deber tomar esta precaución; pero la Condesa no quería dormir sin ver á su hijo, quejándose con dulzura de que no la dejasen criarle y de no haber visto aún á la nodriza, que á no ser así, había de necesitar.

El Conde tuvo que mezclarse y hablarla con su voz seca é imperativa. La pobre joven se sometió, y acompañada de Julia se durmió, vencida por la fatiga.

## XXI.

Entretanto la inundación iba subiendo. El médico no se atrevía á ponerse en camino. Los aldeanos que vivían junto al río huían con espanto, cargados con los enseres de su casa. En el castillo, aunque no había nada que temer y estuviesen muy acostumbrados á la vista de semejantes siniestros, todos estaban tristes. Las mujeres tenían miedo ó se lamentaban de los numerosos desastres que iban á suceder.

Hacia la una de la tarde, el señor Conde se dirigió á la pradera, que desaparecía rápidamente bajo las aguas cargadas de arena y de espumas.

Mi amo me mandó que hiciera salir á la nodriza y al niño. Ya no llovía, y un pálido rayo de sol se reflejaba en aquel inmenso río. El Conde quería que la nodriza se dirigiese por aquel lado y que dejase caer un pañuelo ó algún objeto perteneciente al niño, y después que yo la ocultase y

extendiese la alarma por todas partes. Se tomarían precauciones para que la Condesa no se enterase de nada, y en medio de la emoción producida por semejante acontecimiento, yo partiría sin ser visto, acompañando á la nodriza y al niño y fingiendo que iba en su busca. Todo estaba minuciosamente previsto por el Conde; pero yo fui acometido de un vértigo de espanto y me negué á obedecer.

—Señor Conde—exclamé—bien veo que queréis eludir lo esencial. A pesar de vuestras promesas, esperáis escapar á la ley. Es necesario que ese niño sea inscrito en el Registro, es necesario que lo reconozcáis; es absolutamente necesario, pues si no lo hacéis así, podréis ser perseguido judicialmente y reducido á prisión.

—Lo sé—me respondió;—conozco á lo que me expongo. ¿Y vos, retrocedéis?

—Sí, señor Conde: nada ilegal. Esa es mi divisa. Conociendo la ley punto por punto, sería imperdonable que la infringiera.

El Conde me habló entonces de una suma considerable; pero viendo que me ofendía sin convenirme, cedió.

—Está bien—dijo por fin;—la Condesa verá á su hijo. Yo hubiera querido, por bien suyo, que no

hubiese tenido tiempo de tomarle cariño; pero puesto que tenéis miedo....

—Tengo miedo á matarla—exclamé;—y si es necesario deciroslo, ese ha sido mi único temor.

Guardó silencio unos momentos y después me dijo con acento extraño:

—Que me traigan al niño.

Obedecí esta orden singular sin atreverme á responder.

La nodriza trajo el niño.

—Dejádmele—nos dijo el Conde.—Retiraos.

La nodriza sintió un temor instintivo y oprimió al niño contra su pecho.

—¿No habéis oído?—replicó friamente el Conde.—Colocadle en mi lecho y no volváis hasta que llame.

Salimos; pero yo me quedé observando por el ojo de la cerradura. También yo tenía miedo por la pobre criaturita, y estaba resuelto á defenderla en caso de necesidad.

Entonces vi una cosa extraña que me hizo dudar de la razón de mi amo.

## XXII.

El niño dormía en el lecho del señor Conde, y éste, después de contemplarle un instante, tomó un crucifijo de oro y nácar, heredado de su madre, y dijo, colocándolo sobre el pecho del recién nacido:

—¡He aquí la prueba terrible! ¡Criatura, yo te conjuro en nombre de Dios á que proclames la verdad!.... Abre los ojos cuando yo pronuncie el nombre de tu padre.

Y con voz clara y actitud inspirada exclamó por tres veces:

—¡Flamarande! ¡Flamarande! ¡Flamarande!

El niño no se movió. Entonces el Conde le dijo, como si hubiera podido comprender:

—¿No eres mi hijo?..... Vamos á ver si confiesas ahora el nombre de tu padre.

Y exclamó:

—¡Salcedo! ¡Salcedo! ¡Salcedo!

La casualidad quiso que el pobre niño abriese los ojos.

Entonces el Conde llamó vivamente.

Entré seguido de la nodriza, á quien el Conde entregó el niño diciendo:

—Tened. Podéis llevárosle.

Después añadió dirigiéndose á mí:

—Que enganchen. Hoy iremos á inscribir á esa criatura, puesto que es necesario que la farsa sea completa. Mañana por la mañana será el bautizo, y por la noche la marcha.

La alcaldía estaba á dos kilómetros del castillo. El señor Conde hizo subir en su coche á la nodriza con el niño, y al verme que tenía la portezuela esperando á que subiese, me dijo:

—Voy á subir al pescante. Venid conmigo.

Y añadió, volviéndose hacia el cochero:

—Dame las riendas, José, que voy á guiar, y sube tú en el coche.

Hoy quiero ser tu cochero.

—Señor Conde—dijo José—este caballo es terrible. No ha salido hace ocho días, y además el camino está muy malo hoy.

—Pues por eso mismo—dijo el Conde, subiendo con ligereza al pescante.—¿Olvidas que soy yo quien te ha enseñado tu oficio?

José, fuese por respeto, fuese por temor á un accidente, subió al asiento de detrás.

El caballo se encabritó furiosamente, y el Conde

le castigó lo mismo. Yo estaba asustado. ¿Se había vuelto loco el Conde y quería precipitarnos con él en el Loire?

Afortunadamente la aldea de Serines estaba en el camino que se aleja en línea recta del río; pero debíamos encontrar por allí un arroyo que también era muy crecido. Cuando llegamos á él, le pasamos sin ninguna novedad, pero no sin terror. Sólo el señor Conde estaba impasible.

Asistí como testigo á la inscripción del niño en el Registro. Recibió éste los nombres de Luis Gaston de Flamarande; y cuando volvimos á subir al coche, me dijo mi amo:

—¿No habéis guiado nunca un coche?

—Alguna vez un tilburi.

—Entonces, ¿podréis conducir este coupé? Tomad las riendas.

Obedecí; pero cuando llegamos al arroyo quise devolvérselas.

—No—me dijo;—seguid guiando.

Y castigó al caballo, que franqueó aquel torrente con rapidez.

Entonces el Conde volvió á tomar las riendas.

—Está bien—dijo;—sabéis lo bastante para llevar mañana este coche y este caballo, que se llama *Zamora*, ya le conocéis. Es capaz de todo;

le haréis andar toda la noche sin deteneros hasta que se reviente. Morirá, pero no os importe; y en cuanto esto suceda, tomad la silla de posta y no os detengáis hasta llegar al término de vuestro viaje.

—¿Y si el niño se pusiera malo en el camino?

—No os detengáis.

—¿Y si muere?

—Esos niños no mueren nunca. Decidme, ¿seréis capaz de hacer cambiar vuestra fisonomía poniéndoos unas patillas y una peluca? Entrad esta noche en el granero número 7, cuya llave es ésta. Antes de mi matrimonio se han representado aquí comedias, y he hecho colocar allí todos los disfraces de que para esto se servían. Podréis encontrar todo lo que os haga falta. Sois dispuesto y tenéis inteligencia. Conforme habéis sabido guiar, aprended á transformaros; lo que no se sabe se improvisa.

Al día siguiente el niño fué bautizado provisionalmente, es decir, se le echó el agua de socorro en la habitación de su madre. Al mediodía el Conde me mandó llamar á su cuarto.

—Estáis muy turbado—me dijo.—Veo que no me ayudaréis. Mandad que enganchen á *Zamora* en el coupé, y marchaos á mi quinta de Montca-

reau para cobrar un dinero que allí me deben. Esperaréis á la noche para salir de allí, y en lugar de volveros, vais á esperarme á la entrada del bosque Vierzon, en el sitio de que os he hablado hace ocho días de los asuntos de Montcareau.

Cuando José me entregó á *Zamora*, viendo que yo ponía gran atención en la manera de engancharle, me dijo:

—Estoy pensando que la alegría de tener un heredero ha turbado por completo el juicio del señor Conde. ¡Encargaros de conducir á *Zamora*! Es cosa algo seria. ¿Habéis pensado en ello, señor Carlos?

—Lo pensaré por el camino—le respondí.—No tengo tiempo de hacer reflexiones antes de obedecer.

La quinta de Montcareau distaba muy poco de allí, y los caminos no estaban inundados por aquel lado. El colono me entregó el dinero, y yo acepté la comida que me ofreció, pues tenía que esperar allí hasta la noche. Me sentía invadido de una agitación inexplicable, pero procuraba contenerme. Por fin llegó la noche oscura y lluviosa. Me dirigí al bosque Vierzon, donde esperé una hora. Pasé todo este tiempo acariciando á *Zamora* para tranquilizarle un poco. El pobre animal no podía com-

prender por qué estando tan próximo al castillo, no le dejaba entrar; y yo al acariciarle pensaba tristemente: «¡Si supieras, *Zamora*, que no volverás á tu cuadra jamás!»

## XXIII.

Por fin, á eso de las diez oí en la obscuridad los débiles vagidos del niño, que se aproximaban rápidamente. El señor Conde conducía á la nodriza á través de los senderos del bosque. La hizo subir al coupé sin decir una palabra, y él subió al pescante, conduciendo el carruaje durante diez minutos, en los que andamos cerca de una legua.

Entonces me dijo:

—Con esta rapidez hay que seguir marchando. Conozco á mi *Zamora*, y sé que irá de esta manera hasta las tres ó las cuatro de la mañana, hora en que debéis estar cerca de Vierzon. Una vez allí, deteneos para leer mis instrucciones detalladas que tenéis aquí. No las perdáis.

Y entregándome unos papeles, saltó á tierra y desapareció.

*Zamora* era un animal admirable. El señor Conde había dado por él diez mil francos, y decía



reau para cobrar un dinero que allí me deben. Esperaréis á la noche para salir de allí, y en lugar de volveros, vais á esperarme á la entrada del bosque Vierzon, en el sitio de que os he hablado hace ocho días de los asuntos de Montcareau.

Cuando José me entregó á *Zamora*, viendo que yo ponía gran atención en la manera de engancharle, me dijo:

—Estoy pensando que la alegría de tener un heredero ha turbado por completo el juicio del señor Conde. ¡Encargaros de conducir á *Zamora*! Es cosa algo seria. ¿Habéis pensado en ello, señor Carlos?

—Lo pensaré por el camino—le respondí.—No tengo tiempo de hacer reflexiones antes de obedecer.

La quinta de Montcareau distaba muy poco de allí, y los caminos no estaban inundados por aquel lado. El colono me entregó el dinero, y yo acepté la comida que me ofreció, pues tenía que esperar allí hasta la noche. Me sentía invadido de una agitación inexplicable, pero procuraba contenerme. Por fin llegó la noche oscura y lluviosa. Me dirigí al bosque Vierzon, donde esperé una hora. Pasé todo este tiempo acariciando á *Zamora* para tranquilizarle un poco. El pobre animal no podía com-

prender por qué estando tan próximo al castillo, no le dejaba entrar; y yo al acariciarle pensaba tristemente: «¡Si supieras, *Zamora*, que no volverás á tu cuadra jamás!»

## XXIII.

Por fin, á eso de las diez oí en la obscuridad los débiles vagidos del niño, que se aproximaban rápidamente. El señor Conde conducía á la nodriza á través de los senderos del bosque. La hizo subir al coupé sin decir una palabra, y él subió al pescante, conduciendo el carruaje durante diez minutos, en los que andamos cerca de una legua.

Entonces me dijo:

—Con esta rapidez hay que seguir marchando. Conozco á mi *Zamora*, y sé que irá de esta manera hasta las tres ó las cuatro de la mañana, hora en que debéis estar cerca de Vierzon. Una vez allí, deteneos para leer mis instrucciones detalladas que tenéis aquí. No las perdáis.

Y entregándome unos papeles, saltó á tierra y desapareció.

*Zamora* era un animal admirable. El señor Conde había dado por él diez mil francos, y decía

que le había comprado de balde. Cuando no le contrariaban emprendía una marcha rápida y regular, no espantándose de nada, no retrocediendo ante nada, y no demostrando otro cuidado que el de avanzar. Yo le conocía ya y no le tenía miedo, y él marchaba, marchaba, viendo claro en las tinieblas, pues yo había tenido buen cuidado de no encender los faroles.

En el interior del coche la nodriza continuaba sin moverse, y el niño parecía dormido. Yo no tenía sueño, sino fiebre, y adelantaba en el camino sin darme cuenta de ello. Sentía que un airecillo tibio acariciaba mi rostro y parecía querer consolarme; pero mi idea fija seguía, y me la repetía en voz baja, articulando las palabras como si hubiese tenido necesidad de oír una voz que me las dijera.

—Si hubieses rehusado esta misión, tu amo hubiese matado al niño, pues aunque no es cruel, está loco, y en lugar de robar éste á su madre, le salvas: ¡marcha, pues, á cumplir ese deber imperioso!

Y me repetía con extravío: ¡Imperioso! ¡imperioso!

Habíamos pasado Loge, que era en aquella época el último relevo de posta antes de Vierzon. *Zamo-*

*ra*, que no había descansado un instante en su carrera, se detuvo de repente, haciendo ademán de echarse. Bajé y le enjugué la nariz con un pañuelo que se llenó en seguida de sangre. Los campanarios de Vierzon se divisaban á poca distancia. Miré al reloj: habíamos ganado una hora sobre el tiempo prescrito por el Conde. Podía, pues, dejar respirar al noble animal, y aprovechar este descanso para echar una mirada á los papeles que me había entregado mi amo. Llevaba una linternita, y á su luz pude leerlos:

«Primero. Á poca distancia de Vierzon os detendréis para arreglar vuestra fisonomía, pues podéis encontrar allí alguna persona conocida. Si tenéis que dejar á *Zamora* en alguna parte, tomad el nombre de Santiago le Senil, y decid que volveréis á buscar vuestro caballo dentro de algunos días. Pagad por adelantado lo que cueste su alimentación.

»Os informaréis de la segunda de mis instrucciones cuando los caballos de la silla de postas estén enganchados y vayáis á subir al cupé en el segundo relevo. Haced que la nodriza no salga del coche y que no se deje ver en Vierzon ni en ninguna otra parte.»

Ordené, pues, á la nodriza que se ocultase bien

en el coche, y tirando á *Zamora* de la brida, traté de hacerle andar, á lo cual se negó al principio; pero esperé algunos minutos, al cabo de los cuales golpeó el suelo con una de sus manos como para decirme que quería partir. Subí al pescante; la hemorragia del pobre animal parecía haber cesado, y éste emprendió de nuevo su admirable trote; solamente que algunas veces sacudía la cabeza, y pude ver á la claridad del naciente día el rastro de su sangre que se destacaba en la blancura del camino. Así llegó hasta el relevo, y cuando le estaban desenganchando cayó para no levantarse más.

—¡Vuestro caballo ha muerto!—me gritaron.

No puedo explicar la impresión que me causó este incidente previsto, y el sentimiento de dolor que experimenté cuando añadieron:

—¡Hermoso animal! ¡qué lástima!

Diez minutos después, sin haber tenido que tomarme el trabajo de dejar un nombre cualquiera, estaba en el cupé, y el carruaje rodaba por la carretera de Bourges. Yo miraba al niño, que dormía tranquilamente, y no respondía á la nodriza que me hablaba sin que yo fijara mi atención en lo que decía, pues estaba ensimismado y triste. La rogué que me dejase dormir una hora, lo cual pude conseguir.

Al relevo siguiente, después de haber consultado mis instrucciones, compré algunos alimentos para la nodriza y para mí. En el coche llevábamos ropa blanca para el niño, y el Conde me ordenaba que, así como á la nodriza, le proveyera de todo lo necesario, pero con cuidado de hacer compras frecuentes y de poca importancia para no llamar la atención. Tenía orden de permitir á la nodriza que bajara de cuando en cuando y que anduviera un poco si quería, aunque no en los sitios en que pudiera encontrar gente, pues no debía ser vista. Nuestro itinerario por Bourges, Moulins, Roanne, Lyon, etc., estaba trazado con una exactitud y una claridad notables. No era aquel el trabajo de un loco. Todo estaba minuciosamente previsto, hasta las preguntas que podían dirigirnos y las contestaciones que debíamos dar.

## XXIV.

En cuanto me repuse de mi fatiga y emoción, hablé con la nodriza y pude observar que la pobre mujer estaba tan conmovida como yo. Me reprochó mi conducta y tuve que defenderme de sus cargos.

Mostraba desconfianza de mi disfraz, y no quiso reconocirme hasta que me hube quitado la peluca y las patillas rubias.

—Es igual—repetía;—el caso es que me habéis hecho cometer una mala acción. Me habéis dicho que podría ganar mucho dinero sin hacer daño á nadie, y en esto me habéis engañado. Arrebatamos este pobrecito á su madre que no sospecha nada, porque si lo supiera, no lo hubiera consentido, pues es un ángel de dulzura y de cariño; en cambio el marido parece un malvado que se burla de Dios y de los hombres. Causa miedo cuando mira. No me atreví á desobedecerle ayer cuando me dijo que fuese á la pradera. Sin embargo, pregunté por qué había de ser por aquel sitio todo inundado por donde debía ir.

—¿Por qué?—me respondió.—*Por qué* es una pregunta que no hay que dirigirme, ó nuestro contrato está roto.

Obedecí y seguí la alameda que atraviesa el prado. El terreno estaba muy resbaladizo, y á cada instante tenía miedo de caer. Por fin llegué á una cabaña donde había algunos cisnes, y entonces volví otra vez hacia el castillo por la alameda cubierta, según me había ordenado el señor Conde. Allí le encontré esperándome para conducirme á su habi-

tación, donde había una lámpara encendida, pues todas las ventanas estaban cerradas.

—Trato de ocultaros—me dijo;—no os mováis de aquí. En este sofá podéis descansar si queréis, ó dormir al niño, y en este armario encontraréis que comer.

Salió, y á poco oí mucho ruido y movimiento en la casa, como si me buscaran. Por la noche volvió el señor Conde para decirme que mudase al niño con ropas que había en otro armario. Eran éstas mucho menos elegantes que las que tenía puestas, y no estaban marcadas. Tomó entonces todo lo que quité al niño y lo arrojó á la chimenea, donde ardía un gran fuego. Después me dijo que estuviera dispuesta á seguirle cuando volviese. Á las nueve y media de la noche volvió á entrar, haciéndome bajar por la escalera de caracol que hay en una torrecilla, y sosteniéndome para ayudarme á andar, pues yo iba temblando y perdía la cabeza. Por fin llegamos á ese bosque en que vos me esperaba. ¿Qué significa todo esto? Quiero saberlo.

—Me habéis jurado—le dije—no preguntarlo.

—Quiero que me lo digáis, ó en cuanto llegue á mi casa doy parte de lo ocurrido. No quiero, sin saberlo, ser cómplice de una mala acción.

No tuve más remedio que dar á aquella mujer

la explicación convenida con el Conde, la cual no quiso creer hasta que le enseñé la declaración firmada por mi amo. Al leerla se tranquilizó. Rodeó de cuidados al niño, y yo la ayudé como pude, bastante inquieto en el fondo de exponer á un recién nacido á las fatigas de un viaje semejante; pero él estaba tranquilo, como si aceptase la vida en todas las condiciones. El viaje fué más fácil y menos peligroso de lo que yo había esperado. La nodriza, salvo la preocupación del pesar que causaba á la verdadera madre, estaba alegre y maternal con el niño, y todo lo encontraba bien. Sentía una alegría inmensa al volver á contemplar los grises olivos y las rocas de su país, ponderándole con el énfasis meridional. Según ella, su pueblo era el sitio más hermoso del mundo.

El país era en efecto hermoso, debo decirlo; pero al pueblo no le sucedía lo mismo, siendo el más feo y tenebroso que he visto en mi vida. Estaba á tres leguas de Niza, en la montaña, al pie de los grandes Alpes. Hacía en él mucho frío, y parecía como incrustado en aquella inmensa roca, desde donde la perspectiva era admirable. Parecía y debía haber sido un antiguo dominio de templarios, fortificado y rodeado de murallas medio destruidas y de torres ruinosas, y una vez entrado en

él no se veían más que montones de casas viejas apretándose contra la roca en callejuelas profundas, estrechas y sombrías. No había un solo punto desde donde se pudiera percibir el mar y las montañas; se hubiera dicho que en medio de una naturaleza espléndida y bajo un cielo purísimo, los antiguos fundadores de aquella ciudadela la habían construido así para no ser vistos desde fuera ni ver ellos mismos más que su sórdida morada. La plaza, situada en su centro, estaba toda rodeada de achatados arcos que formaban una galería triste y pobre.

La nodriza, que vivía por allí, quiso en vano hacerme convenir en que aquello se asemejaba á las galerías del Palais-Royal.

Pensé con espanto en lo que sentiría la Condesa de Flamarande si hubiese podido ver la terrible prisión donde entraba su hijo al salir de su casa, cómoda y perfumada; pero miré los chiquillos morenos, ágiles y fuertes que jugaban ruidosamente sobre aquellas losas resquebrajadas y hacían resonar sus voces enérgicas en aquellas tristes bóvedas.

—Al menos—me dije—tienen una vida intensa y ardiente y son más fuertes y más sanos que el Conde de Flamarande, criado entre la seda.

## XXV.

Me presenté á la hermana de la nodriza como un pastor protestante que, viajando solo en su silla de posta, había encontrado una madre con su hijo, muy fatigados del movimiento de la diligencia, y conmovido les había ofrecido mi coche. Yo parecía en efecto un eclesiástico, ó por lo menos tenía el aspecto, el hábito y el lenguaje de tal.

La pobre hermana de la niceña no sabía cómo probarme su agradecimiento; y su admiración aumentó aún más cuando después de haber explorado el pueblo, encontré una casita más limpia y mejor ventilada que la suya, cuyo alquiler pagué por adelantado. Las dos hermanas me prometieron instalarse en ella al día siguiente. Yo hice este gasto por mi cuenta, pues el Conde de Flamarande no había previsto en sus instrucciones el que yo debiera ocuparme del bienestar del pobrecito desterrado. Yo trataba de ocultar mi complicidad en este tenebroso asunto, preocupándome por Gaston como si éste hubiese de llevar un día el nombre de Flamarande y de encontrar á su madre.

Al día siguiente por la mañana, después de ha-

berme cuidado de todo y de dejarlo todo previsto, entregué á la nodriza una suma bastante buena para pagar su silencio. Subí en mi coche, y según los últimos párrafos de las instrucciones del Conde, partí para Italia, donde alquilé una quinta en las cercanías de Perouse, á la orilla del hermoso lago Arasimeno. Allí debía esperar la llegada de mis amos.

Tal fué el resultado del atrevido y extraño proyecto que el Conde imaginó para que desapareciera el hijo de su mujer, haciéndole pasar por muerto en la inundación de Sevines. Yo había juzgado este proyecto casi irrealizable; pero el éxito sobrepujó con mucho todas las previsiones, pues debían pasar muchos años antes que el secreto fuese descubierto.

Tres semanas después de mi instalación en el lago de Perouse recibí una carta que me anunciaba la llegada del Conde para dentro de algunos días.

Terminaba con estas palabras: «Cuidad de todo, conforme mis instrucciones.»

Comprendí que se trataba del niño, y volví á leer atentamente el tema relativo á mi partida de Sevines. Yo debía fingir que ignoraba en absoluto la desaparición del niño, puesto que éste había

sido devorado por las aguas el 16 de Mayo á las dos de la tarde, y yo había salido de Sevines á las doce de aquel mismo día. Me había teleografiado el señor Conde á causa de un cobro importante que había que hacer en Marsella, que le causaba alguna inquietud. Antes había yo estado en la quinta de Montcareau, donde también tenía que cobrar. El colono me detuvo, impidiéndome salir para Marsella hasta la noche, en que tomé un asiento en la silla de posta después de haber, por orden del Conde, vendido en el camino un caballo del cual quería deshacerse. Por fin en Marsella recibí una carta del señor Conde, en la que me ordenaba que en cuanto cobrase el dinero me dirigiese á Perouse. Como esta carta era muy lacónica, yo debía ignorar en absoluto el acontecimiento de Sevines y fingir gran asombro y consternación ante Julia, que era la única persona que podría hablarme de él, y la única también que acompañaría á los Condes. En cuanto á la señora, no era probable que se le ocurriese interrogarme; pero en todo caso, como ya tenía mi lección aprendida, podía esperarla tranquilo.

¡Tranquilo! sí, sin duda me había ya acostumbrado al papel impasible que me habían impuesto; pero mi corazón se oprimió cuando ví bajar del

coche á aquella mujer tan hermosa y tan feliz un mes antes. No era ya ni su sombra. Aunque no hubiese contraído una enfermedad grave al saber su desgracia, iba languideciendo consumida por un pesar lento y profundo. Creí que la llevaban allí á morir, y el Conde de Flamarande me pareció entonces odioso. Por un momento estuve á punto de revelarlo todo; pero me detuve al encontrarme yo mismo demasiado comprometido.

—Esperemos—pensé;—si sobrevive á esta crisis, la será menos doloroso aceptar un hecho consumado que pensar que su hijo ha sido despreciado y entregado á manos extrañas. La infeliz no se resignaría á tenerle lejos de sí, y como la resolución del Conde está formada, ¿quién sabe lo que éste podrá imaginar para que el niño no parezca jamás?

Soporté, pues, la prueba, cuando la señora al verme salir á su encuentro me dijo:

—¿Sabéis la desgracia que me ha ocurrido, Carlos?

No esperé mi respuesta. Yo, mientras hablaba, traté de dar á mi rostro la expresión del dolor y asombro más completos.

En cuanto estuve solo con Julia y ésta hubo respondido á mis primeras preguntas, la hice entrar en detalles que ardía en deseos de conocer.

## XXVI.

—Es un disgusto—me dijo—al que la señora no podrá sobrevivir. En cuanto á mí, voy á contraer una enfermedad al verla llorar de día y de noche..... Sí, Carlos, sus lágrimas no se secan, caen sobre su pan cuando come é inundan su almohada cuando duerme. El señor la habla y la exhorta á que tenga valor; pero ella no responde, ni siquiera enjuga sus ojos, cuyo copioso llanto ha marcado un surco en sus mejillas. Yo no me figuraba que una mujer pudiese sentir así á un hijo de dos días que apenas ha visto. ¡Lo que es la maternidad! ¡Dios me preserve de ella para siempre!

—Amen, Julia; ¿pero no me decís cómo ha sucedido la desgracia?

—¿Y qué he de deciros? Nadie lo sabe..... Esa imbécil de nodriza que habíais buscado.....

—No he sido yo; yo no la conocía. Fué el señor Conde quien me dió la orden de ir á buscarla á Orleans, donde estaba avisada por adelantado.

—¡Ah, es posible! El Conde no ha dicho á nadie quién era esa mujer, ni de dónde salía, y hasta eso inquietaba á la señora. Todo el mundo ha ex-

trañado mucho la rareza del Conde, que no hace nunca las cosas como los demás. Figuraos que la nodriza se fué á la cabaña de los cisnes, como si eso pudiera interesar á un angelito que aun no tiene vista en los ojos. Sin duda no había visto nunca cisnes, y la guió una estúpida curiosidad.... Como os iba diciendo fué allí y no la hemos vuelto á ver. Han seguido las huellas de sus pies sobre la arena, la han llamado, la han buscado por todas partes, y durante ocho días y ocho noches todos han estado en movimiento para buscarla. El señor Conde no paraba un instante y buscaba sin cesar; algunas veces iba con José, y generalmente solo, á caballo ó á pie. Su rostro permanecía tranquilo, y no abría la boca más que para dar órdenes. No tenía esperanza, y sólo deseaba encontrar el cuerpo de su hijo, á lo cual ha tenido que renunciar. Cuando alguno se atrevía á demostrarle sentimiento ó interés, respondía con tono brusco:

—«No me habléis de ello.»

En cuanto á la señora, nos agobiaba con sus preguntas y nos pedía á su hijo con acento desgarrador. La hicimos creer que no debía ver al niño mientras tuviese fiebre. El señor Conde no tenía sin duda valor para engañarla, y fué el doctor el encargado de hacerlo. Por fin, cuando este engaño



no pudo continuar, se la dijo que el pequeño estaba enfermo y que había sido necesario que cambiase de aires, pues la humedad del río le era perjudicial. Esta segunda mentira pudo sostenerse aún durante algunos días; pero en cuanto la Condesa pudo levantarse, quiso ir á reunirse con su hijo, y el doctor tuvo que decirle que había muerto de una fluxión al pecho, pues consideró que debía ocultársela el fin trágico del niño. Después no la hemos perdido de vista á fin de que no oyese nada que pudiera revelárselo, y todavía no sabe nada, pues en seguida que el médico la ha declarado en estado de partir, el señor Conde nos anunció que nos llevaría á Italia para distraer y curar á la señora; pero esto es algo difícil, porque la Condesa no tiene interés ni hace caso de nada más que de su dolor. No se queja, y se somete á todo lo que el médico prescribe para su salud sin decir: «¿para qué quiero la vida?» pero se ve bien claro que ése es su pensamiento y que morirá pronto.

A pesar de las predicciones de Julia y de mis propias inquietudes, la Condesa se restableció poco á poco, y hasta su tristeza pareció disiparse. Julia me explicó la causa de esto. La Condesa al cabo de tres meses estaba de nuevo en cinta, y su

alma se abría de nuevo á la esperanza de volver á ser madre.

El Conde parecía muy satisfecho de esto, y mostraba desde el acontecimiento de Sevines una igualdad de carácter muy extraña en él. El clima de Italia le probaba muy bien, y parecía completamente curado. Cazaba mucho á la orilla del lago, y veía poco á su mujer fuera de las horas de comer; pero la trataba con más dulzura que antes.

El Conde accedió á los deseos de su mujer, que quería dar á luz en Italia.

La casa que había alquilado para ellos no era muy buena; pero no la había podido encontrar mejor; sin embargo, el sitio era admirable y nada hacía recordar en él la triste mansión de Sevines.

Un día mi amo me pareció de buen humor, y aproveché la ocasión para pedirle permiso para ir á Marsella, donde tenía algunas cosas que hacer.

—Esta muy bien—me dijo—os doy un mes de licencia, durante el cual podréis también informaros de la salud del *otro*, y escribiréis á la nodriza diciéndole que no carezca de nada. Nadie sabe nuestro secreto, y es necesario que ella tenga también gran interés en guardarle.

Me guardé muy bien de confiar al señor Conde

que antes que él me dijera nada tenía yo ya el proyecto de ir á Niza, pues sentía una imperiosa necesidad de saber noticias del pobre niño, con quien soñaba todas las noches como un hombre cuya conciencia no está tranquila.

## XXVII.

Fuí, pues, á la fortaleza de los templarios, representando siempre mi papel de pastor caritativo, y allí encontré al niño, que estaba hermosísimo, y á las dos mujeres, contentas y dichosas, lo cual me hizo volver contento á Perouse. Me parecía haber vuelto á conquistar el derecho de sostener la mirada de la Condesa.

Al volver á casa de mis señores encontré algún cambio en su hogar. El Conde tenía grandes cuidados con su mujer, y temiendo que se aburriese en la soledad del lago de Trasimeno, la propuso ir á pasar el invierno á Nápoles.

Al ver esta conducta, no pude menos de expresarle con cuánta satisfacción notaba que había renunciado á su sistema de resentimiento.

—Sí—me respondió—he abreviado el tiempo de las pruebas, porque la he visto expiar su falta

con muchas lágrimas. Ahora va á darme un heredero, que es el objeto que me propuse al casarme. Esta vez estoy seguro de ella, pues no la he perdido de vista, y trato de que no esté triste ni enferma, pues la debo estas consideraciones.

Pasaron el invierno en Nápoles, después de haber visitado Florencia y Roma. La Condesa tuvo un feliz embarazo, y en el mes de Mayo de 1842, un año justo después del nacimiento del primer Flamarande, nació un segundo tan hermoso y bien constituido como el otro. La señora había querido volver al lago de Perouse, pues le agradaban el sitio y el clima, y su marido no la había negado el placer de criar ella misma á su segundo hijo, Justo Roger de Flamarande. La joven madre concentró en su nuevo tesoro el ardiente amor que había concebido por el primero; no le abandonó ni un instante y pareció vivir sólo para él. Desde entonces el señor Conde quedó tranquilo, pensando que había cumplido con su deber. La Condesa vivió tan retirada voluntariamente, y observó una conducta tan ejemplar, ó por mejor decir, tan edificante, que su marido olvidó el pasado como un mal sueño, y aquel hogar pareció el más dichoso de la tierra.

Como el clima de Italia probaba muy bien á la

salud del Conde, resolvieron vivir allí algunos años. Él hubiera preferido residir en Florencia; pero la Condesa prefirió á Perouse, y alquilaron allí un antiguo palacio cerca de aquella admirable plaza donde tantos monumentos muestran su magnificencia. Mucha gente fué á visitarlos, sin que en el Conde se notara la más leve señal de celos. Pasaban los veranos en el lago, aquel hermoso lago donde Roger había visto la luz bajo más dichosos auspicios que Gastón en Sevines.

Aquella felicidad duró tres años. Nadie hubiese podido creer que un drama desgarrador había pasado por aquel hogar. El Marqués de Salcedo se había curado de su herida y había partido para un largo viaje. Yo iba á ver á Gastón todos los años, y el niño crecía, estaba hermoso y llevaba una vida alegre jugando con los pequeños de su edad. Su nodriza le adoraba, pues era obediente y bueno, y todo esto contribuía á tranquilizar mi conciencia. Pensaba yo al ver á la Condesa tan buena y virtuosa que quizá su marido, olvidando sus sospechas, le devolviese su primer hijo.

Un día traté de indicarle algo de esto.

—Jamás—me dijo.— ¡Oh, eso jamás! ¿Cómo se os ha ocurrido semejante idea ahora que tengo un verdadero hijo, un hijo hermoso que es mi carne y

mi sangre, y que tanto ante Dios como ante los hombres tiene el derecho de llevar mi nombre y de perpetuar mi raza? ¡Qué! ¿había yo de consentir en que fuese el mayorazgo, el jefe de la familia, el que es para mí un problema, un objeto de duda, de vergüenza y de dolor? ¡No, no, jamás. Quiero que el hijo dudoso viva en la ignorancia de sus derechos legales, es decir, de los derechos ilegítimos que la ley le confiere. Ignorándolos, nunca los reclamará.

—Nunca, es mucho decir, señor Conde. ¡Se ven en el transcurso de los años tantas cosas imprevisitas!

Esta—replicó el Conde—es tan segura como pueda serlo una cosa humana. Se trata solamente de completarla, pues estamos tres en el secreto, y la nodriza, no siendo ya necesaria, está demás en nuestros negocios. El niño tiene ahora tres años y ya es tiempo de aislarle de esa familia que le he dado provisionalmente. Váis á ir á recogerle, y le conduciréis, no importa á que sitio, con tal que podáis arreglarlos de manera que nadie sepa su procedencia y sea educado como un artesano, un obrero, un hombre de pueblo, en fin. Puesto que os interesáis por él, haced que su educación sea moral y que tenga algún día medios para establecerse

decorosamente en la humilde posición á que le condeno. Yo daré el dinero necesario para todo, pero que jamás vuelva á oír hablar de este asunto, ó..... ¡pobre de él!

—Entonces—respondí consternado—el señor Conde se servirá darme sus instrucciones escritas como la primera vez, y me ajustaré á ellas.

—No, Carlos—replicó al momento.—Nada de instrucciones, lo hacéis todo como os parezca. Ya sabéis mis intenciones y mi voluntad inquebrantable. Tengo absoluta confianza en vos y en vuestra delicadeza. Haréis al niño todo el bien posible dentro de los límites trazados, es decir, que ese Salcedo será un artesano educado por el pueblo y establecido en el pueblo. Evitadle la miseria, el raquitismo, la degradación, pero no el trabajo. ¡No le miméis! ¡se haría un bandido! Yo no pienso darle más que lo necesario. Vamos, amigo mío, desembarazadme de él para siempre, y reclamad de mi gratitud todo lo que os dicte vuestra conciencia.

—Nada, señor Conde, nada deseo. Vos no podéis evitarme el castigo de la justicia si fuese descubierta.

—Os equivocáis: puedo autorizaros para que enseñéis la declaración que me habéis hecho fir-

mar y que nos justifica á uno y otro. Os autorizo desde luego á ello en caso de necesidad; pero nada malo sucederá, y, tengo absoluta certidumbre, todo saldrá bien.

—¡No podéis tenerla.....!

—La tengo.

## XXVIII.

¿Había hecho el Conde alguna prueba, algún conjuro místico como el que había hecho sufrir á Gastón al día siguiente de su nacimiento? El señor Conde era supersticioso; pero yo que no creía en mi estrella (me encontraba muy insignificante para tener una), partí muy inquieto para Niza, donde esperaba encontrar á la nodriza de Gastón el día de mercado. Allí la encontré, en efecto, y la ordené salir hacia París al día siguiente. Yo iría armado con sus instrucciones y poderes á recoger su hijo á Saint-Germain, y luego se le llevaría á la diligencia, donde ella debia estar, en día y hora convenidos, con Gastón. Así se efectuaría el cambio de los dos niños, según había sido convenido.

Entregué á la nodriza la suma de veinte mil francos para que se estableciese como deseaba en

las cercanías de París, y cogí de la mano á Gastón sin esperar á que aquella mujer, confundida entre el pesar de separarse de él y la alegría de encontrar á su hijo, se despidiese, y me subí con él á un coche.

Tuve gran cuidado de jugar con él y distraerle y hacerle descansar durante dos días en un domicilio interino que alquilé en un arrabal; después de lo cual tomé la diligencia y le conduje secretamente á Flamarande.

En vista de que tenía carta blanca, formé un plan. Me había encargado de aquel niño, y tenía la obligación de hacerle dichoso en lo que estuviere de mi parte; así, pues, por nada del mundo se le hubiese confiado á un cualquiera. Recordé que jamás había visto una familia más honrada ni más unida que la de Michelin. Además, no encontraba sitio más á propósito que la aldea de Flamarande para guardar un secreto. Era impracticable ó poco menos para gentes civilizadas.

La Baronesa de Montesparre, desde la partida de Salcedo, desenlace doloroso de todas sus esperanzas, había tomado horror á Montesparre. No había vuelto á ir al castillo y trataba de venderle. En cuanto á Salcedo, si volvía de sus lejanas peregrinaciones, no tenía ya motivo para ir á explo-

rar los alrededores de Flamarande; pero aun cuando volviese, y aun cuando la Baronesa le hospedase de nuevo en su castillo, ¿qué riesgo podían hacer correr al secreto de mi amo, después de las precauciones que yo pensaba tomar?

En fin, lo que acabó de determinarme fué la esperanza de que, con el tiempo, el Conde reconocería su error y repararía su injusticia. Yo quería que en este caso Gastón se encontrase bajo su mano, y que, conformándose al texto de la declaración que yo había obtenido, el Conde pudiera, sin revelar sus celos, decir á su mujer:

—He querido hacerle educar como un aldeano, para que fuera robusto, y previendo vuestra oposición, os lo he ocultado, pero no por eso ha salido de la casa paterna; está en mis tierras, en mis propiedades, está *en casa*, educado por fieles servidores que no han cesado de velar por él.

Era muy necesario, caso que esto sucediera, que el Conde pudiera hablar así á su mujer y á todo el mundo, pues aunque esta conducta parecería muy extraña, lo era en él menos que en cualquiera otro, dado su carácter excéntrico.

De todos modos, si alguna censura podía alcanzarle, era solamente ante la opinión pública, y no en modo alguno ante la justicia, pues había

usado de su autoridad paternal con buena intención y en interés tan sólo de su hijo. En cuanto á mí, había obedecido al jefe de la familia y podía probar los cuidados y miramientos que había tenido con el niño. Éste no estaba, ni en la categoría de los *abandonados*, ni en la de los *sustituídos*, porque su acta de nacimiento estaba en regla. La de su supuesta defunción no constaba en ninguna parte, así como tampoco la de su nodriza, puesto que no se habían encontrado los cadáveres.

La instalación del niño en Flamarande me pareció, pues, una idea excelente, y me dirigí allí resuelto á confiársele como hijo mío á los colonos del señor Conde.

## XXIX.

Las cosas no sucedieron como yo había previsto. Había tomado la diligencia sin otro cuidado que el de ponerme mi traje de pastor protestante, que no ya como disfraz, sino como un traje cualquiera digno y respetable, tenía la ventaja de servirme en todas ocasiones y de ser improvisado en cualquier parte. La verdadera transfiguración era la de mi rostro, en cuya operación

llegué á ser tan hábil, que pude presentarme en Flamarande sin ser reconocido como el ayuda de cámara, como el hombre de confianza del Conde.

Dejé á Gastón el traje de lugareño que traía de Niza. Tenía este niño entonces tres años y tres meses, pero estaba tan crecido que representaba muy bien cuatro. No sabía una palabra de francés y sólo hablaba el patois meridional de la montaña. No había, pues, ningún riesgo de que pudiese dar á los habitantes de Flamarande el más pequeño informe de su vida, y pasaría el tiempo suficiente antes que pudiera llegar á entenderse con ellos, para hacerle olvidar hasta su nombre, y aun este nombre no era el suyo. Yo le había puesto el de Trinidad, y él no conocía otro.

Nos aproximábamos á Flamarande con gran impaciencia de llegar por mi parte. Mi pequeño Trinidad no me daba nada que hacer; jamás he conocido niño más tranquilo ni más dulce. Gozaba de una excelente salud y nada le fatigaba ni le asustaba; pero tenía más memoria y cariño del que yo hubiese deseado, y su callada tristeza me hacía sufrir mucho. El pobre debía aburrirse no entendiendo nada ni pudiendo hacerse entender de nadie, ni aun de mí. A cada instante me preguntaba por su *mamá*, es decir, por la niceña, y yo

le contestaba por señas que íbamos á buscarla, lo cual le dejaba más conforme; pero en sus grandes ojos negros había una expresión de dolor que me desgarraba el corazón. No me tengo por muy sensible; pero una pena moral impuesta á un niño me ha indignado siempre como un hecho fuera de lo natural.

Cuando al ir de Clermont nos dejó la diligencia en Aurillac, tomé un coche de alquiler por dos días, pues pensaba llegar á Flamarande por la noche y salir al día siguiente por la mañana. No traté de ocultar á Gastón, sentado á mi lado, pues debía pasar por hijo mío.

No pude encontrar un buen caballo, y el que nos conducía parecía muy fatigado, cuando llegamos al mesón de *La Violeta*, situado frente al camino de Flamarande. No había dicho al conductor dónde pensaba ir precisamente, sino que le había dado á entender que sería una jornada de seis á ocho leguas. La costumbre de contar por kilómetros no estaba aún establecida en el campo, y la legua del país era una medida vaga que se prestaba á discusiones. Así es que, cuando mandé á mi hombre que entrase en la montaña, se albotó y pretendió haber andado más de diez leguas, declarando que su caballo no iría más lejos aquel

día. Me propuso que hiciese noche en *La Violeta*, que era una buena posada, según él, aunque su aspecto no lo indicase así. Rehusé esta proposición, y para vencer su resistencia le permití que dejase descansar á su caballo y bebiese un vaso de vino en *La Violeta*, aunque ya me había obligado á hacer en medio del camino un descanso de dos horas. Pedí una taza de leche para Gastón, y como llevaba también pasteles, le hice comer algo y me armé de paciencia para esperar á mi co- chero.

El sitio era triste, un verdadero desierto, donde no se divisaban ni cabañas ni rebaños. La carretera, que no era otra cosa que un camino de utilidad pública, estaba tan poco frecuentada, que durante las dos últimas horas de camino no habíamos encontrado más que un arriero.

La noche caía, y mi cochero no cesaba de preguntarme el objeto de mi viaje. Ya iba á responderle, cansado de tantas preguntas, cuando vi entrar al arriero que habíamos dejado atrás, y en cuyo rostro no me había fijado.

—¡Hola, Ivoine!—exclamó el posadero.—Bien venido seas, hombre; siéntate ahí. ¿Dónde vas hoy?

Aquel nombre de Ivoine despertó mis recuerdos. Era el campesino que habíamos encontrado cuan-

do llevábamos el equipaje del Marqués de Salcedo, el día en que yo le vi por primera vez volviendo á pie de Flamarande. Aquel día Ivoine había vuelto con los Condes y Salcedo, acompañando después á mi señor en la partida de caza del día siguiente. Más tarde había ido varias veces á Monteparre á llevar plantas de la montaña á Salcedo y á ponerse á sus órdenes para nuevas excursiones que el Marqués, encadenado por su amor había sufrido siempre.

Conocí, pues, muy bien á Ambrosio Ivoine, un buen hombre que se dedicaba á todos los oficios de las gentes de la montaña. Me pareció que me miraba con mucha atención, lo cual me inquietó bastante; pero después de un minucioso reconocimiento me pareció completamente engañado por el fingimiento de mi voz, de mis maneras y de mi rostro.

Ambrosio respondió al posadero que iba á la feria de Salars á vender tres mulas, y le pidió posada para la noche. Le trajeron la cena, y aun seguía mirándome de cuando en cuando, volviendo los ojos para disimular, siempre que yo le miraba.

## XXX.

Aun cuando no pudiese reconocerme, su presencia me molestaba un poco, deseando por este motivo poder marcharnos cuanto antes.

Viendo que mi conductor se obstinaba y que la promesa de una buena propina no le decidía (no queriendo perjudicar sin duda á los dueños de *La Violeta*, que contaban con que me hospedase aquella noche en su casa), tomé mi partido, y llevándole fuera, le pagué su jornada, declarándole que ya no le necesitaba. Me exigió la jornada del día siguiente, que tendría que emplear en volver á su casa, y se la pagué igualmente, dejándole sin decirle á dónde me dirigía, pero haciéndole creer que era á Lascelle, que es una aldea más cercana de allí que Flamarande y algo más frecuentada.

Cuando nadie me observó, me compuse para llevar á Gastón y mi pequeño hato con menos molestia. El niño fué á pie bastante tiempo; pero cuando llegó la noche se durmió andando, á la hora acostumbrada, como si le hubiesen dado con un resorte. Le cogí en brazos, y eso que pesaba mucho; pero yo era aún joven y bastante robusto:



la noche estaba hermosa y fresca, y no yendo muy de prisa, podía llevarle sin fatigarme demasiado.

Sin embargo, ví con placer dibujarse sobre las negras montañas que le rodeaban, el torreón del castillo.

Me detuve para tomar aliento. Debían ser las diez, y aun me faltaban diez minutos para subir hasta Flamarande. Tenía que andar aún la parte más ruda del camino. Me apresuré, porque sabía que los colonos se acostaban temprano, como todos los aldeanos, acostumbrados á levantarse con el alba.

Quando llegué á la puerta estaba muerto de cansancio. Encontré ésta atrancada por dentro, y llamé varias veces, aunque en vano, pues no hay quien despierte á los aldeanos en su primer sueño. Además existe en casi todos ellos la idea de que un viajero nocturno no puede ser más que un malhechor, y de que un hecho que ocurre de noche es un mal negocio en que uno no debe mezclarse. Creen también que el hombre honrado, acostado en su lecho no debe despertarse por cualquiera á quien no conoce ó por cualquier cosa que no sabe.

Si yo hubiera estado solo, me hubiera sido fácil escalar la puerta; pero no quería comprometer á Gastón en esta aventura, y, además, los perros

que aullaban débilmente como para tranquilizar su conciencia, hubiesen podido jugarle una mala partida al verme escalar la puerta.

El pobre chiquitín se había despertado, y, sentado en el suelo, esperaba con la paciencia que le era peculiar, á que la Providencia se dignase concederle un lecho. El angelito me daba lástima. Su carácter ó su temperamento hacían tan llevaderos los azares por que había pasado su existencia, que yo le estaba como agradecido y empezaba á quererle lo mismo que si hubiera sido mi hijo.

En medio de mis perplejidades, y viendo que al cabo de un cuarto de hora nadie venía á abrirme, tuve la idea de dar la vuelta al edificio para buscar alguna otra entrada, y tomando al niño en mis brazos, empecé á andar alrededor de los muros hasta que encontré una puerta bajita que estaba entreabierta. La empujé y entré en una antigua portería donde daban las puertas de los establos. Entré en el de las vacas, y viendo en el fondo un gran montón de hierba seca, hice con ella un lecho provisional para Gastón, en el cual le acosté, cubriéndole luego con mi gabán. Tranquilo ya por el niño, me dispuse á llamar desde más cerca al oído de los colonos, es decir, á la puerta del pabellón que éstos ocupaban.

Pero había que desafiar el furor de dos perros, y encontré en ellos tan mala acogida, que volví pronto al establo dándoles con la puerta en las narices.

Como estaba cansado, me arrojé sobre la hierba seca y dormí cerca de dos horas con la precaución de ser apercebido y tenido á primera vista por un ladrón. El día tardaría aún en venir y traté, aunque en vano, de volverme á dormir. Mi situación no era, en verdad, para tener tranquilidad de espíritu, aunque mi conciencia no me reprochaba nada, pues me disculpaba á mi mismo buscando subterfugios.

Dormido en cambio, mi imaginación condenaba mi conducta bajo la forma de sueños extravagantes y penosos. Me sentía más bien sobreexcitado que cansado, y me puse á repasar mentalmente el papel que iba á representar y el tema que me había preparado.

Todavía estaba incierto sobre un punto esencial. ¿Debía dejarme reconocer como el hombre de confianza del Conde, ó fingiendo la voz y el traje, aparecer como un extraño? En el caso en que Gastón no fuese nunca aceptado por el Conde, era descubrir una parte de su secreto, confesarme padre de un niño nacido en su propia casa, por decirlo

así; y en cambio, si algún día llegaba á perdonar, era mejor dejar creer que se interesaba hasta cierto punto por el hijo de su fiel servidor.

De repente, una idea desgraciada, pero que entonces me pareció la mejor, atravesó mi imaginación. Puesto que la casualidad me colocaba en una situación imprevista, ¿no debía aprovecharla?

Al reflexionar que estaba allí sin que nadie lo sospechase, pensé que podía, sin peligro para el niño, dejarle encontrar allí por los Michelin, que irían de seguro á los establos en cuanto amaneciera.

Aun no había amanecido, y conforme había llegado hasta allí sin encontrarme á nadie, podía entonces retirarme por el camino de Monteparre sin dejar otra huella de mi paso que el niño, que no sabía mi nombre ni podía dar el más leve informe de mí ni de él mismo.

## XXXI.

MI temor era, sin embargo, que los Michelin no quisieran encargarse del niño en seguida por pura caridad, é hiciesen diligencias para restituirle á sus padres.

Pero había que desafiar el furor de dos perros, y encontré en ellos tan mala acogida, que volví pronto al establo dándoles con la puerta en las narices.

Como estaba cansado, me arrojé sobre la hierba seca y dormí cerca de dos horas con la precaución de ser apercebido y tenido á primera vista por un ladrón. El día tardaría aún en venir y traté, aunque en vano, de volverme á dormir. Mi situación no era, en verdad, para tener tranquilidad de espíritu, aunque mi conciencia no me reprochaba nada, pues me disculpaba á mi mismo buscando subterfugios.

Dormido en cambio, mi imaginación condenaba mi conducta bajo la forma de sueños extravagantes y penosos. Me sentía más bien sobreexcitado que cansado, y me puse á repasar mentalmente el papel que iba á representar y el tema que me había preparado.

Todavía estaba incierto sobre un punto esencial. ¿Debía dejarme reconocer como el hombre de confianza del Conde, ó fingiendo la voz y el traje, aparecer como un extraño? En el caso en que Gastón no fuese nunca aceptado por el Conde, era descubrir una parte de su secreto, confesarme padre de un niño nacido en su propia casa, por decirlo

así; y en cambio, si algún día llegaba á perdonar, era mejor dejar creer que se interesaba hasta cierto punto por el hijo de su fiel servidor.

De repente, una idea desgraciada, pero que entonces me pareció la mejor, atravesó mi imaginación. Puesto que la casualidad me colocaba en una situación imprevista, ¿no debía aprovecharla?

Al reflexionar que estaba allí sin que nadie lo sospechase, pensé que podía, sin peligro para el niño, dejarle encontrar allí por los Michelin, que irían de seguro á los establos en cuanto amaneciera.

Aun no había amanecido, y conforme había llegado hasta allí sin encontrarme á nadie, podía entonces retirarme por el camino de Monteparre sin dejar otra huella de mi paso que el niño, que no sabía mi nombre ni podía dar el más leve informe de mí ni de él mismo.

## XXXI.

Mi temor era, sin embargo, que los Michelin no quisieran encargarse del niño en seguida por pura caridad, é hiciesen diligencias para restituirle á sus padres.

Escribir me parecía peligroso. Además, no tenía con qué y estaba á obscuras. Puse un billete de mil francos en el sombrero de Gastón y reservándome arreglar más tarde sus medios de existencia, me aproximé á él y le abracé tiernamente, sin que se despertase.

Tres horas después ya estaba en Montsparre, donde tomé una diligencia que pasaba para un pueblecillo. Allí descansé, y gracias á otra diligencia tomé el camino de París, desde donde escribí á los Michelin diciéndoles que por orden del señor Conde me esperasen para arreglar las cuentas del año y dar órdenes para las reparaciones necesarias. Al mismo tiempo les escribí otra carta, con una letra desfigurada y contrahecha, que puse en otro correo, y que contenía estas palabras:

«El niño que habéis encontrado en el establo no está en la miseria. Educadle como si fuera vuestro, y no hagáis gestiones de ninguna clase para conocer á sus padres, que ya velarán por él; si sois prudentes, si no tenéis ni hacéis nacer inútiles curiosidades, recibiréis todos los años, hasta su mayor edad, igual suma á la que habréis encontrado en su sombrero. La mitad de esta suma anual será para vosotros, por los cuidados que toméis por él, y la otra para pagar su primera educación, que

ha de ser en todo igual á la de vuestros hijos.» Una vez que puse estas cartas en el correo, me dispuse volver á Flamarande. Hubiera preferido no volver allí tan pronto; pero ya que había decidido no tener nada de común con la aventura del establo, estaba impaciente por saber si mi querido pequeño Trinidad había sido bien acogido y estaba bien cuidado.

Encontré á los Michelin en la mayor alegría. La nuera de éstos, que había dado á luz hacía quince días, volvía de la iglesia, donde había ido á oír misa.

Me guardé muy bien de preguntar nada, y á poco ví aparecer á Gastón en traje dominguero como los otros, y con el sombrero adornado de cintas y flores silvestres. Entonces pregunté si era de la familia.

—Es nuestro hijo — me respondió Michelin el joven. — Nos le ha enviado Dios como por un milagro; pero es una historia que no puedo confiar á todo el mundo, y que ya os contará, como se la diría al señor Conde si me preguntase la verdad, pues quiero que sepa todo lo que hay respecto á este niño, porque si encuentra censurable el que le tengamos en nuestra compañía, buscaremos á sus padres para devolvérsele.

—¿Y qué puede importar al señor Conde que vosotros criéis un niño más ó menos? Sois el jefe de la familia, y el señor no ha de mezclarse para nada en vuestros negocios particulares. Además, es probable que no vuelva nunca por aquí; y si queréis que yo no le hable de esto, no le diré una palabra, porque también puedo haber estado aquí sin que vos me hayáis contado esa historia.

—Lo único que os diré, señor Carlos, será lo que sé, pues el niño me es desconocido. «Mi devota mujer, estando próxima á dar á luz, rogaba noche y día á la Virgen Santísima que le diese un hijo, porque aunque estamos contentos con tener hijas, lo estaríamos más aún con tener un hombre que pudiera conservar el *nombre* y el *rango* de la familia.... Mi mujer había puesto sobre su lecho una estampita que representaba el nacimiento de Jesús en el establo, y tenía buenas esperanzas de que le concediera lo que le pedía.

»Hoy hace quince días sintió los primeros dolores del parto á las diez de la noche, y yo me fui por la puerta de atrás á buscar á la comadrona. Toda la noche estuvimos esperando; pero el parto no se iniciaba, y yo tuve que irme á abrir el establo para enviar á pastar á los animales, y.... ¿divináis lo que encontré en un pesebre? Encontré un

niño de cerca de cuatro años, hermoso como un sol y fuerte como un roble, que estaba acostado allí como un corderillo en su redil, y durmiendo tan tranquilo como si estuviera en su cama. Figuraos mi asombro al verle; le miro, le hablo, se despierta, me sonríe y me abraza.

»—¡Oh, Dios mío!—exclamé—uno como éste hubiera yo necesitado para ser completamente feliz. La desgracia es que ahora voy á encontrar por ahí á su padre ó á su madre, que serán algunos caminantes fatigados que habiendo encontrado la puerta abierta habrán entrado á dormir en mi establo.

»Empecé á buscar y rebuscar por todas partes, pero no encontré á nadie. Volví á donde estaba el niño, y le hablé, pero no me respondió.

»—Quizá es sordomudo—pensé.

»Cuando le estaba mirando, me chocó un papel que había en su sombrero. Me aproximé, y era un billete de mil francos.

»—¡Oh, oh! no se trata de un pobre; pero ¿quién diablos se habrá atrevido á abandonar á un niño tan hermoso?

»Le cogí en brazos y le llevé á la casa, llegando precisamente en el momento en que mi Susana acababa de darme otra niña.

»—Alégrate—le dije—aquí tienes un marido para tu hija. Tú le pedías un muchacho á Dios, y Él nos ha puesto un nuevo Jesús en el establo. Si nos le reclaman, habrá que devolver este dinero; y si nos le dejan, á fe mía que Dios nos le ha dado.... ¡Hágase su voluntad!»

## XXXII.

Fingí gran asombro é hice mil preguntas para escuchar las respuestas de Michelin.

Si supiera algo—me decía—os lo diría bajo juramento de secreto, pues sois persona de mucho valer y representáis á nuestro amo; pero no sé nada, no sospecho absolutamente de nadie. No se ha visto por estos alrededores ningún forastero desde hace más de dos meses. Al principio pensé salir á pedir informes, para saber si habían visto pasar á alguien con un niño de tres ó cuatro años por el camino de la *Violeta* ó por el de Monteparre; pero, á decirnos verdad, no tenía mucho interés en averiguar nada, porque si hubiese encontrado á sus padres, me hubiesen reclamado el pequeño, y yo tenía gusto en conservarle. Más tarde he sabido que no debía ser curioso, por una

carta que recibí hace cuatro días y voy á traerlos.

Aquí Michelin me enseñó la carta que yo le había escrito; y yo, queriendo conocer á fondo sus intenciones, le pregunté si la suma prometida le parecía suficiente para encargarse de un niño abandonado.

—Sí—respondió;—el niño no es ni sordo ni mudo, como creí en un principio. Habla un lenguaje que no entendemos, pero ya comienza á murmurar las palabras que le enseñamos, y acabará por aprender poquito á poco, pues es muy listo. Sólo algunas veces está triste y llora, recordando á su *mamá*. Tiene, pues, una madre, y bien vemos por el dinero que ha dado y el que promete, que el niño no está abandonado. Tenemos mucho interés en hacerle dichoso y en conservarle á nuestro lado mucho tiempo, pues en nuestro país, donde se gasta tan poco para vivir, la pensión que ofrecen es una fortuna para él y para nosotros.

—¿Y si no hiciesen lo que prometen? ¿No teméis que ese billete de mil francos sea vuestra única recompensa?

—Sea lo que Dios quiera, señor Carlos. Si el dinero no llega, haremos todo lo posible para descubrir á los padres ó tutores, como es nuestro deber; pero si no descubrimos nada, guardaremos el niño

y le educaremos como si fuese nuestro, y cuando le llegue la edad, si es buen muchacho, le estableceremos lo mejor que podamos, pues en nuestra familia nos hemos portado siempre bien y hemos cumplido en todas las ocasiones con nuestro deber.

Michelin no se alababa. Era un hombre de muy buen sentido, caritativo y justo. Estaba más instruído que suelen estar los aldeanos, pues su padre le había dado cierta educación, y sabía leer, escribir y contar regularmente, teniendo además algunas nociones de geografía é historia. En cuanto á su moralidad, me era bien conocida. No quería el dinero si no era bien adquirido, y tenía yo seguridad de que haría las cosas en conciencia. Su mujer era dulce y cariñosa, y no podía desear nada mejor para Gastón.

Pregunté cómo se llamaba el niño.

—No lo ha sabido decir— respondió Michelin— pues no comprende nuestras preguntas. Así es que le hemos dado el nombre que se nos ha ocurrido.

—¿Cuál?

—Trinidad; y quizá sea el suyo, porque lo ha entendido al momento.

No pude disimular un movimiento de sorpresa. No podía ser sólo la casualidad la que bautizaba

así dos veces seguidas al niño condenado por su padre.

La solicitud ó la piedad de los demás venía naturalmente á prometerle la restitución de todos los bienes que le habían sido frustrados.

No temí que Gastón me reconociese, pues sólo me había visto disfrazado. Le hablé, pues, pero se me quedó mirando con una fijeza que me asustó: después, saltando sobre mis rodillas, se puso á jugar con la cadena de mi reloj, como había ya hecho en el viaje de París á Flamarande. Para un agente de policía hubiera sido aquel un indicio importante; pero los aldeanos que me rodeaban no eran tan linceos, y pude jugar con los niños, pues los Michelin pequeños se hicieron todos de la partida, y mi reloj de repetición corrió aquel día graves peligros.

Michelin hijo, que sentía una verdadera amistad por mí, me hizo una petición, á la cual creí que no debía negarme. Su última hija no estaba bautizada todavía, y habían pensado que fuese yo su padrino en sustitución de un anciano pariente que acababa de morir, por lo cual me rogaron hiciese sus veces apadrinando á la niña.

El bautizo se verificó al día siguiente, y en él tuve por comadre á la hermana mayor de la bau-

tizada, grave persona de seis años de edad. Dieron, en obsequio mío, el nombre de Carlota á mi ahijada.

## XXXIII.

En la comida que siguió á la ceremonia tuvimos un convidado inesperado que me causó alguna turbación. Fué éste Ivoine ó Ambrosio, pues le daban estos dos nombres, que venia de comprar algunos animales para especular con ellos.

Aunque astuto chalán, tenía una verdadera honradez relativa. En el castillo le amaban mucho y le recibían con gusto. Tuve que sostener su mirada interrogadora, que me pareció en extremo penetrante, y que no era debida según él más que á una debilidad de la vista que le obligaba á fijarse mucho. Sin embargo, seguía cazando y leía las letras más menudas de los almanaques.

Le hablé sin afectación y le pregunté si tenía noticias de su antiguo compañero el Marqués de Salcedo.

—No—respondió;—el año pasado dijeron en Montesperre que había muerto. No sé si será verdad.

—Debéis sentirlo, porque os pagaba bien y os empleaba á menudo.

Ivoine no pareció entenderme; pensaba en la vaca que Michelin quería venderle, y le hablaba con animación del precio de los animales en la última feria de Salers. Le observé atentamente, y viendo que no se interesaba más que por el objeto de su conversación, y que tampoco se había fijado en Trinidad, á quien hubiera podido reconocer muy bien, me tranquilicé, felicitándome interiormente de tener que tratar con gentes tan poco observadoras ó tan poco curiosas.

Un nuevo incidente cambió el curso de la interminable discusión entablada entre Ambrosio y Michelin á propósito de la vaca tuerta, que era el objeto del litigio. Una de las hijas entró, trayendo una gallina á la que una piedra desprendida del torreón acababa de aplastar á dos pasos de ella.

Susana Michelin hizo una oración fúnebre á la gallina, y después, dirigiéndose á mí, se quejó del continuo peligro que aquel castillo ruinoso hacía correr á sus hijos.

—Las piedras llueven del torreón—me dijo—y hay sitios por donde no nos atrevemos á ir; pero ¿cómo estar tranquila con los niños, que no hacen más que lo que les está prohibido?



Michelin apoyó lo que decía su mujer y me rogó que enterase de ello al señor Conde.

—El castillo es muy sólido—dijo—y durará más tiempo que nosotros. Sólo que la cornisa se va á venir abajo, y mientras quede una sola almena habrá peligro para todos. Con muy poco gasto se podría quitar todo eso y poner en su lugar una cubierta de cañizo ó de teja.

—No—dijo Ivoine—no quedaría bien; por dos mil quinientos francos yo me encargo de la obra, y os aseguro que podríais después encerrar vuestras cosechas en este inmenso edificio que no sirve más que para mataros las gallinas. Vamos, señor Carlos, parece que tenéis poderes para todo en las propiedades del señor Conde; ajustaos conmigo, dadme la preferencia.

—¿Según eso, sois albañil también, maestro Ambrosio?

—Y carpintero, señor Carlos; lo soy todo y de todo entiendo para ganar mi vida.

—No puedo hacer un gasto de dos mil quinientos francos á cuenta del amo sin haberle consultado antes.

—Yo creo—dijo Michelin—que ni el señor Conde ni la señora Condesa tendrán inconveniente en que se quiten las almenas.

—¿Para qué las quieren!—dijo Ivoine.

—Para nada—replicó el viejo Michelin;—pero mi hijo tiene razón, es necesario consultar: los señores de hoy no viven ya como los de antes; sin embargo, les gusta conservar sus antiguos castillos, y un torreón sin almenas pierde por completo su carácter.

—Pues bien—dijo Ambrosio—no hagamos el tejado ni utilicemos el torreón, pero reparémosle para que no viváis en el peligro. Con quinientos francos, yo me encargo, no de reponer lo que falta, pero sí de asegurar lo que hay. Tengo un primo albañil que lo hará muy bien.

Cuando á Ivoine se le metía una cosa en la cabeza, era porfiado y tenaz. Se empeñó en comprometerme á que cerrase el trato con él, y me vi obligado á decirle que hablaría de ello al señor Conde.

—Deja tranquilo al señor Carlos—le dijo Michelin.—¿Estás loco para creer que el señor Conde quiera gastar ni poco ni mucho en unas ruinas á que ha venido una vez y adonde no volverá ya más?

—Pues bien—replicó Ambrosio vivamente;—si al señor Conde no le importa que seáis aplastados por las ruinas de su castillo, creo que á vosotros

en cambio no os hará mucha gracia. Escuchad, padre Michelin, jefe de la familia; supongo que no tendréis gana de exponer á un fracaso á vuestra gente. Dadme el derecho de habitar el torreón para lo restante de mis días, y yo le reparo por mi cuenta sin que os cueste un cuarto.

—¡Vaya una ideal—respondió el viejo.—¿De cuándo acá has pensado tú en tener casa?

—Estoy cansado de vivir por los caminos y de dormir al sereno. Ya soy viejo, no tengo familia, y no estoy en el caso de pedir limosna. Dejadme vivir á vuestro lado; que yo en cambio pondré el torreón seguro, y además os traeré más caza de la que entre todos podáis comer.

—Si yo fuera el amo—replicó Michelin—no diría que no, porque eres un amigo y no habías de estorbarnos; pero no sé si tengo el derecho de alquilar algún cuerpo del castillo.

—El señor Carlos, que está ahí, os lo podrá decir—replicó Ivoine.

—Tenéis perfecto derecho—dijo á Michelin—de subarrendar los cuerpos del edificio que no os hagan falta, sobre todo á un hombre honrado como Ivoine.

## XXXIV.

—Gracias, señor Carlos—dijo el chalán mirándome con aquel aire que le era peculiar, mitad amistoso, mitad irónico, y que yo interpreté según la impresión que hacía sobre mí.

Aquella vez me pareció que su mirada y el acento de su voz significaban: «¡tomo la revancha!»

En aquel momento, Trinidad, empujado por los otros niños que jugaban ruidosamente á nuestro alrededor, fué á caer de cabeza sobre las rodillas de Ivoine.

—¡Hola, hola!—dijo éste cogiéndole en brazos y sentándole sobre sus rodillas;—estás aquí, viajero chiquitín. Ya te conocía yo; te he visto en la *Violeta*.

—¿Conocíais á este niño?—le dije yo.—Entonces estáis más adelantado que todos los de aquí, porque nadie ha podido decirme de dónde procedía.

—Pues yo os lo diré—dijo Ivoine en voz baja;—pero será al oído, porque los Michelin no quieren que se hable de eso y no harán jamás averiguaciones. Tened seguridad.

—¿Será algún secreto de familia?

—Tampoco. No saben de dónde viene el pequeño; pero apuesto cualquier cosa á que están bien pagados para cuidarle, pues le miman y no le dejan correr por la montaña. Tienen miedo á que se le roben y á que otros se aprovechen del beneficio de tenerle.

Yo escuchaba con aire indiferente, pero mi corazón latía con violencia.

—¿Conque pretendéis conocerle?—le dije llenando su vaso.

Le bebió de un trago como hombre que no teme hablar más de lo que quiere, y, sin responder, miró á Gastón atentamente después de haberle levantado la cabeza; después le abrazó, cubriendo su carita con aquella barba espesa y gris, erizada como el lomo de un jabalí encolerizado.

—Es hermoso, ¿verdad?—me dijo, volviéndose hacia mí con su aire medio benevolente, medio malicioso.

—Muy hermoso—respondí;—pero..... ¿le conocéis?

—Le conozco como vos.

—Pero ¡si yo no le conozco!

—Pues bien, miradle y le conoceréis. Desde luego estas manos y estos piececitos no son de vuestra raza, sino de la raza del Mediodía. El sol

del Mediodía también es el que ha enrojecido sus mejillas. Nuestro sol se pega bien cuando da, pero no dora, sino que ennegrece. Además, fijaos en los ojos del pequeño: no son los ojos de un aldeano. Son unos ojos que no demuestran nunca asombro, y sí una reflexión impropia de su edad. Es el hijo de un señor encopetado que en el primer momento tomé por vos, señor Carlos.

—¿Por mí, Ivoine?

—Sí; sin saber por qué. No se os parecía absolutamente en nada, pero no sé por qué al verle pensé en vos, notando luego que no tenía vuestro tipo ni vuestra manera de hablar.

—¿Y cómo era ese señor tan *encopetado*?

—¡Oh, eso nol no os daré sus señas, porque soy amigo de los Michelin, y por consecuencia estoy en guardar su secreto.

—¿Pero no sabéis de dónde venía?

—Venía de Aurillac; eso es lo único que sé; pero en cuanto quisiera lo sabría todo.

—¿De veras? Sois un hombre hábil.

—No tanto como vos, señor Carlos; pero ando rodando por los caminos muchos años, y trato de comprender lo que veo.

—¿Habréis viajado, puesto que conocéis el sol del Mediodía?

—He sido soldado y he hecho algunas campañas en Africa. Cuando he vuelto al país, he tenido lo menos treinta y seis oficios de todas clases.

—¿Vos sabréis quizá el patois ó la lengua que hable este niño? ¿Por qué no tratáis de hacerle hablar?

—Ya he tratado, y no he comprendido nada; pero aun cuando hubiese comprendido, me callaría.

—¿Y por qué?

—Porque no soy tonto; pero la noche se acerca y Michelin me está esperando para enseñarme su vaca. Hasta la vista. Estoy á vuestro servicio, señor Carlos.

Se levantó, llevando á Trinidad sobre sus hombros, y me dejó sumido en grandes perplejidades.

¿Era aquel hombre capaz de penetrar un secreto como el del Conde de Flamarande, y cuyo silencio tendría que comprar haciéndole alguna fingida confidencia? Esto me pareció demasiado arriesgado con un aldeano que era quizá más fatuo que malicioso.

## XXXV.

Partí sin haberle vuelto á ver, y me dirigí de nuevo á París, donde el señor Conde debía ir á pasar el invierno con su familia, y donde me había ordenado que le esperase ocupándome de las reparaciones que hubiese que hacer en su hotel. Tenía mucho empeño, al dejar Italia, en no vivir en una casa fría, y había que cambiar por completo el sistema de calefacción que tenía el hotel. La obra duró más de lo que yo había pensado; así es que no pude escribir que todo estaba dispuesto y funcionaba bien hasta fines de Diciembre.

Por entonces, deseoso yo de recompensar la hospitalidad de los Michelin y de tener noticias del pequeño Trinidad, compré varios regalos para la familia y los expedí, francos de porte, á Flamarande. Aunque enviando la mayor parte á mi pequeña comadre, no me olvidaba en mis regalos del niño del establo, y esperaba con impaciencia que me escribiesen, cuando recibí una carta de muy buena letra y de una ortografía regular, firmada por Ambrosio Ivoine, que se encontraba en la granja al recibo de mi envío y había sido el encar-

—He sido soldado y he hecho algunas campañas en Africa. Cuando he vuelto al país, he tenido lo menos treinta y seis oficios de todas clases.

—¿Vos sabréis quizá el patois ó la lengua que hable este niño? ¿Por qué no tratáis de hacerle hablar?

—Ya he tratado, y no he comprendido nada; pero aun cuando hubiese comprendido, me callaría.

—¿Y por qué?

—Porque no soy tonto; pero la noche se acerca y Michelin me está esperando para enseñarme su vaca. Hasta la vista. Estoy á vuestro servicio, señor Carlos.

Se levantó, llevando á Trinidad sobre sus hombros, y me dejó sumido en grandes perplejidades.

¿Era aquel hombre capaz de penetrar un secreto como el del Conde de Flamarande, y cuyo silencio tendría que comprar haciéndole alguna fingida confidencia? Esto me pareció demasiado arriesgado con un aldeano que era quizá más fatuo que malicioso.

## XXXV.

Partí sin haberle vuelto á ver, y me dirigí de nuevo á París, donde el señor Conde debía ir á pasar el invierno con su familia, y donde me había ordenado que le esperase ocupándome de las reparaciones que hubiese que hacer en su hotel. Tenía mucho empeño, al dejar Italia, en no vivir en una casa fría, y había que cambiar por completo el sistema de calefacción que tenía el hotel. La obra duró más de lo que yo había pensado; así es que no pude escribir que todo estaba dispuesto y funcionaba bien hasta fines de Diciembre.

Por entonces, deseoso yo de recompensar la hospitalidad de los Michelin y de tener noticias del pequeño Trinidad, compré varios regalos para la familia y los expedí, francos de porte, á Flamarande. Aunque enviando la mayor parte á mi pequeña comadre, no me olvidaba en mis regalos del niño del establo, y esperaba con impaciencia que me escribiesen, cuando recibí una carta de muy buena letra y de una ortografía regular, firmada por Ambrosio Ivoine, que se encontraba en la granja al recibo de mi envío y había sido el encar-

gado de escribirme en nombre de la familia dándome las más expresivas gracias.

Todos estaban muy preocupados por la muerte reciente del viejo colono, que era muy querido y muy sentido de los suyos. Los niños se portaban muy bien y estaban muy buenos; mi ahijada estaba cada día más hermosa, mi comadre más aplicada, y el pequeño Trinidad empezaba á murmurar palabras en francés. «Es un niño que encanta, decía Ivoine, y se hace querer de todo el mundo. Parece haber olvidado su país y á sus padres, pues ya no está triste ni llora nunca.»

Mandé en seguida á Ivoine una hermosa pipa montada en plata, y le escribí para darle gracias por su carta, rogándole que me diese á menudo noticias de mi ahijada y de la familia, sin olvidar al forasterillo.

Involuntariamente trataba yo á Ivoine como un amigo, pues presentía en él un ayuda ó un adversario, y sin darme cuenta de lo que tenía que temer de él, le hacía objeto de una preocupación vaga y constante.

El Conde llegó el 10 de Enero con su esposa y su hijo Roger, á quien yo no había visto hacía seis meses, y encontré hermosísimo, aunque no tanto para mi gusto como Gastón.

Aquellos dos niños no se parecían absolutamente en nada. Roger era rubio y tenía las facciones puras y el aire de dulzura de su madre. Gastón no se parecía á nadie. Era moreno y podía pertenecer tanto al tipo del Conde de Flamarande como al del Marqués de Salcedo. Sus facciones eran menos regulares que las de Roger, pero tenía unos ojos y una mirada como no he visto en mi vida.

El señor Conde estaba curado, y sus intereses exigían que volviese á Francia. Su mujer sentía dejar á Italia, y él la prometió conservar allí un apeadero á fin de llevarla lo más á menudo que le fuese posible. No es que la Condesa mostrase repugnancia en volver á ver París y hacer vida de sociedad; pero temía que perjudicase á su hijo aquel cambio de clima. Afortunadamente no fué así; pero, sin embargo, la joven pidió á su marido y obtuvo el permiso de hacer una vida muy retirada y de no recibir más que por la noche en su casa; era completamente feliz con su hijo, y lo demás no la interesaba para nada. No había en ella la más leve coquetería, y rara vez se ponía sus magníficos vestidos y sus espléndidas alhajas. Recibía los jueves por la tarde, y aquel día los más íntimos se quedaban á comer. Los domingos se

hacían invitaciones y los salones estaban abiertos por la noche. Lo demás del tiempo la señora salía para pasear á Roger, ó jugaba con él en sus habitaciones. Cuando el niño dormía, su madre se ocupaba en estudiar diferentes métodos para su primera educación, y el señor Conde hacía algunas visitas, salía á caballo ó se encerraba conmigo en su despacho para leer los libros nuevos ó los periódicos.

Así, á pesar de la gran fortuna y de la brillante existencia del señor Conde, teníamos ocupaciones serias y tranquilas. Yo estaba demasiado en los asuntos de mi amo para no ignorar que éste había despilarrado mucho su capital antes de casarse, y que sólo podía librarse de deudas vendiendo una de sus posesiones. Cuando se trataba de esto, yo le veía con dolor obstinarse en conservar Sevines, que era tan triste para él mismo y que no podía traer á la señora más que dolorosos recuerdos.

Cuando yo le animaba á que tomase una resolución antes de seguir pagando intereses crecidos, alegaba él que sus gastos en cambio no eran considerables.

—La Condesa tiene una gran cualidad—me dijo un día;—no es mundana ni amiga del lujo. No

conozco mujer de su clase que gaste menos. Cuando me casé con ella dijeron que me arruinaría; pero se han equivocado por completo.

Me así apresuradamente á esta ocasión de hacer el elogio de mi señora, y fué tanto mi entusiasmo que extrañó al Conde.

—¡Dios me perdone, Carlos—dijo con su risa más lúgubre;—habéis perdido la cabeza! ¡Y yo que os creía tan tranquilo!

Yo estaba fuera de mí, en efecto, y daba libre curso á mi efusión.

—No, señor Conde—exclamé—no puedo estar tranquilo. Habéis muerto mi reposo y habéis turbado para siempre mi sueño. ¡Oh! podéis mirarme de esa manera terrible, podéis leer hasta el fondo de mi corazón; no encontraréis en él más que un amargo pesar que antes me lisonjaba de no haber conocido: el remordimiento de una falta.

—¿Por qué no decís de un crimen?—replicó el Conde con ironía.

—No diré de un crimen—respondí;—pero diré la verdadera palabra: ¡una cobardía! Sí, señor Conde, me habéis hecho cometer una cobardía. Os soy tan adicto, que si me hubieseis ordenado que estrangulase al Marqués de Salcedo, no hubiera retrocedido, aun cuando luego tuviese que arrepentido,

tirme; pero no enrojecería como ahora por haber hecho la guerra á una mujer y un niño. Dos seres que no podían ofrecer la más leve resistencia; una mujer enferma y un niño recién nacido. ¡Vaya una lucha! ¡Oh, sí, enrojezco, y jamás recobraré la estima de mi mismo!

El Conde se había puesto muy pálido á mis primeras palabras, y debió estar tentado de arrojarme por la ventana; pero no se regaña así como así con el único confidente que uno tiene, y contentándose, me habló con dulzura.

—Sois muy exaltado, mi pobre Carlos— me dijo;—no es culpa vuestra tener una conciencia timorata; pero siempre es un peligro cuando se razona con tan poca calma como vos.

Trató de probarme, por medio de sofismas, que yo había sido el ejecutor de un castigo merecido, lo cual me exaltó hasta el punto de decirle que yo creía aquel castigo injusto y que miraba á la Condesa como la víctima más interesante y más pura.

—¡Eso no es más que un efecto de la belleza!— replicó con amargura.—Parece mentira que los espíritus más rectos y las conciencias más puras sufran su prestigio. No os lo reprocho, Carlos; yo le he sufrido también, y quizá lo sufro todavía, puesto que perdono.

—No—exclamé—no perdonáis. La quitáis su hijo y os atrevéis á decir «¡Yo perdono!»

—Ella le ha olvidado porque ahora tiene otro, tiene el mío, y haría mal en quejarse. Y á propósito, no me habéis dicho dónde está el otro. ¿Qué habéis hecho de él?

—Me habéis prohibido que os hablara de eso y no queráis oír pronunciar su nombre. ¿Tenéis ahora empeño en saber dónde está?

—Prefiero ignorarlo; no me lo digáis.

Y habiendo reflexionado, replicó al cabo de un instante:

—Decídmelo. Debo saberlo.

—Está en vuestra casa, señor Conde.

—¿Cómo en mi casa? ¿aquí?

—No; está en Flamarande.

—¡Qué idea! ¡pero pueden descubrirle! ¿Bajo qué nombre está allí?

—Bajo ninguno.

Y tuve que contarle, con cierto orgullo bastante tonto, cómo ayudado por las circunstancias había conseguido que los Michelin adoptasen á Gastón, sin tener que dar explicaciones de ningún género.

Admiró mi habilidad, haciéndome grandes ponderaciones, y me despidió dejándome una vaga esperanza, pues pareció, si no aprobar, al menos



encontrar ingeniosa mi combinación en lo que se refería á la explicación que él podría dar si algún día se creía en el deber de devolver el hijo á su madre; pero en vano le atormenté muchas veces sobre este punto, porque fué inquebrantable y tuve que renunciar á convencerle.

Entonces caí en una gran tristeza y mi salud se alteró. No podía soportar la presencia de la señora Condesa, y cuando ella entraba por un lado, yo salía por el otro. Tampoco me atrevía á mirar ni acariciar á Roger, á quien sin embargo amaba con ternura, porque al ver aquella infancia tan dichosa y mimada, se me representaba el pobrecito Gastón guardando las vacas y andando descalzo por las rocas. Cuando la señora conducía á Roger á casa de Susse ó de Giroux, haciéndole que escogiese los juguetes más lindos, y volvía con el coche lleno de aquellos objetos frágiles y costosos que servían para distraer al niño una hora y caer luego á sus pies hechos pedazos, pensaba yo en Gastón jugando en el bosque con las piedras cogidas del arroyo. ¿Era por esto más desgraciado? No; al contrario, más dichoso quizá; pero las caricias de una madre, la protección y la solicitud de todos los instantes, aquella mirada extática clavada en él cuando se estaba durmiendo, aquella sonrisa

de adoración en su sueño, aquella previsión de su menor deseo..... ¡Ay, esto no lo tenía, no lo tendría jamás!.....

A estas ideas se debía que sin darme cuenta dijese yo á voces en mi habitación y casi llorando:

—¡Pobre y querido niño mío, yo te amaré por todos, te lo juro! Siempre estaré á tu lado para cuidarte y velar por tí.

Cuando llegó la primavera, el Conde anunció que pensaba vender su posesión de Sevines. Yo pensé que la Condesa tendría una alegría, pues el señor habló también de enviarla á Perouse, acompañada por mí, mientras que él iba á ocuparse de la venta de su finca; pero la Condesa mostró deseos de no dejarle, y dijo que no tenía inconveniente en volver á Sevines.

—Prefiero eso—respondió el Conde.

Y cuando estuvimos solos me dijo:

—No esperaba seguramente esta resignación, pues sé que la Condesa ha guardado un recuerdo horrible de Sevines. Es verdaderamente la dulzura misma; un temperamento sin energía, y si los dolores son vivos en ella, en cambio no son profundos.

—El señor Conde ha podido conseguir ocultar la el género de muerte atribuida al niño. ¿No teme

que se descubra ahora, cuando la Condesa se encuentre en el teatro del acontecimiento?

—Si debe saberlo un día, más vale que sea en Sevines que en otra parte, y así no tendrá la preocupación de la afección del pecho que teme para Roger.

El primer cuidado de la señora, en cuanto estuvo en Sevines, fué el de decir que quería visitar el panteón de familia para ver la tumba de su primer hijo.

Yo no sabía si el señor Conde habría previsto la necesidad de esta tumba, y mi turbación fué grande cuando la señora me mandó pedir las llaves. Corrí á contar mis apuros al señor Conde, el cual, levantándose tranquilamente, se dirigió al cuarto de su mujer.

Julia me contó después su conversación.

—Es necesario—dijo á su mujer con bastante dulzura—que me hagáis la promesa de renunciar á ver esa tumba. Vuestra salud es necesaria á Roger, y debéis siempre tratar de evitar las emociones que tan seriamente la han comprometido.

La Condesa respondió que tendría el valor necesario; lo juró mil veces, insistiendo con una obstinación desusada en ella. El Conde trató de vencerla con mucha paciencia; pero al ver que no

adelantaba nada, sintió que la cólera se iba apoderando de él, y la dijo:

—Quería evitaros un nuevo dolor; pero, puesto que le buscáis, no hay más remedio que abrir otra vez vuestra herida; sino que yo no me encargo de ello. Preguntad á Julia por qué vuestro hijo no está en el panteón de familia; la autorizo á que os lo diga, ya que á ello me obligáis.

## XXXVI.

Julia quedó sola con la señora, teniendo que sufrir sus preguntas, y con todos los cuidados de que se sintió capaz dijo á su ama que la nodriza y el niño habían desaparecido sin que nadie hubiese podido encontrarlos.

—¡Qué! ¿desaparecido?—exclamó la pobre madre fuera de sí.—¿Han robado á mi hijo? ¿por qué? ¿cómo? ¿quién?

Y cayendo en los brazos de Julia, exclamó:

—Decid, querida mía, mi hijo ha desaparecido y no han podido encontrarle; pero.... ¿existe todavía?

Julia me confesó que la conmovieron tanto las caricias de su señora, que dió á ésta una esperanza que ella misma no tenía.

que se descubra ahora, cuando la Condesa se encuentre en el teatro del acontecimiento?

—Si debe saberlo un día, más vale que sea en Sevines que en otra parte, y así no tendrá la preocupación de la afección del pecho que teme para Roger.

El primer cuidado de la señora, en cuanto estuvo en Sevines, fué el de decir que quería visitar el panteón de familia para ver la tumba de su primer hijo.

Yo no sabía si el señor Conde habría previsto la necesidad de esta tumba, y mi turbación fué grande cuando la señora me mandó pedir las llaves. Corrí á contar mis apuros al señor Conde, el cual, levantándose tranquilamente, se dirigió al cuarto de su mujer.

Julia me contó después su conversación.

—Es necesario—dijo á su mujer con bastante dulzura—que me hagáis la promesa de renunciar á ver esa tumba. Vuestra salud es necesaria á Roger, y debéis siempre tratar de evitar las emociones que tan seriamente la han comprometido.

La Condesa respondió que tendría el valor necesario; lo juró mil veces, insistiendo con una obstinación desusada en ella. El Conde trató de vencerla con mucha paciencia; pero al ver que no

adelantaba nada, sintió que la cólera se iba apoderando de él, y la dijo:

—Quería evitaros un nuevo dolor; pero, puesto que le buscáis, no hay más remedio que abrir otra vez vuestra herida; sino que yo no me encargo de ello. Preguntad á Julia por qué vuestro hijo no está en el panteón de familia; la autorizo á que os lo diga, ya que á ello me obligáis.

## XXXVI.

Julia quedó sola con la señora, teniendo que sufrir sus preguntas, y con todos los cuidados de que se sintió capaz dijo á su ama que la nodriza y el niño habían desaparecido sin que nadie hubiese podido encontrarlos.

—¡Qué! ¿desaparecido?—exclamó la pobre madre fuera de sí.—¿Han robado á mi hijo? ¿por qué? ¿cómo? ¿quién?

Y cayendo en los brazos de Julia, exclamó:

—Decid, querida mía, mi hijo ha desaparecido y no han podido encontrarle; pero.... ¿existe todavía?

Julia me confesó que la conmovieron tanto las caricias de su señora, que dió á ésta una esperanza que ella misma no tenía.

—Lo que hay de cierto—le dijo—es que el niño no ha estado enfermo y que ha desaparecido al día siguiente de su nacimiento. Después le han buscado por todas partes y no han podido encontrarle.

En aquel momento entró el Conde para saber si Julia había hecho ya la triste revelación de que había sido encargada. En lugar de encontrar á la Condesa llorando, la encontró con una alegría relativa. Estaba como loca: quería partir sin saber á dónde, y pretendía que no le habían buscado bien y que ella estaba segura de encontrar á su hijo.

El Conde se impacientó, riñó á Julia por no haber explicado bien el hecho y se encargó de explicarle él mismo.

—La nodriza se ahogó con el niño, y no se ha encontrado de ellos más que una gorrita y un chal.

La señora se quedó pálida y fija como una estatua. Debió pasar ante sus ojos el trágico fin de su querido hijo, y entonces hizo un movimiento como para lanzarse y detenerle, pero cayó boca abajo y quedó desmayada.

Cuando volvió en sí tenía fiebre y deliraba.

Llamamos al doctor, y al saber lo que había

pasado exigió que no destruyéramos las quiméricas esperanzas de la madre.

La Condesa estuvo muy mala durante tres semanas, y yo no la encontré curada del todo cuando se levantó de la cama. No estaba debilitada, como era de esperar, sino que tenía, por el contrario, una agitación febril desconocida en ella, y que la hacía activa, resuelta y poco sumisa. Hablaba sin cesar de su hijo, y preguntaba á todo el mundo, queriendo saber hasta el más leve detalle de la catástrofe.

Evidentemente no quería creer en la muerte del niño, si bien no se atrevía á decir sus esperanzas temiendo las tratasen de ilusiones.

Yo ví en esta circunstancia cómo la trama mejor urdida no logra reemplazar sino imperfectamente al hecho real.

La Condesa preguntaba á todo el mundo, á los aldeanos, á los pescadores, á todos cuantos encontraba á su paso, los conociese ó no. Se paseaba todos los días á pie ó en coche á la orilla de aquel Loire inexorable, al que en vano pedía su hijo. Entraba en todas las casas y hasta en las más humildes chozas para pedir detalles. Había habido pocas personas ahogadas en la época que la Condesa indicaba; pero entre éstas el mayor número

era de mujeres y niños, como siempre. Al encontrar los cadáveres se habían hecho constar las defunciones, y en ninguna parte se había podido encontrar el más pequeño indicio de las que ella indicaba.

Entonces la Condesa decía:

—¿Pero creéis posible que un río devore á una mujer y un niño hasta el punto de no volverlos á encontrar?

Y los aldeanos ribereños la respondían que ellos no lo podían creer, pues el Loire corría sobre bancos de arena que quedaban á flor de agua durante el verano.

No se conocían torrentes ni torbellinos por aquel lado.

Y la señora, cuando volvía, interrogaba á las gentes de la casa ó al doctor que iba á verla todos los días. Quería saber si se habían tomado informes en toda la extensión del río hasta el mar, y decía que deseaba emprender esta exploración, deseo que hubiese efectuado al momento á no oponerse su marido.

Entonces sucedió una cosa imprevista y extraña, y es, que por todo el pueblo y sus cercanías, en lugar de creer loca á la Condesa ó de encontrarla trastornada por el dolor, empezaron á participar

de sus ideas y á decir que nada probaba la muerte, mientras que había algunas probabilidades de robo ó secuestro.

El aldeano cree en lo maravilloso y muchos nobles participan de sus supersticiones. Así es que se habló de nodrizas ladronas de niños que especulaban más tarde con su restitución. Se habló también de bohemios, y hasta se sacaron á relucir las antiguas leyendas de espíritus funestos que salen del río en las inundaciones y van á buscar á los niños hasta su cuna para llevarlos á la morada de otras familias, procediendo así á cambios fantásticos seguidos de grandes desgracias.

Las imaginaciones, una vez despiertas por el interés que inspiraba la Condesa de Flamarande y las esperanzas á que se aferraba, no conocieron freno.

Una vieja pretendió haber visto una forma blanca atravesar el furioso Loire andando tranquilamente por encima del agua con un niño en los brazos y semejante en todo á la virgen que había en la iglesia. Al principio había creído que era un milagro; pero luego había reflexionado y le parecía acordarse de haber encontrado parecido entre la silueta de esta aparición y la estatura de la nodriza. Otras muchas contaron también sus

sueños, y la Condesa, inclinada á la superstición, fué á consultar con una sonámbula de Orleans.

Entonces pasó una cosa extraordinaria que luego me contaron y que aumentó mis perplejidades.

La sonámbula dijo á la señora que veía un niño muerto desde hacía tres días, echado en el cieno de un estanque que no supo nombrar y que describió de una manera muy vaga. La Condesa no pudo hacerla precisar nada y el magnetizador preguntó á la sonámbula si el niño estaba muerto desde hacía tres días, ó había querido decir tres años, á lo que ella respondió que no veía nada y que no estaba bien lúcida aquel día.

—Es necesario—replicó el magnetizador dirigiéndose á la Condesa—que toque algún objeto que haya pertenecido al niño, como una gorrita ó un mechón de cabellos.

La Condesa sacó de su seno la gorrita encontrada en el parque, pobre y única reliquia que no la abandonaba.

Entonces la sonámbula pareció recobrar su lucidez.

—Veo—exclamó:—no, no ha sido arrastrado por las aguas..... Ha sido llevado por un hombre, un hombre bien vestido..... ¡Ah! veo un coche.....

y otro hombre se lleva al niño..... El coche corre y corre..... ¡va á escapar! El caballo cae..... ha muerto; pero se llevan al niño lejos, más lejos..... se pierden, no puedo seguirlos, no veo..... Suiro..... me ahogo..... Quiero que me dejen dormir ó me despierten.

No pudo decir más; pero la Condesa volvió á casa llena de alegría, prometiéndose renovar otra vez la prueba. Se había hecho acompañar de Julia, por quien supe exactamente lo que había pasado.

La Condesa lo había anotado todo cuidadosamente, hasta el incidente del caballo muerto, preguntando en seguida á Julia si uno de los caballos de la casa había desaparecido también en la noche fatal.

Julia, confundida y no acordándose de nada, optó por llamarme.

—Carlos—me dijo la Condesa—¿cuántos caballos había en las cuadras antes del día de mi desgracia, y cuántos al día siguiente?

Yo respondí que no sabía nada, porque estaba ausente el día de la catástrofe.

—Pues bien—respondió ella—envíadme á José; ése lo sabrá.

Y después añadió como recordando:

—Esperad. Había uno muy hermoso, el más hermoso de todos, y se llamaba Zamora; me acuerdo porque le tenía miedo. No creo haberle vuelto á ver desde el acontecimiento. ¿Acaso no está ya en casa? ¿Qué ha sido de él?

Sentí que mis piernas temblaban y no pude responder.

—¡Vamos hablad, señor Carlos!—exclamó Julia.—Vos sois quien habéis hecho salir á Zamora por última vez. José ha dicho que desde entonces no le había vuelto á ver.

—¡Carlos!—exclamó á su vez la señora Condesa.—No queréis decirlo, y sin embargo lo sabéis. Ese caballo ha muerto llevando á mi hijo..... Os ponéis pálido..... ¡Ah, Carlos, vos lo sabéis todo!

Y lanzándose hacia mí, me cogió las dos manos; después, sin que yo pudiera impedirselo, se arrojó de rodillas.

—Carlos, sois un hombre honrado. Tenéis un gran corazón..... He sabido apreciaros; no sois un criado, sois un amigo de la familia. Miradme á vuestros pies como me veríais á los del doctor si pudiese decirme la verdad..... Vos me la diréis, ¿verdad? Sois bueno, véis mi sufrimiento y tendréis piedad de mí..... ¡Carlos, respondeme! ¡mi buen Carlos, amigo mío!.....

Y sentía caer sobre mis manos, que ella retenía entre las suyas, sus lágrimas abrasadoras.

Me sentía desfallecer, estaba vencido, y ya iba á confesarlo todo, cuando el señor Conde entró bruscamente, y viendo á su mujer á mis pies, fué atacado de un acceso de cólera tal como no le había visto nunca.

—¿Qué significa esto?—exclamó fuera de sí.—¿Qué hacéis á los pies de ese lacayo?

—No es un lacayo—exclamó la señora levantándose;—es nuestro fiel y cariñoso servidor.

Y explicó rápidamente los hechos, insistiendo en saber lo que había sido de *Zamora*.

Para que el Conde hubiera podido sostener sus artificios, hubiera sido preciso que se dignase mentir, y, por hábil que fuese en ocultar la verdad, su orgullo no se podía humillar hasta la mentira. Se podía decir que toda su habilidad consistía en producir los hechos y en fingir que los sufría sin estar en situación de explicarlos. Comprometido esta vez, encontró más fácil encolerizarse que responder, y declaró á su mujer que se iba á volver loca, puesto que en lugar de sufrir su dolor con la dignidad de que él la había creído capaz, corría á los caminos para interrogar á los transeuntes ó consultar á los charlatanes. Ridiculizó agriamente

los experimentos de sonambulismo y la acusó de abandonar á su hijo vivo para correr tras un fantasma. Por fin la ordenó que al día siguiente estuviese dispuesta á partir para Italia, pues no quería que diese en Sevines el triste espectáculo de su demencia.

—¡Dios mío—le respondió aterrada la Condesa;—y sois vos quien me habláis así porque quiero encontrar á nuestro hijo!

—*Vuestro hijo*—respondió el Conde—ha sido buscado minuciosamente, y jamás será encontrado. Someteos á la voluntad de Dios.

Y sintiendo que una palabra más de la Condesa iba á hacerle estallar, se retiró, ordenándose que le siguiera.

Yo encontraba que había acentuado mucho aquellas dos palabras, *vuestro hijo*, y que su fisonomía había revelado los amargos celos que sentía su alma. ¿La habrían chocado á la Condesa como á mí? Julia, que era lista, ¿no había adivinado la verdad?

—Os habéis hecho traición—dije al Conde cuando estuvimos solos en su despacho.

—¿Qué importa?—respondió haciendo pedazos su magnífico tintero de porcelana de Sevres.—¿No es tiempo de que comprenda que no soy un necio,

y de que me libre de esta persecución? ¡Ella sí que lo es, por demasiado simple ó por demasiado audaz! ¡Sepa, pues, que soy su juez, y sienta que soy su amo!

—Pensad, señor Conde, que el día que conozca vuestras sospechas no dudará de la existencia de su hijo y llegará á descubrirle.

—Yo lo evitaré. Mañana saldrá para Percuse.

—Está aún enferma; Julia la oye hablar y sollozar todas las noches, atacada por la fiebre.

—Muerta ó viva, partirá mañana y partirá sola. Yo me quedaré con Roger, porque no quiero que oiga y vea esas aberraciones.

—Señor Conde, ya estáis bastante vengado; lo habéis dicho. ¡No comencéis de nuevo! Id á buscar á la señora y decidse todo, que estoy cierto que ella se justificará.

—Carlos, queréis hacerme traición. ¡La Condesa os ha ganado y ya no me pertenecéis! Es preciso separarnos. Vuestra misión está cumplida, vuestra existencia asegurada; ¡adiós!

Debí aceptar aquella ruptura, pero no pude resolverme. Amaba á los dos esposos, amaba á los dos niños, y no tenía otras afecciones sobre la tierra. Era ya como esos criados viejos que se creen de la familia y no quieren otra. Rehusé mi licen-



cia, rehusé mi fortuna y mi libertad, prometiendo obedecer á mi amo y no dejarme enternecer.

Peró creí deber preservar á la Condesa de un nuevo dolor, y yendo á su cuarto la hablé así:

—El señor Conde se ha afectado mucho al ver el estado de ánimo de la señora; teme que Roger se resienta algo con esto, y parece decidido á hacer partir á la señora sin su hijo. En nombre de mi respeto y de mi adhesión á la señora, la suplico que renuncie á la esperanza de encontrar á Gastón, á fin de evitar el dolor de ser separada de Roger.

## XXXVII.

La pobre señora tembló de pies á cabeza, como un arbolillo sacudido por el huracán; después, haciendo un gran esfuerzo para hablarme, me dijo:

—Gracias, Carlos. Veo vuestra amistad por mí, y os la agradezco. Me someto á todo por el cariño de Roger. Decídselo así al señor Conde, y rogadle que no me mortifique.

—Mejor sería—repliqué—que fuese la señora misma á decirle lo que piensa hacer.

—Iré—me respondió, tomando de repente una resolución.—No quiero ya tener miedo.

—Pues id en seguida; no dejéis tiempo al señor para tomar una de esas resoluciones irrevocables.

—Voy, voy. Gracias, Carlos; tengo fe en vos, porque conozco que sois mi amigo.

Y la pobre mujer fué á buscar á su juez.

Yo esperaba una explicación completa, que por violenta que fuese, me parecía preferible al mudo disimulo que iba á establecerse entre ellos; pero la Condesa, ya porque no hubiese comprendido á su marido, ya porque le hubiese comprendido demasiado, se encerró en la promesa de no obrar en nada de manera contraria á sus intenciones.

—A ese precio—respondió el Conde abriendo la puerta, lo cual me permitió oír el final de su conversación—os dejaré llevar á Roger. Estad segura de que el cuidado de vuestra salud y vuestra dicha me preocupa, y que obraréis contra vuestros propios intereses siempre que tratéis de sustraer á mi aprobación vuestras acciones y proyectos.

La pobre Condesa juró que no volvería á hacerlo, y se preparó para la marcha. El señor me había designado para acompañarla, pero yo le supliqué que me dispensara de éllo, pues no podía creer que la señora renunciara á interrogarme, y no me sentía ya con fuerzas para callar. No confesé hasta qué punto me había turbado la con-

fianza de aquella mujer suplicante é infortunada; pero el Conde lo adivinó tal vez y me dejó á su lado, siendo José el elegido para acompañar á la Condesa.

La venta de la posesión se hizo con rapidez, pues tanta vacilación como el Conde había tenido antes al pensar en deshacerse de ella, tenía ahora de prisa en evitar las preguntas é insinuaciones de toda clase de que se veía objeto.

Las desesperadas pesquisas de la Condesa, después de haber obrado sobre la imaginación de los aldeanos, hacían gran efecto entre la aristocracia del país, dando lugar á comentarios diferentes entre los vecinos más ó menos próximos del Conde. Las personas que no le querían, que desgraciadamente eran muchas, le tenían por excéntrico y decían que si la Condesa estaba loca, como él daba á entender, era, á pesar de eso, la más cuerda de los dos. Aquellas personas hostiles le creían capaz de todo, y hasta pensaban que era muy fácil que él hubiese quitado el hijo á su madre para ensayar en él un sistema de educación conforme á su espíritu paradójico. En fin, la muerte de Gastón, aceptada al principio como una desgracia fortuita, se ponía ahora en duda. Julia había sido muchas veces expansiva con gentes menos dis-

cretas que yo, y como participaba de las esperanzas de la Condesa después de haberlas hecho nacer para consolarla, había confesado que el Conde la causaba siempre miedo y había insistido en el punto de la desaparición de *Zamora*, caballo de treinta mil francos, decía ella, que José había creído vendido por mí, según las órdenes de su amo, pero que nadie del país había comprado ni visto.

Fastidiado el Conde de que le dirigiesen tantas preguntas sobre el mismo asunto, apresuró la venta. Su primer cuidado fué la traslación de los féretros de sus padres, que no se atrevía á llevar á Normandía, y que de pronto se decidió á enviar á Flamarande.

Algún día puedo vender Menouville—me dijo cuando su resolución estuvo tomada,—pero jamás venderé mis rocas de Flamarande, que sólo para mí tienen valor. Mis reliquias de familia estarán mejor allí. Id, Carlos. Restaurad la capilla que hay al pie del torreón, y yo os enviaré los féretros para que los instaléis. Buscadme un hombre de confianza que tenga un coche grande y buenos caballos.

Acepté esta comisión que, sin separarme para siempre de mi amo, me aseguraba dos ó tres me-

UNIVERSIDAD NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Méx. 1925 MONTERREY, MEXICO

ses de libertad que me hacían mucha falta, pues me sentía enfermo y la estancia en Sevines me era odiosa.

El señor Conde debía seguir allí todo el tiempo necesario para la terminación de la venta, después de lo cual iría á reunirse con su esposa y su hijo y pasaría el verano con ellos á orillas del lago Trasimeno. Luego, á mediados del otoño, debíamos reunirnos todos en París.

### XXXVIII.

Me dirigí, pues, á Flamarande, impaciente por volver á ver á mi pequeño Trinidad y por descansar de las emociones que tanto me habían trastornado. La más terrible había sido ciertamente la que me habían hecho las preguntas y los ruegos de la Condesa de Flamarande. Esta tierna madre, cuya desesperación había yo causado, y que en lugar de maldecirme me tendía las manos y me llamaba su amigo, estaba siempre ante mí. En vano durante cuatro años había yo tratado de evitar sus miradas, y en vano había arreglado mis ocupaciones con gran arte para que no tuviese ocasión ni de notar mi existencia, pues

había llegado el momento en que era preciso ser algo en su vida y ser alguien para ella. Durante cuatro años su primera pregunta se había presentado á mí como un terror, y ahora el recuerdo de aquella escena era para mí un suplicio.

Tenía sueños horribles todas las noches, en los que sentía mi corazón estrellarse contra aquel corazón maternal que tan cruelmente había yo desgarrado..... y experimentaba terribles inquietudes. ¿Estaría la Condesa gravemente enferma? ¿Se volvería loca quizás? Y el pobre Roger, abandonado á los criados, ¿tendría necesidad de mí? ¡Ah! ¿por qué les había yo retirado cobardamente el concurso de mi cariño?

Al hacer uso de mi libertad estaba en la más triste situación de ánimo.

La vista de Trinidad me reanimó. Había crecido mucho y su belleza atraía todas las miradas. Yo había llegado á Flamarande sin avisar, para asegurarme de si estaba bien cuidado y le trataban bien. Le encontré limpio y sano y sabiendo casi hacerse entender en francés y en el dialecto del país, habiendo olvidado sus Alpes y su nodriza y no conociendo otra familia que la de Michelin, ni otro país que las rocas de Flamarande, y aceptado por los habitantes de los alrededores

ses de libertad que me hacían mucha falta, pues me sentía enfermo y la estancia en Sevines me era odiosa.

El señor Conde debía seguir allí todo el tiempo necesario para la terminación de la venta, después de lo cual iría á reunirse con su esposa y su hijo y pasaría el verano con ellos á orillas del lago Trasimeno. Luego, á mediados del otoño, debíamos reunirnos todos en París.

### XXXVIII.

Me dirigí, pues, á Flamarande, impaciente por volver á ver á mi pequeño Trinidad y por descansar de las emociones que tanto me habían trastornado. La más terrible había sido ciertamente la que me habían hecho las preguntas y los ruegos de la Condesa de Flamarande. Esta tierna madre, cuya desesperación había yo causado, y que en lugar de maldecirme me tendía las manos y me llamaba su amigo, estaba siempre ante mí. En vano durante cuatro años había yo tratado de evitar sus miradas, y en vano había arreglado mis ocupaciones con gran arte para que no tuviese ocasión ni de notar mi existencia, pues

había llegado el momento en que era preciso ser algo en su vida y ser alguien para ella. Durante cuatro años su primera pregunta se había presentado á mí como un terror, y ahora el recuerdo de aquella escena era para mí un suplicio.

Tenía sueños horribles todas las noches, en los que sentía mi corazón estrellarse contra aquel corazón maternal que tan cruelmente había yo desgarrado..... y experimentaba terribles inquietudes. ¿Estaría la Condesa gravemente enferma? ¿Se volvería loca quizás? Y el pobre Roger, abandonado á los criados, ¿tendría necesidad de mí? ¡Ah! ¿por qué les había yo retirado cobardamente el concurso de mi cariño?

Al hacer uso de mi libertad estaba en la más triste situación de ánimo.

La vista de Trinidad me reanimó. Había crecido mucho y su belleza atraía todas las miradas. Yo había llegado á Flamarande sin avisar, para asegurarme de si estaba bien cuidado y le trataban bien. Le encontré limpio y sano y sabiendo casi hacerse entender en francés y en el dialecto del país, habiendo olvidado sus Alpes y su nodriza y no conociendo otra familia que la de Michelin, ni otro país que las rocas de Flamarande, y aceptado por los habitantes de los alrededores

como un osito encontrado en el establo y aprisionado como un cordero.

¡El hijo de la duda y de la cólera estaba allí enterrado para siempre! ¡Jamás aquel que la ley le daba por padre consentiría en verle y en acogerle! ¡Nunca su madre besaría aquellos hermosos ojos negros, ni su inocente hermano jugaría con él! Aquella era mi obra, mi trabajo de cariño y mi habilidad. ¡Ah! si las personas que tenían motivo para desconfiar de mí y para maldecirme hubiesen podido sospechar lo que pasaba en mi alma, en mí precisamente hubieran puesto su confianza y su amistad; pero las malas acciones llevan siempre su castigo con ellas. No sería el hombre bastante castigado si habiendo hecho el mal pudiera repararle.

Estaba en Flamarande hacía quince días, cuando Michelin me despertó una mañana diciéndome que «los bultos expedidos por el Conde para mí acababan de llegar.» Aquellos bultos no eran otra cosa que cajas de zinc estañadas que contenían los restos del viejo Conde de Flamarande y de su digna esposa. El mismo coche traía también las dos piedras ó lápidas en mármol blanco y negro que yo debía colocar en la capilla, que estaba ya convenientemente reparada.

Me levanté corriendo, y ya estaban descargando aquellos objetos fúnebres en la misma puerta de la capilla. Todos los hombres del pueblo, deseosos de probar su afección á Michelin, ayudaban al desembalaje y al transporte de las piezas. Una gran carreta estaba parada á la puerta de la capilla, y cuatro fuertes caballos de tiro relinchaban, sacudiendo sus collares con cascabeles, cubiertos de sudor. Los niños de la casa, deseosos de presenciar cualquier cosa nueva, estorbaban á los trabajadores, siguiéndoles en todos sus movimientos y haciéndoles preguntas que no obtenían por contestación más que exclamaciones de impaciencia.

—¿Quieres quitarte de ahí?..... ¡Diablo de chico!

Trinidad no participaba de esta especie de fiebre de curiosidad. Tenía en todo cierta lentitud grave que hacía decir á los Michelin que no movía jamás un dedo sin haber *consultado antes con su cabeza* si debía ó no moverlo. Mis ojos, que tenían la costumbre de buscarle, se fijaron en él. Estaba sentado tranquilamente en la capilla sobre el envoltorio de paja que contenía el ataúd donde estaban los huesos de su abuelo, y parecía reflexionar profundamente.

—¿En qué piensas?—le dije, impresionado por aquella fisonomía, cuya expresión tranquila y soñadora parecía propia de pensamientos y reflexiones de otra edad.

Creyó que le reñía por haberse sentado allí, y se levantó diciendo:

—¡No hago nada malo!

Yo le tendí la mano, pues sabía que no le gustaba que le besaran, y obtenía de él de cuando en cuando que colocase su manecita en la mía. Gastón no era expresivo y no acariciaba á nadie en el mundo más que á Carlotita, mi ahijada, en las rodillas de su madre.

Cuando todo estuvo desembalado, el carretero que había llevado aquellos restos mortales, y en quien yo no me había fijado para nada, vino hacia mí y me dijo con una voz que me hizo estremecer:

—Vamos, señor Carlos, ¿estáis contento de mí? No he roto nada por el camino.

—¡Ambrosio Ivoine!— exclamé levantando la cabeza.—¡Cómo! ¿sois vos?

—Yo soy; he tomado esta comisión en Sevines en casa del señor Conde, que por cierto no me ha reconocido; pero yo he visto con placer que estaba bueno.

—Pero ¿cómo os encontrabais en Sevines?

—Estaba en Orleans empleado de mozo en la Compañía de transportes, y me escogieron para conducir este encargo, porque precisamente me venía yo al país.

—Si; pero no me decís cómo habéis ido tan lejos á buscar trabajo, cuando hablabais de abandonar la vida errante para venir á instalaros en Flamarande.

—He ido porque tengo allí un hermano establecido que deseaba verme hace tiempo; pero ahora vuelvo decidido á instalarme aquí. Ya no soy carretero, ni cazador, ni chalán; soy arquitecto, puesto que he prometido reparar las almenas, y lo cumpliré.

—Las compondréis, Ambrosio, pero seréis pagado. He hablado de eso al señor Conde y me ha dado carta blanca. En cuanto se termine la obra de la capilla, haré que se empiece la reparación de la torre, y allí podréis trabajar.

—¿Como jornalero? No, gracias; no es eso lo que yo quería. Prefiero dirigir á los demás; pero, puesto que vos estáis encargado de eso, ya no hago falta.

—¡Oh! ¡si yo no entiendo una palabra! Vos dirigireis, Ivoine: vamos á hablar de ello mientras almorzamos juntos.

Le cogí del brazo, y conduciéndole al pabellón donde yo comía con la familia, le pregunté lo que pasaba en Sevines.

—Nada que yo sepa más que vos — me respondió— pues he tomado mi cargamento al día siguiente de dejar vos el castillo.

—Es verdad, sí, pues por lo menos habréis tardado quince días por el camino. Y en el país, en Orleans, ¿no había nada de nuevo?

—Siempre las mismas habladurías.

—¿A propósito de qué?

—¡Oh, ya sabéis! del niño perdido, ó robado, ó ahogado. ¡Qué sé yo! Cada uno dice su cosa.

—¿El niño.... de Sevines?

—El niño del señor Conde y de la señora Condesa; un asunto ya antiguo, del que todo el mundo se ha ocupado. Vos sabréis mejor que nadie lo que hay en eso, puesto que estabais allí por aquel tiempo.

—No, yo no estaba allí el día de esa gran desgracia.....

—¿Gran desgracia?..... Según eso, ¿vos creéis que el niño se ahogó?

—¿Y vos, Ambrosio?

—Yo también lo creo. ¿Acaso vivimos en un tiempo en que pueden desaparecer así un niño y

su nodriza? Antes de la revolución, en los tiempos antiguos, no digo..... ¿Conocéis la leyenda del castillo de Flamarande?

—¿Tiene una leyenda?

—Y muy interesante. Os la contaré si queréis.

—Contadla, amigo mío; os lo ruego.

—Es del tiempo del rey Luis.

—¿Qué rey Luis? Porque ha habido muchos.

—La historia no dice cuál; pero he oído decir al cura de Saint-Julien que debe ser del tiempo del rey Luis XII. La dama de Flamarande había dado á luz un hijo, hermoso como un sol; pero por cuánto á su marido se le antoja creer que es hijo del señor de Mandaille, y para probarlo pone un crucifijo sobre el pecho del niño cuando éste estaba durmiendo, y exclama: «Cuando nombre á tu padre, en nombre de Dios te conjuro á que abras los ojos»; y grita tres veces: «¡Flamarande, Flamarande, Flamarande!» El niño no se movió, y entonces el Conde volvió á exclamar otras tres veces: «¡Mandaille, Mandaille, Mandaille!.....» Pero ¿os ponéis malo, señor Carlos?..... ¡Estáis pálido como un muerto!

—Padezco de calambres en el estómago, y será eso; pero no hagáis caso, Ivoine, y continuad. Vuestra leyenda me interesa mucho.

—Pues bien; cuando el señor de Flamarande creyó que Dios, que abandona á tantos maridos á los azares de su mala suerte, hacia un milagro por él, cogió al pequeño Gastón.....

—¿Se llamaba Gastón?

—Sí, Gastón; parece que ése era el nombre de moda en aquellos tiempos, y mandó á sus criados que le matasen; pero ellos tuvieron lástima del pobrecito y le dejaron con la galguita de la dama, que les había seguido á un bosque de las cercanías, que se llama desde aquel tiempo el bosque Gastón. La galguita no volvió; abandonó á sus hijuelos y crió á Gastón, que un día llegó al castillo, crecido y robusto, pero con un aspecto tan salvaje, que asustó á todos. Como no hablaba, no pudo decir quién era, ni nadie lo sospechó tampoco. Quisieron echarle; pero la dama de Flamarande tuvo piedad de él y ordenó que le dieran vestidos y pan. Además obtuvo de su marido que le pusiera á guardar las vacas, y del capellán que le enseñara á hablar y á creer en Dios. Más tarde llegó á ser jefe de las vaquerías de Flamarande; fué un gran hombre de bien y murió como un santo, sin haber conocido nunca sus títulos ni pensado en reclamarlos.

—¿Y cómo hicieron para saber que aquel niño criado en los bosques era un Mandaille?

—No era un Mandaille. Cuando murió y le estaban enterrando, encontraron sobre él una reliquia que su madre le había puesto al cuello el día de su nacimiento. La dama lloró por no haber reconocido á su hijo sino después de muerto, y juró á su marido que la había insultado, pues jamás había amado al señor de Mandaille. Entonces el Conde quiso renovar con el muerto la prueba que había hecho con el recién nacido, y poniendo el crucifijo sobre su pecho, gritó por tres veces «Mandaille», sin que el cadáver se moviese; pero cuando dijo: «¡Flamarande, Flamarande, Flamarande!» á la primera vez el muerto abrió los ojos, á la segunda miró á su padre con aire de reproche, y á la tercera sonrió de un modo compasivo; después volvió á cerrar los ojos para no abrirlos jamás. Entonces el señor de Flamarande lloró; mandó decirle muchas misas y le hizo enterrar en la capilla del castillo, en uno de cuyos rincones está su sepultura con una espada como signo de su nobleza, y un cayado en memoria de su oficio de pastor.

—He visto, en efecto, esa tumba, y Michelin no ha podido explicarme lo que significaba el cayado.

—¡Ah! es que Michelin, como todos los jóvenes, no cree en esas historias; pero su padre la conocía



bien y se la contó al señor Conde vuestro amo. La sé porque se la contó delante de mí la noche del mismo día en que acompañé al señor Conde á la caza.

—¡ Ah, es claro!..... ¿Y la oyó también la Condesa?

—No, no estaba allí; el que la oyó también fué el marqués de Salcedo.

—¿Y les gustó?

—Mucho.

—¿Y vos, Ivoine, creéis en ella?

—No la creo imposible. Alguna pobre mujer recogería al niño y le criaría en secreto por temor al señor de Flamarande. En cuanto á los milagros, se creía en ellos en aquel tiempo, y no hay leyenda que no los tenga. Yo no he presenciado nunca ninguno y no puedo decir ni sí ni no, porque soy muy rudo para razonar en cosas tan elevadas..... ¿Estáis mejor, señor Carlos, y os sentís con más apetito?

Nos sentamos á la mesa, y en vano me esforcé en comer, pues estaba muy conmovido. El relato de Ambrosio había sido para mí una revelación. Evidentemente aquella historia había impresionado vivamente al Conde, apoderándose de su imaginación. Aquel nombre de Gastón dado precisamente al hijo que repudiaba, ¿no era como una idea de

seguir la leyenda? ¿Esperaría, quizá, á que muriese el niño para hacer la segunda prueba?

¿Pero existía esta leyenda? ¿no era alguna burla que me hacía sufrir Ambrosio Ivoine? Éste llegaba de Sevines, donde había podido, al oír las murmuraciones relativas á la desaparición de Gastón, participar de las sospechas de todos. Como chalán que era, debía haberse interesado por Zamora, que había llegado á ser en las leyendas orleanesas un animal fantástico comparable al de la leyenda de los cuatro hijos de Aymon. Decían que aquel caballo había llevado en una noche al Conde, á la nodriza y al niño, desde Orleans á París, donde su amo había puesto á Gastón en los niños expósitos.

¿Pero Ivoine tenía bastante imaginación para inventar una leyenda tan conforme á la realidad presente? Quise cerciorarme bien en este asunto, y fuí por la noche á pasearme á la aldea de Saint-Julien, donde hice una visita al cura y procuré llevar la conversación hacia aquel asunto al visitar las antigüedades de la iglesia. Su relación fué exactamente igual á la de Ivoine, y esto me tranquilizó algo; pero una nueva agitación me aguardaba á los pocos momentos.

## XXXIX.

Un hombre de elevada estatura venía á mi encuentro. Era un aldeano que llevaba un gran cesto y cuyo aspecto no tenía nada de particular; pero á medida que se aproximaba á mí me chocó su aire elegante, y el nombre de Salcedo se escribió con letras de fuego en mi cerebro.

La noche se iba extendiendo poco á poco por el campo y me impedía distinguir su rostro; así es que apreté el paso para verle más de cerca, disponiéndome á saludarle para obligarle á levantar su ancho sombrero que dejaba en sombra su rostro, cuando al volver una roca que me impidió verle algunos segundos, me encontré con que ya no estaba en el sendero. Había desaparecido como lo hubiera hecho un fantasma, pues de un lado la roca cortada á pico no ofrecía ningún intersticio por donde pudiera ocultarse, y por el otro la misma roca se hundía verticalmente en el abismo donde rodaba el torrente. Quedé allí algunos instantes estupefacto, mirando por todos lados y sin ver nada que pudiera explicarme lo que había sucedido. Me preguntaba si no había sido juguete de

una alucinación. Para mí entonces el Conde de Flamarande era un hombre exaltado que estaba muy cerca de la demencia; así es que pensé con horror que aquel estado moral podía ser contagioso.

Volví á tomar el camino del castillo, y ya muy cerca de él ví á Ambrosio, que regresaba también llevando sobre la espalda á Trinidad.

—Hemos venido muy de prisa—me dijo.—¿Qué pieza acechabais allá abajo, que tanto habéis mirado y rebuscado?

—Buscaba—le respondí—el camino que ha podido haber tomado un hombre á quien he visto venir y que vos debéis haber encontrado.

—Sí, hemos encontrado á Simón, el molinero de Saint-Julien. Como no fuera ése.....

—¿Pero por dónde ha podido irse en el sitio que yo le he perdido de vista?

—¿Deseabais hablarle?

—No, sino que pensaba que había podido caer en el precipicio y el ruido del torrente no me había dejado oír sus gritos.

—Cuando Simón se caiga—respondió Ambrosio riendo—será porque alguien le habrá roto las dos piernas.

—Entonces ¿no os inquietáis por si le ha ocurrido algo?

—¿Yo? ¡nunca! Nada me inquieta.

Y volviéndose hacia el niño, le dijo:

—¿Quieres ir sobre mis espaldas? Pues bien, abrázame y te llevaré á cuestas.

Trinidad no se hizo rogar y le abrazó, favor que nunca me había concedido de buena voluntad. Herido en mi afección, se lo hice notar.

—Y sin embargo, mirad—respondió Ambrosio.—Acaba de abrazar á Simón sin hacerse rogar. Sin duda hay fisonomías que le son simpáticas, y con la vuestra no le sucede eso.

¿Existía, en efecto, Simón de Saint-Julien? ¿No era éste un nombre inventado por Ambrosio, que encontraba respuestas para todo con una facilidad admirable?

Cuando estábamos cenando saqué la conversación de los hombres que tenían buena estatura, diciendo que los del país me parecían bajos generalmente.

—Sin embargo—añadí elevando la voz—he visto hoy uno altísimo. ¿Cómo le habéis llamado, Ambrosio?

—Simón el molinero—me respondió también en voz alta y con la prontitud que tenía siempre para dar sus respuestas al acabar la última sílaba su interlocutor.

—¿Habéis visto hoy á Simón?—dijo Michelin.—Es, en verdad, un hombre guapo y bien formado. ¿Cómo será que al pasar no ha entrado á saludarnos?

—Tenía prisa por volver—replicó Ambrosio—porque había ido hasta Mandaille para recoger un pago que tenían que hacerle allí.

Me tranquilicé de nuevo por aquel día; pero á los siguientes, á propósito de las circunstancias más insignificantes, volvía á atormentarme. Verdaderamente, Ambrosio Ivoine parecía jugar conmigo como un gato con un ratón. Algunas veces sus acciones despertaban mis sospechas. Se había instalado en el torreón, donde había llevado sus pobres muebles, y dirigía el trabajo de los obreros con mucha inteligencia y buen humor; pero no estaba siempre allí, y cuando desaparecía, nadie sabía decirme dónde estaba ni en qué se ocupaba. La verdad es que nadie más que yo se ocupaba de esto, y cuando le preguntaba me respondía riendo:

—¿Y quién puede saber lo que hago ni adónde voy, cuando no lo sé yo mismo? Soy el pájaro que tiende sus alas y que vuela por volar. Preguntad al vencejo cuántas veces ha pasado por el torreón al cruzar los aires. Con seguridad que cuando llegue la noche habrá perdido la cuenta; sin embar-

go, lleva su idea, como yo llevo muchas veces la mía; él piensa en atrapar moscas, y yo en llevar la boca cerrada para que no entren.

## XL.

Todas las respuestas chistosas de aquel hombre tenían para mí el sentido de indirectas, y cuando cansado de sufrir procuraba convencerme á mi mismo de que Ambrosio no me hablaba con malicia, me encontraba tonto y poco afortunado.

Veinte veces por día estaba tentado de decirle:

—Juguemos claro y unámonos para devolver ese niño á su madre. Encargaos de hacerle la revelación de un secreto que me pesa y del que os ruego me desembaracéis.

Pero entonces una mala vergüenza me detenía. Tenía el amor propio de haber hecho bien una cosa que al principio me había parecido imposible, y confesar á aquel bohemio que había sido más hábil que yo, me causaba una repugnancia invencible.

Viviendo así entre el remordimiento de mi conciencia y el temor que me causaba ver el triunfo de Ambrosio, me consumía, poniéndome cada vez

más enfermo, de tal manera que me ví atacado de una fiebre altísima que me tuvo en cama cuatro días. Los Michelin me cuidaron afectuosamente; pero el que me curó fué Ivoine, administrándome un brevaie compuesto por él con las hierbas de la montaña, el cual tomé sin tener conciencia de nada, pues durante cuarenta y ocho horas perdí el conocimiento del lugar donde estaba y de las personas que me rodeaban.

Cuando volví en mí, una luz vaga alumbraba mi habitación: miré á mi alrededor con extrañeza, sorprendido de salir de aquel caos de ensueños en que me revolvía y de ver á Ambrosio á mi cabecera.

Le interrogué, y me dijo que había estado muy intranquilo, pero que él conocía aquella fiebre y me había servido de médico. Continué tomando sus medicinas, que me sentaron muy bien, pues al cabo de tres días estaba libre de todas aquellas incomodidades que había experimentado antes.

—Mi querido Ambrosio—le dije una mañana almorzando con un apetito que no había sentido hacía seis meses—no sé si os debo la vida, pero estoy seguro de que os debo la salud. Sé que me habéis cuidado como si hubiese sido vuestro hermano, pasando día y noche á mi cabecera. Quisie-

ra probaros mi agradecimiento; decidme algo en que pueda servirlos.

—Sólo deseo que estéis bueno, señor Carlos— respondió con aire franco;—no necesito nada, á Dios gracias. Sin embargo, tengo el capricho de habitar en este castillo durante mi vida. Ya sabéis que he escogido la familia Michelin como mía: tengo cuatro cuartos ahorrados y no tengo descendencia; mi hermano el de Orleans tampoco la tiene, y yo quisiera morir aquí y dejarlos á uno de los niños, á vuestra ahijada ó á vuestra comadre, ó al pequeño Trinidad, si su familia llega á abandonarle. He hablado sobre este asunto á Michelin y á su mujer, y me han dicho que no tenían inconveniente, si vos lo aprobabais, en que me quedase á vivir con ellos. Ahora á vos os toca decidir, pues aunque ya hemos hablado de ello en broma, ahora es cosa seria. Ya me voy haciendo viejo, y este invierno último me ha molestado mucho el reuma. En el buen tiempo todavía puedo correr los campos; pero cuando lleguen las nieves quiero tener mi guarida donde refugiarme. ¿Os parece bien?

No podía negarme, y demostré hasta alegría en poder servir á Ambrosio Ivoine, aunque esta aparente insistencia en vivir al lado de Trinidad me dió en qué pensar.

En vano traté de arrancarle alguna confesión. Tuve que reconocer que se había apoderado de mi secreto y que era más hábil que yo en guardarle.

Después de todo, esto era muy natural, pues él tenía el papel de generoso, mientras que, en contra de mi conciencia y de mis instintos, yo tenía el papel de traidor en aquella comedia.

Pasé aún seis semanas en Flamarande, sintiéndome allí más tranquilo, y, fuera de mi disgusto constante, más feliz que hacía mucho tiempo.

Los Michelin eran buenísimos, sus hijos me querían, y Ambrosio me distraía con su graciosa charla y su actividad. Mi salud iba asegurándose poco á poco al no tener continuamente el espectáculo de las lágrimas de la Condesa ni el suplicio de las confidencias de su marido. Me pertenecía, en fin, y poco á poco se infiltró en mí la idea de sacudir el yugo que me había sido impuesto.

Tomé la resolución de escribir á la Condesa para informarla de la existencia y de la buena salud de su hijo mayor, con cuyo motivo escribí muchas cartas que luego quemé, en el temor de que fuesen sorprendidas por su marido.

Por otra parte, era una cosa que no podía explicarse por escrito. ¿Cómo atreverse á decir que estaba acusada á una mujer tan pura y tan noble?

¿Cómo evitar que cometiese alguna imprudencia de fatales resultados una madre tan apasionada?

El Conde había encontrado el más cruel de los castigos, caso que su mujer se rebelase; había hablado de quitarla á Roger, y era hombre que lo haría. Decidí estar allí y preparar á la Condesa para esta revelación que no podía encargar que hiciese nadie por mí, y todo esto debía tener lugar á su regreso de Italia. Me aferré á esta resolución, que era para mí la única esperanza para volver á encontrar la tranquilidad de mi conciencia, y me armé de valor, ocupándome de Gastón con profunda ternura.

Desgraciadamente el niño no me quería, y todas mis caricias le encontraban insensible. No era ni brusco ni huraño, pero respondía á mis preguntas con aire de fastidio, y se enjugaba la frente con el revés de la mano cuando yo me atrevía á sorprenderle fijando en ella mis labios.

Su instinto de reserva no se notaba tanto con los demás, porque los aldeanos no son expresivos y nadie demandaba sus caricias. Gastón era el extremo opuesto de su hermano Roger, que mostraba ya un carácter expansivo. Mimado, ardiente, caprichoso, no tenía un minuto de tranquilidad. Era necesario que toda cosa ó persona pasara por

sus manos. Lo destrozaba todo, y en sus juegos se cuidaba poco de si le hacía á uno daño ó no; pero al momento se arrepentía de un modo encantador y acariciaba con pasión, encontrando palabras tiernas y cómicas para consolarle á uno. Sus ruegos eran irresistibles; sus cóleras violentas y sus gracias adorables. Siendo todo emoción, daba á los demás emociones continuas.

Gastón en cambio, apacible y desconfiado, era muy misterioso. Su dulzura era inalterable, no tenía ningún capricho y se distraía estando solo tanto como cuando estaba con los demás niños. Todo parecía interesarle, y se pasaba examinando horas enteras el trabajo de las hormigas ó el de las abejas. Se echaba boca abajo en la pradera para contemplar la verde hierba ó conversar con los grillos. No le gustaban los animales grandes; pero no porque les tuviera miedo, porque á decir verdad, nunca parecía asustarse de nada. Era bueno y cedía todo de buena gana á las niñas de la casa; pero parecía no amar más que á la más pequeña. Recogido y como concentrado en sí mismo, no pedía nunca nada, y si se hubiesen olvidado de darle de comer, se hubiese ido á coger hierbas á la montaña y frambuesas al bosque antes que reclamar su comida.

Allí no extrañaban verle tan diferente de los demás, pues desde el principio le habían visto triste ó resignado al no poder hacerse comprender, y se explicaban perfectamente el trabajo impuesto á un niño que empieza á hablar, cuando de pronto tiene que olvidar un idioma para aprender otro. Decían que ya se pondría alegre cuando pudiera explicarse perfectamente bien; pero aquellas buenas razones no me persuadían, pues veía siempre en él al ser arrancado de su centro y condenado á una existencia contraria á las tendencias y á los instintos de su raza. Los hijos de Susana Michelin habían sido vaqueros y queseros en el seno de su madre; Gastón había sido llevado en carretela y alimentado con bocados de rey antes de nacer. Trinidad no sabía esto, pero lo presentía, y sin dar forma á sus ideas de niño, experimentaba, sin duda, el asombro y quizá el espanto de vivir de otro modo al que hubiese vivido á no ser por el Conde de Flamarande y por mí. Así es que cuando me miraba me hacía bajar los ojos, y al verle negarse á mis caricias, decir:

—Bien hecho: tienes lo que mereces.

Yo había obtenido de mi amo un mes de vacaciones, y me había tomado dos sin pedirle permiso. Temía encontrarme á su lado, y deseaba

verle descontento para tener el derecho de romper. Había respondido de mi deuda paternal, y mis acreedores habían tenido paciencia; pero yo estaba aún bastante joven para obtener un empleo, y el señor Conde sabía muy bien que era demasiado escrupuloso para olvidar mis deberes.

## XLI.

Salí hacia París á fines de Septiembre, huyendo del frío del Cantal, que iba siendo intenso. Hubiese querido llevar conmigo á Ambrosio, con quien, á despecho ó quizá á causa de mis desconfianzas, estaba singularmente unido. Le hice ver que estaba en posición de hacerle medrar, de poderle proporcionar donde ganar su vida, y le dije que no comprendía que se quedase en invierno en la montaña, él, que empezaba á temer al reuma y á querer cuidarse.

—No conocéis nuestros países— me dijo;— sólo el viento es un poco desagradable en las alturas; pero cuando llega la nieve, no sentimos el frío, porque nos encierra en nuestras barracas y nos abriga; algunas veces cubre nuestros tejados con más de un metro de espesor, y entonces nosotros

nos formamos caminos cubiertos para circular de un sitio á otro, y hay pueblos donde se vive así alegremente. Aquí, en Flamarande, no estamos nunca enteramente cubiertos, porque la roca favorece el deshielo todos los días. Sin embargo, se dejan cubrir los establos y allí se acuestan hasta los niños, porque es más sano y más abrigado.

—¿De modo—dije—que Trinidad va á dormir este año en la nieve?

—Bajo la nieve, lo cual es muy diferente; ¿y por qué ese chiquito había de temer el frío más que los otros niños?

—No sé; pero tal vez no esté acostumbrado, porque como decis que es de raza meridional.... si ha sido criado en países más templados.....

Ambrosio se me quedó mirando con tanta fijeza, que temí haberme hecho traición y me apresuré á hablar de otra cosa.

Volví á París por Clermont y esperé merecidos reproches por el mucho tiempo que había empleado en mi comisión; pero el Conde no pareció apercibirse de mi negligencia y no me hizo ninguna pregunta sobre el empleo de mi tiempo. Sólo me informó de lo relativo á la instalación de los restos de sus padres en la capilla restaurada, y pagó la nota de los gastos sin preguntarme por qué

había hecho reparar el torreón al mismo tiempo.

Probé á volverle á hablar de Gastón, y me hizo seña con la mano como para indicarme que aquel asunto estaba en adelante prohibido y no debía jamás hablarle de él.

La Condesa llegó en los primeros días de Noviembre. También ella había estado separada del Conde algún tiempo, pues la venta de Sevines había ocupado á éste más de lo que pensaba, y no había podido ni reunirse con ella en Italia ni mandarla volver á París.

Mi amo no estaba ya celoso, ni nadie hubiera dicho que lo había estado nunca. Tenía muy buen humor. Sus deudas estaban pagadas y su salud era inmejorable. Tenía además una esposa sumisa y un hijo hermosísimo. ¿Qué más podía ambicionar?

Roger estaba más mimado, más diablo y más seductor que nunca. La Condesa estaba muy buena también, y me pareció que había embellecido. Había temido mucho verla volver delgada y triste como á su marcha; pero lejos de eso, la encontré radiante. Sin duda había tomado su partido olvidando á Gastón y dedicándose por completo á Roger, que era todo para ella.

En esta situación, me pregunté si debía turbar



la paz que reinaba en aquella casa con una revelación tan infernadora, y volví á caer en mi abatimiento. Debía mi curación física y moral á la valerosa resolución de consolar á aquella pobre madre, á quien encontraba olvidadiza ó engañada definitivamente. Me sentía, pues, como forzado á quedar criminal para con ella y culpable á mis propios ojos, lo cual hizo aumentar mi timidez con la Condesa.

Me había yo lisonjeado en mis sueños dorados de Flamarande, de conquistar con mi confesión y mi arrepentimiento la benevolencia casi amigable que ella me había demostrado en su dolor, y que yo tenía tanta necesidad de merecer. Por ver su gozo y su agradecimiento creo que hubiera dado mi vida, y lo que es más, hubiese desafiado el furor y el desprecio de mi amo; pero no, la Condesa no pensaba ya en Gastón: estaba contenta, hermosa, y me miraba tranquilamente, hablándome con una dulzura política y fría. Sus ojos no interrogaban ya los míos; su mano no se tendía hacia mi mano; ni una sola orden salía para mí de sus labios. No era ya para ella más que el ayuda de cámara del señor Conde.

Un día la Condesa me encontró en la antecámara puesto en cuatro pies y sirviendo de caballo

al impetuoso Roger, que me tenía cogido por el cuello besándome y dándome taconazos en los costados. Su madre le cogió vivamente en brazos como si hubiera temido que yo le hiciese daño.

—¡Ah, señora!—le dije levantándome—¡no sabéis cuánto amo á los niños!

—Lo sé—me respondió;—sé que tenéis muy buen corazón; pero mimáis demasiado á Roger, y él abusa de vos y se va á hacer malo.

Me pareció que aquel momento estaba predeterminado para mi confesión, y ya iba á suplicar á la Condesa que me oyese particularmente, cuando antes que yo hubiese podido encontrar una palabra para expresar mi intención, había desaparecido llevando en brazos á su hijo, y no tuve el valor de seguirla.

Otro día recibí de manos del cartero una carta dirigida á ella, en la que reconocí la letra de la señora de Montsparre. Estaba resuelto á no servir más de espía, y ya iba á entregar esta carta á Julia cuando el Conde pasó por mi lado rápidamente y la cogió diciendo:

—Seguidme.

Cuando estuve en su despacho me dijo:

—Leedme eso.

Yo no quería; temblaba y mi indignación iba á

estallar; pero no pareció aperebirse, y rompiendo el sobre, me entregó el papel y me dijo:

—¡Leed!

Yo leí.

«Montesparre, 2 de Enero 1846.

«Mi querida Rolanda: tengo que hablaros; estaré en París dentro de algunos días y habitaré donde siempre; allí os esperaré, pues tengo horror á vuestro marido y no quiero verle. No os hablaré de Salcedo, pues ni siquiera sé dónde está, sino de mí. Adivinaréis que deseo pedir os un favor, y cualquiera que sea entre nosotras el pasado, os conozco demasiado para no creer que vacilaréis.

*Berta.*»

—Muy bien—dijo el Conde tomando la carta.—La Baronesa está consolada también y quiere proceder á otro matrimonio. La Condesa de Flamarande no tiene por qué recibir semejantes confidencias. Dadme la cartera donde están las otras.

Yo objeté que todas aquellas cartas suprimidas constituían una imprudencia por parte del señor Conde. Al venir la Baronesa á París era casi imposible que no encontrase á la señora en alguna parte, por retirada que fuese la vida que ésta ha-

cía. Las dos amigas no tardarían mucho en darse sus explicaciones, y la confiscación de su correspondencia despertaría las sospechas de la Condesa de Flamarande.

—No estáis en lo cierto—me respondió el Conde—si creéis que la Condesa no ha adivinado todo lo que no se le ha dicho. La confesión más clara de esto es su silencio, que prueba que acepta su castigo cumpliendo con su deber y procurando reparar su falta. Quiero que en adelante la dejen tranquila; ya va muy poco á sociedad, y creo que aceptará sin sentimiento el dejar de ir por completo. Que reciba en su casa, donde la Baronesa de Montesparre no se atreverá á presentarse; así todos quedamos bien; pero no me habéis dicho, Carlos, que la Baronesa estuviese en Montesparre.

—Cuando yo he hecho mi último viaje no estaba.

—Decían que estaba enferma en el Mediodía—replicó el Conde;—por la carta parece que anda con misterios; será alguna nueva pasión; tiene demasiadas para ser la amiga de una mujer que no debe tener ninguna. Dad orden de que si acaso se presenta, no la reciban.

No dí ninguna orden, y ocho días pasaron sin que oyese hablar de la Baronesa. Me informé como

por casualidad en su hotel y me dijeron que ya había llegado; pero aun pasó otra semana sin que se la viese por allí ni volviese á escribir de nuevo.

El Conde pensó que había renunciado á ver á su mujer, ya porque estuviese justamente ofendida de su silencio, ya porque hubiese olvidado el deseo, un instante sentido, de volver á ver á su querida Rolanda. Esto era, según él, lo más probable. «Las mujeres—decía—son menos dañinas de lo que parecen, porque su ligereza las distrae á menudo de las maldades con que nos amenazan.»

Yo no estaba, en cambio, nada tranquilo. ¿Quién sabía si la de Montsparre tendría ya la clave del enigma? Si no me engañaba, Ambrosio debía haberme reconocido en la *Violeta*, y como después había ido á Sevines, era muy fácil que encontrase relación directa entre mi viaje misterioso y la desaparición del hijo de mis amos. Si el hombre que vi desaparecer como por encanto al acercarme á él, y á quien Ambrosio llamaba el molinero Simón, no era otro que el Marqués de Salcedo disfrazado, y si la Baronesa estaba entonces en Montsparre secretamente, ¿no era probable que aquellas tres personas, unidas entre sí, hubiesen comentado la

aparición extraña de un niño misterioso en el establo de los Michelin? La de Montsparre habría resuelto en ese caso advertir á la Condesa de Flamarande, escribiéndola prudentemente como para pedirle un favor y reservándose darla de palabra una gran alegría.

Era, pues, urgente que me apresurase á revelar lo todo, si quería tener algún mérito, en lugar de quedarme con la vergüenza y la odiosidad de ser señalado por los demás como el objeto de su aversión.

No podía dormir y me sentía otra vez enfermo.

—Es necesario acabar de una vez—me decía;—esta noche ó mañana hablaré.

Pero pasaba la noche y llegaba el mañana sin que yo hablase, temiendo el estallido de la bomba incendiaria que iba á lanzar en aquel hogar tan tranquilo y feliz entonces.

Y por otra parte, ¿cómo hablar en una casa donde todo estaba minuciosamente vigilado por el amo en persona? El Conde no se fiaba ni aun de mí quizá, pues con el mayor disimulo me espiaba lo bastante para comprender que yo no espiaba á mi vez como en otras ocasiones. En Sevines me había visto una vez próximo á revelar su secreto cuando la Condesa se echó á mis pies preguntándome dónde estaba su hijo.

Viendo la imposibilidad de hablar á la señora en su propia casa, pensé hablarla fuera, y me hubiese arreglado para hacerme entender de ella por la portezuela de su coche sin ser oído de José; pero Roger y su niñera, que era una normanda muy curiosa, la acompañaban á todas partes, haciéndome desistir de este proyecto. Me propuse ir siempre donde fuera la Condesa; pero como no era lacayo y no podía subir detrás de su coche, tomé un coche de alquiler que pagué muy bien para que siguiese al otro carruaje. La Condesa hacía muy pocas visitas, y éstas eran casi siempre á hoteles donde los amos recibían en el piso bajo; de modo que no tenía medio de encontrarla en la escalera y de hablarla allí. No iba tampoco á casa de su costurera ni de su modista, porque todas la servían á domicilio. En los paseos públicos llevaba siempre de la mano á su hijo, y allí además no hubiera podido detenerse para hablar con un ayuda de cámara.

Un día que la seguía con mucha esperanza, pues Roger estaba algo constipado y había salido sola, la ví con sorpresa tomar el camino del *Bosque de Bolonia*. El cielo estaba muy oscuro y había mucha humedad, y ni el día ni la hora eran á propósito para pasearse.

Por esta época el bosque no era un parque real á la inglesa, y no tenía lagos, rocas ni cascadas; pero sí árboles, arbustos, paseos donde uno se internaba y donde no penetraba el sol; praderas melancólicas, sitios desiertos, en una palabra, donde se podía hablar con toda seguridad.

Por desgracia no me era posible seguir el coche de la Condesa sino muy de lejos, porque mi cocherero tenía un caballo muy malo, y le perdí de vista al traspasar la puerta Maillot, de que yo estaba lejos todavía. Por pocos carruajes que hubiese aquel día, las señales de las ruedas se entrecruzaban en la arena y tuve que ir á la casualidad con la esperanza de volver á ver su coche.

Aquella maldita arena hizo aun más penosa la marcha de mi caballo. Así es que pagué al cocherero, y saltando á tierra, eché á correr á través del bosque, saltando los macizos para mirar todas las alamedas, fiándome más bien de mi estrella que de mis deducciones.

## XLII.

Así perdí dos horas. Una lluvia fría caía sobre mi cuerpo, y la noche iba extendiendo sus sombras antes que de costumbre. Me había perdido y

Viendo la imposibilidad de hablar á la señora en su propia casa, pensé hablarla fuera, y me hubiese arreglado para hacerme entender de ella por la portezuela de su coche sin ser oído de José; pero Roger y su niñera, que era una normanda muy curiosa, la acompañaban á todas partes, haciéndome desistir de este proyecto. Me propuse ir siempre donde fuera la Condesa; pero como no era lacayo y no podía subir detrás de su coche, tomé un coche de alquiler que pagué muy bien para que siguiese al otro carruaje. La Condesa hacía muy pocas visitas, y éstas eran casi siempre á hoteles donde los amos recibían en el piso bajo; de modo que no tenía medio de encontrarla en la escalera y de hablarla allí. No iba tampoco á casa de su costurera ni de su modista, porque todas la servían á domicilio. En los paseos públicos llevaba siempre de la mano á su hijo, y allí además no hubiera podido detenerse para hablar con un ayuda de cámara.

Un día que la seguía con mucha esperanza, pues Roger estaba algo constipado y había salido sola, la ví con sorpresa tomar el camino del *Bosque de Bolonia*. El cielo estaba muy oscuro y había mucha humedad, y ni el día ni la hora eran á propósito para pasearse.

Por esta época el bosque no era un parque real á la inglesa, y no tenía lagos, rocas ni cascadas; pero sí árboles, arbustos, paseos donde uno se internaba y donde no penetraba el sol; praderas melancólicas, sitios desiertos, en una palabra, donde se podía hablar con toda seguridad.

Por desgracia no me era posible seguir el coche de la Condesa sino muy de lejos, porque mi cocherero tenía un caballo muy malo, y le perdí de vista al traspasar la puerta Maillot, de que yo estaba lejos todavía. Por pocos carruajes que hubiese aquel día, las señales de las ruedas se entrecruzaban en la arena y tuve que ir á la casualidad con la esperanza de volver á ver su coche.

Aquella maldita arena hizo aun más penosa la marcha de mi caballo. Así es que pagué al cocherero, y saltando á tierra, eché á correr á través del bosque, saltando los macizos para mirar todas las alamedas, fiándome más bien de mi estrella que de mis deducciones.

## XLII.

Así perdí dos horas. Una lluvia fría caía sobre mi cuerpo, y la noche iba extendiendo sus sombras antes que de costumbre. Me había perdido y

estaba en un verdadero arenal donde no tenía esperanza de encontrar á la Condesa; no trataba más que de orientarme para ganar la puerta Maillot, cuando detrás de un vivero de pinos oí una voz que me hizo estremecer, y que aunque velada por la prudencia, pronunció claramente estas palabras:

—¡Adiós!..... ¡oh, cuánto os quiero!

¡Era la voz de la Condesa!

Dos personas salieron del macizo; la mujer, tapada y cubierta la cara con un velo, desapareció en la espesura; el hombre, muy alto y con una figura elegantísima que no podía yo desconocer, se alejó lentamente; ¡era el Marqués de Salcedo!

Me lancé tras éste sin ocuparme de disimular, sin embargo de lo cual no se apercibió de mi persecución sino bastante lejos de allí, y entonces, tomándome por un ladrón, armó una pistola de bolsillo. Estaba tan exasperado, que no me importaba jugar mi vida, y continué siguiéndole; pero al no dejar de oír mis pasos detrás de los suyos, pareció incomodado y se detuvo. Prefería ser atacado á ser sorprendido.

Tuve la idea de fingirme un ladrón y de echar á correr hacia él para verle más de cerca y oír su voz amenazadora diciéndome que siguiese mi ca-

mino. Como no era hombre que se asustara, me respondería ciertamente y no tiraría sobre mí si yo no le atacaba, pues estaba dotado de una gran sangre fría; pero entonces me reconocería y sabría que vigilaba sus entrevistas con la Condesa, y se me escaparía, no dejándome averiguar en dónde vivía.

Retardé el paso para tranquilizarle. Estábamos en la alameda de los pinos; la obscuridad iba aumentando, cuando ví los faroles de un coche parado á pocos pasos de allí. Saltó aquel hombre dentro sin decir nada al cochero, á pesar de lo cual tuve tiempo de ver á la débil luz de los faroles, no su fisonomía, sino una barba gris y unos cabellos blancos como la nieve.

¿Me habría equivocado? Aquel no era el joven y hermoso Salcedo; pero entonces, ¿quién podría ser aquel anciano á quien la Condesa daba citas en el fondo de un bosque y á quien decía con acento vibrante de amor y de entusiasmo: «¡Oh, cuánto os quiero!»

El carruaje partió como un rayo hacia la puerta Maillot, y yo me quedé á pie, cansado y en extremo abatido por la emoción. No pude encontrar un coche, viéndome precisado á seguir andando hasta el arco del Triunfo. Allí creí desvanecerme. Me

había olvidado de almorzar, y entré en un restaurant de los *Campes Eliseos* para descansar, más bien que para comer. Me senté en un rincón, entregándome á tristes y dolorosas reflexiones.

¿Era Salcedo el hombre á quien había visto? ¿Por qué no? Bien puede uno disfrazarse con una barba gris y una peluca blanca. Si mi primera impresión no me había engañado, ni en el *Bosque de Bolonia* ni en el sendero de Flamarande, Salcedo estaba en Francia; y si estaba en Francia, era escondido y disfrazado, puesto que ninguno de sus conocidos le había visto ni sabía su regreso. Con la ayuda de Ambrosio habría podido acaso descubrir el misterio que envolvía á *Trinidad*, y dueño ya de él, habría resuelto venir á París, no atreviéndose á escribir á la Condesa para informarla de aquel gran descubrimiento; luego debía haberla pedido una cita por medio de la de Montesparre, y como yo no me ocupaba ya en vigilar la correspondencia de la casa, la Condesa podía muy bien desde hacía ocho días entenderse con su amiga.

¡El hecho estaba consumado! La Condesa de Flamarande lo sabía todo: ya no me quedaba nada que decirle. Debía aborrecerme y despreciarme profundamente. En cuanto á su marido, debía habersele hecho odioso, y su reconocimiento por Sal-

cedo, por el hombre que la había proporcionado el goce de hacerla saber que su hijo estaba vivo, debía lógicamente haber pasado del entusiasmo á la pasión.

—No hay más—pensaba;—esta pasión ha debido nacer durante la última estancia de la señora en Perouse, y allí también la debió recibir las cartas que la han informado de todo, y..... ¿quién sabe si allí habrá recibido también á Salcedo? No es posible que haya venido de Italia tan tranquila y tan bella, sin que una gran alegría hubiese penetrado en su corazón y en su vida. Quizá hubiese estado en Flamarande con Salcedo para ver á su hijo mientras que yo he estado allí. Ivoine es tan astuto como yo, y Salcedo lo es quizá más que los dos juntos: deben haber descubierto el secreto.... no hay duda, todo está concluído, y ya no me queda nada que hacer.

Lo más sencillo y lo más lógico hubiera sido seguir mi primer movimiento y confesar á la Condesa la verdad, como si ésta no supiese nada. No debía en este caso contar con su agradecimiento. En lugar de las palabras de bondad y afeción que hubiera podido merecer, tendría, sin duda, que sufrir los reproches del primer momento; pero no por eso hubiera dejado de conocer que yo había to-

mado gran cariño á su hijo, para llegar á aventurarme á descubrir el secreto del Conde.

De esta manera, en lugar de seguir siendo el verdugo y el enemigo de aquella madre tan cruelmente castigada, me hacía su sostén, una especie de mudo protector entre ella y su marido, y un intermediario cariñoso entre ella y su hijo.

Sí, esto debía haber hecho; pero un inexplicable sentimiento de cólera y de indignación me lo impidió.

—¡Qué estúpido he sido—me dije—al haber creído en la virtud de una mujer tan hábil para ocultar sus emociones y tan ardiente para satisfacerlas! ¿De dónde habré tomado la romántica idea de que era una víctima digna de piedad y de respeto? ¿Qué velo encubría mis ojos cuando acusé á su marido de loco y de injusto? Después del castigo que ha sufrido y de la amenaza de ser separada de su segundo hijo, ¿tendría la audacia de volver á ver á Salcedo y de engañar así al Conde, si no hubiese sido ya antes una esposa culpable? Sí, sí; mi amo ha visto claro; Gastón es el hijo de Salcedo, y yo he servido para una venganza bien fundada. No haré la tontería de arrepentirme por haber ayudado á ejecutarla, ni la cobardía de pedir perdón: he sido un juguete, he estado á punto

de ceder á su prestigio, de caer bajo su imperio, de hacerme el servidor de la mentira y del adulterio; pero todo ha acabado, todo: ahora la desprecio y la odio.

#### XLIII.

Después de dos horas de inexplicable sufrimiento me puse en marcha para averiguar el paradero de Salcedo. Me dirigí á su hotel de la calle de Saint-Honoré, pues aunque sabía estaba alquilado á un banquero alemán, supuse que se habría reservado alguna de las habitaciones. Me informé, y ví que me había equivocado, pues no había reservado para sí ninguna, y hacía ya tres años que nadie sabía de él. Después fui á casa de la Baronesa de Monteparre, donde creí que tal vez podría saber algo, pues conocía bastante á la señorita Susana, su doncella, y sabía que era muy habladora; pero por lo visto, no recibía las confidencias de su ama, y me dijo que no había visto al Marqués de Salcedo, ni en el campo ni en París, desde su partida para el nuevo mundo, tres años antes. Había abandonado la Francia mal curado, y cuando esto sucedió, la Baronesa de Monteparre lloró mucho; pero



parecía haber tomado ya su partido y se preparaba para volver á entrar en sociedad.

Mis investigaciones de aquel día hubieran sido perfectamente inútiles, si no me hubiera asaltado la idea de preguntar á Susana si después de la muerte de su padre y su enfermedad había cambiado algo el Marqués de Salcedo.

—¿Cambiado? ¡pues ya lo creo! ¡Como que se le ha puesto la cabeza blanca!

—Entonces, parecerá un viejo.

—No; conserva siempre su rostro muy joven, y hasta se me figura que estaba así más hermoso y más original; pero si no ha muerto, como desgraciadamente es probable, tal vez, como tantos otros, haya mandado teñir sus cabellos, y nadie podrá figurarse, al verle, que los tiene blancos.

Enterado de lo que deseaba, volví al hotel Flamarande. Eran las once de la noche, y el Conde, que asistía pocas veces al club, había ido á la velada que aquella noche se daba en él. La Condesa estaba sola en sus habitaciones después de haber acostado á Roger, y según me dijo Julia, se distraía leyendo.

Rogué á ésta que pidiese para mí á su señora un instante de audiencia. Hízolo así, y pocos momentos después me introducía en el saloncito.

¿Qué sentimiento me impulsaba á aquella entrevista? Una necesidad vaga, pero imposible de sufrir, me impelia á ella, á pesar de que mi intención no estaba aún formulada en mi aturdida cabeza. Apenas había pensado en el pretexto que iba á dar para haber pedido aquella audiencia, aunque había preparado varios, á fin de escoger luego el que me inspirase su acogida.

Encontré á la Condesa vestida de blanco con un peinador de encajes adornado con lazos de color rosa pálido. Yo sabía que era friolera, y me extrañó este traje impropio de la estación, pues esperaba verla vestida con terciopelo y con pieles. Aquella *toilette* ligera y transparente me turbó. Al volver de la cita debía haberse sentido muerta de frío. Su alma ó sus sentidos exaltados, ¿habían dejado su cuerpo insensible?

La Condesa leía, es decir, fingía leer, pues al oír abrir la puerta, colocó el libro delante de ella á la casualidad. Sin embargo, si estaba agitada, lo disimulaba bien, pues era imposible creer en fingimientos al ver aquella sonrisa tranquila con que me acogió diciéndome:

—¿Qué deseáis, señor Carlos?

—¿Puedo saber si sólo me escucháis vos, señora Condesa?

—Ciertamente, si habéis cerrado la puerta.

—Está cerrada.

—Pues bien; hablad, amigo mío.

En vista de que tenía aquel aire tan bondadoso y confiado, resolví atacarla por el sentimiento, para ver si me odiaba.

—Hace algún tiempo—la dije—me parece que soy desagradable á la señora Condesa.

—¿Vos? de ninguna manera.

—Es que, si disgusto á la señora, dejaré el servicio del señor Conde.

—Haríais mal. El Conde os quiere, y tiene razón. Sentiría en el alma verle privado de vuestros cuidados, pues no había de encontrar otro ni tan inteligente ni que se interesase tanto por él.

—¿Entonces, la señora me tolera en su casa por consideración al señor Conde?

—No os tolero, Carlos; os estimo.

—¡Ah! ¡es posible!—exclamé.—La señora no siente lo que dice.

—No comprendo—exclamó, mirándome como para ver si estaba hablando de veras—quién ha podido inculcaros semejante idea.

—Muchas cosas que han dicho la primavera última en Sevines.

La joven respondió vivamente:

—¡Yo estaba loca en Sevines! No hablemos de aquel tiempo en que ya sabéis que estaba completamente trastornada, y sentiría mucho haberos dicho algo que os ofendiera.

—La señora ha sido, por el contrario, extremadamente buena para mí.

—Pues entonces.....

—Pero me figuro que luego han hablado mal de mí á la señora.

—¿Por qué habían de hablarme mal de vos?

—Acaso sois capaz de hacer una mala acción ó de un mal sentimiento? Yo no lo creo.

—¿No han dicho á la señora que yo había contribuido á la desaparición del.....?

Iba derecho al asunto, arrastrado por una fuerza invencible. Quería confesarme, pero no con la humildad del arrepentimiento, sino que al declarar mi culpabilidad quería hacerla ver que conocía la suya.

Al oirme, la Condesa se levantó bruscamente y me dijo con voz conmovida:

—¡No me habléis de eso, Carlos, os lo ruego! Sevines me ha sido fatal; allí he perdido á mi hijo y estuve á punto de perder la razón. Sé que me habéis compadecido y que encontrabais al Conde demasiado severo; pero no me quejo de él: me ha

hecho un favor impidiéndome alimentar una ilusión y no ocultándome la muerte trágica de mi pobre niño. Ahora estoy resignada, y según mi marido me ha mandado, soporto mi desgracia con dignidad. No me recordéis, pues, esos dolores, si, como creo, me queréis. No os marchéis nunca de esta casa, y creed que podéis contribuir mucho á mi consuelo cuidando y amando á Roger como lo hacéis. ¡Ah! ahora adivino por qué temíais haberme disgustado; porque últimamente os he regañado porque le mimabais: no os censuro nada, Carlos, ¿entendéis? Unicamente os suplico que no miméis demasiado á Roger; pero amadle y no le dejéis. Esto es lo que pienso y lo que os digo sinceramente. Buenas noches, amigo mío; no os volváis á atormentar, y creed que sé apreciaros.

No me permitió replicar una palabra, pues se había levantado y pasado á la alcoba donde dormía Roger.

Despedido con estas palabras de bondad, me retiré más turbado y más descontento de ella y de mí. Lo sabía todo y no se dignaba hacerme reproches. Era á sus ojos como un instrumento inconsciente al servicio de su marido. Si maldecía al verdugo, no quería que nadie lo sospechase; y de mí, que era el arma manejada por él, no se ocupaba

para nada y me perdonaba, ya tranquila y satisfecha, pero siempre desde la altura de su fría benevolencia y de su sistemática dulzura. ¡Ah, qué diferente hubiese sido la escena si hubiese podido decirle que la creía culpable! ¡Entonces sí que la hubiese visto de nuevo arrodillada á mis pies!

—¡Ese momento llegará!—me dije.—La seguiré y la observaré tan bien, que llegaré á sorprenderla con el Marqués de Salcedo. Entonces conocerá que soy algo más que el espía de su marido, pues éste no sabrá nada, y yo solo la condenaré, la asustaré por mi propia cuenta. Que se humille entonces, que me pida perdón, y perdonaré, probando que soy algo más que un *pobre hombre* y un *criado* á quien se debe *estimur*.

Al día siguiente fui á ver á la nodriza para saber si desde los tiempos en que Gastón habitaba con ella en la montaña no había sido visitada é interrogada por algún desconocido.

La nodriza vivía en Villebun, á cinco leguas de París. Allí era propietaria de una casita con un huerto, cuyas frutas y verduras enviaba al mercado. Yo le remitía con regularidad su renta, pues además del capital que le había sido dado para establecerse, el señor Conde la señaló una pensión

para que llevase un nombre supuesto y no se diese nunca á conocer.

Respecto á ella no abrigaba ningún temor, pues me había probado su discreción, y tenía además mucho interés en callar, para declarar el secreto de que era dueña. Hacía ya seis meses que no la había visto ni había oído hablar de ella, cuando supe con sorpresa que había vendido su casita y su jardín, marchándose del pueblo sin decir á dónde iba. Sin embargo, á fuerza de preguntar y de informarme, logré descubrir que habitaba en París, calle *Neuve des Mathurins*, 19. Corrí allí aquella noche misma, extrañando no haber sido advertido por ella de aquel cambio de domicilio.

Me introdujeron en una bonita habitación, elegantemente amueblada, donde encontré á la niñera vestida de seda, perfectamente peinada y calzada como una verdadera parisién. No era ya una lugareña, sino una propietaria que vivía honradamente con su hijo y no pensaba más que en dar á éste la mejor educación posible.

Á la primera mirada que dirigí á ella y á su casa comprendí que había vendido nuestro secreto y la reproché su traición.

—No he hecho nada malo—me respondió.—Me han descubierto no sé cómo, pues yo vivía tran-

quila en Villebon y no iba jamás á París; pero vinieron á preguntarme, á suplicarme y hasta á amenazarme. Me prometieron el doble de lo que había recibido de vos, y añadieron que más tarde harían la suerte de mi hijo. Rehusé; pero cuando ví los billetes de Banco que me entregaba aquel señor tan *comme il faut*....

—¿Un joven alto, de cabellos blancos?

—Justamente; pero no sé ni su nombre, ni su país, ni dónde vive. Me habló del dolor de una pobre madre á quien habían quitado su hijo, y yo cedí. Bien veo que vais á quitarme la pensión; estáis en vuestro derecho, es justo; pero puedo pasar sin ella, porque ahora tengo una renta mucho mayor.

Creí prudente no censurar demasiado la traición de aquella mujer, pues aunque nos abandonaba, aun pudiera habernos causado mayores daños. Me retiré, dejándola creer que el Conde de Flamarande había tenido siempre intención de recobrar á su hijo, y que su esposa se iba consolando con esta decisión.

No dije nada al Conde, lo cual me era muy sencillo, pues no quería que nunca le hablase de Gastón ni hiciese preguntas con este motivo. Además, me había hecho el propósito de no delatar á la

Condesa, ni servir más á la venganza de su marido; no quería turbar la felicidad de la madre que recobra á su hijo, pero sí atormentar y humillar á la mujer en los brazos de su amante.

Seguí todos sus pasos, y llegué á ser más hábil en el triste oficio de espía que un agente de seguridad. Me repugnaba y me cansaba; pero una fiebre interior me impulsaba y me sostenía. ¡Trabajo inútil! La Condesa no volvió sola al *Bosque de Bolonia* ni á ninguna otra clase de citas. Todas sus acciones desafiaban la luz del sol.

Tampoco fué á ver á la Baronesa de Monteparre, y parecía que no tenía nada que ver con ella.

De todas las cartas que escribió, y que me fué posible ver el sobre, ninguna estaba dirigida á la Baronesa ni á Salcedo, ni á ninguna otra persona que pudiese serme sospechosa.

Busqué también á Salcedo en París; pero mis pesquisas fueron inútiles, y si no le hubiese visto con mis propios ojos, ni hubiese sabido que tenía los cabellos blancos, ni la nodriza, sin conocerle, me hubiese revelado su acción y dado sus señas, me hubiese creído un visionario.

## XLIV.

Los primeros días después de la cita del *Bosque de Bolonia* que había sorprendido, y de la explicación que había tratado de provocar, la Condesa me demostró mucho cariño siempre que estuve en su presencia, informándose con interés de mi salud, que se había hecho por entonces muy delicada. Esperaba inspirarla algo de miedo; pero cuando ella vió el aire embarazoso y hasta hurón con que yo recibía sus preguntas, recobró su aristocrático aire de indiferencia.

Tres años transcurrieron así, yo vigilándola siempre, ella no fijando en mí su atención y desafiando todas mis astucias con la franqueza aparente de una conducta ejemplar. Verdad es que sólo en París, durante el invierno, estaba obligada á esta prudencia, pues pasaba todos los veranos en la posesión de Menouville que tenía en Normandía, y allí no la vigilaba nadie porque al Conde no le gustaba mucho, y hacía frecuentes viajes á París, en los que yo le acompañaba siempre. La tranquilidad de mi amo era extraordinaria después de las violentas crisis que había su-

Condesa, ni servir más á la venganza de su marido; no quería turbar la felicidad de la madre que recobra á su hijo, pero sí atormentar y humillar á la mujer en los brazos de su amante.

Seguí todos sus pasos, y llegué á ser más hábil en el triste oficio de espía que un agente de seguridad. Me repugnaba y me cansaba; pero una fiebre interior me impulsaba y me sostenía. ¡Trabajo inútil! La Condesa no volvió sola al *Bosque de Bolonia* ni á ninguna otra clase de citas. Todas sus acciones desafiaban la luz del sol.

Tampoco fué á ver á la Baronesa de Monteparre, y parecía que no tenía nada que ver con ella.

De todas las cartas que escribió, y que me fué posible ver el sobre, ninguna estaba dirigida á la Baronesa ni á Salcedo, ni á ninguna otra persona que pudiese serme sospechosa.

Busqué también á Salcedo en París; pero mis pesquisas fueron inútiles, y si no le hubiese visto con mis propios ojos, ni hubiese sabido que tenía los cabellos blancos, ni la nodriza, sin conocerle, me hubiese revelado su acción y dado sus señas, me hubiese creído un visionario.

## XLIV.

Los primeros días después de la cita del *Bosque de Bolonia* que había sorprendido, y de la explicación que había tratado de provocar, la Condesa me demostró mucho cariño siempre que estuve en su presencia, informándose con interés de mi salud, que se había hecho por entonces muy delicada. Esperaba inspirarla algo de miedo; pero cuando ella vió el aire embarazoso y hasta hurón con que yo recibía sus preguntas, recobró su aristocrático aire de indiferencia.

Tres años transcurrieron así, yo vigilándola siempre, ella no fijando en mí su atención y desafiando todas mis astucias con la franqueza aparente de una conducta ejemplar. Verdad es que sólo en París, durante el invierno, estaba obligada á esta prudencia, pues pasaba todos los veranos en la posesión de Menouville que tenía en Normandía, y allí no la vigilaba nadie porque al Conde no le gustaba mucho, y hacía frecuentes viajes á París, en los que yo le acompañaba siempre. La tranquilidad de mi amo era extraordinaria después de las violentas crisis que había su-

frido. Ya no estaba celoso y vivía en las mejores relaciones con su mujer, aunque ocupándose de ella lo menos posible. ¿Debo confesar que tenía una querida muy en boga, que era una de las reinas del *demi monde*? Sí, preciso es que diga todos los hechos de esta verídica historia, en la que me encuentro investido por mi conciencia del papel de magistrado instructor. El Conde tenía necesidad de una intimidad de aquel género, porque le hacía falta sentir pasión, celos y cólera. Se le presentaban cien mil ocasiones por su dinero, y le ví próximo á arruinarse. Afortunadamente prontó fué suplantado y se acomodó con una persona de menos exigencias, un pájaro de menos vuelos. El Conde la puso una casa donde ella se encontró bastante bien para no darle graves motivos de disgusto.

La Condesa lo supo y no pareció afligirse; su indiferencia fué para mí una nueva prueba de su amor por otro; pero ¿qué hacer para cerciorarme en este asunto? Al cabo de tres años renuncié á saberlo, ó por lo menos quise persuadirme de que renunciaba, preguntándome sin cesar por qué me dejaba devorar así por una idea, y tuve miedo, mucho miedo de encontrar en el fondo de mí mismo un sentimiento de que yo no había querido,

de que no quería aún darme cuenta. Si mis ilusiones me han engañado, mi conciencia no me reprocha de nada hoy que soy viejo, pues jamás he cedido á un pensamiento indigno de un hombre honrado y de un fiel servidor. He creído en este punto obrar siempre con arreglo á las leyes de la moral y de la verdad, y lo que voy á contar dará testimonio de ello.

No había vuelto á Flamarande ni á escribir á los Michelin, y no recibía ya noticias de Ambrosio Ivoine. Gastón me había llegado á ser más indiferente desde que se me representaba protegido y cuidado de lejos por su madre ó de cerca por el Marqués de Salcedo. Después de haber querido mucho á este niño extraño á la familia, le olvidaba, y, como mi señor, le encontraba bien donde estaba; ¡pero sin duda tenía yo necesidad de querer á un niño! Es extraño que no habiendo nunca tenido afición al matrimonio, haya sentido, desde el drama de Sevines, que el amor paternal domine por completo mi vida. Me uní, pues, con una especie de pasión á aquel que yo miraba en adelante como el único hijo de la familia. Hice de Roger un ídolo, mi señor presente y futuro, mi orgullo y mi consuelo.

Cuanto más le mimaba, se me hacía más adora-

ble, porque los niños, aunque digan lo que digan, tienen necesidad de sentirse queridos para querer. Pensaba yo, haciendo justicia á su madre, que ésta amaba al niño con pasión, que pasaba la vida á su lado y que no parecía vivir más que por él; ¿pero se sometería siempre á sacrificar por él á su otro hijo? ¿No llegaría un día en que levantase la cabeza, en que se quejase de haber sido ultrajada por las sospechas de su marido, y en que invocando el apoyo de las leyes para hacer reaparecer al niño desterrado, hiciese valer sus derechos de sucesión á la muerte de su padre legal? En esta hipótesis le llegaría su vez á Roger para ser sacrificado; perdería sus ventajas de hijo único, su título y la mitad de su fortuna. ¡El hijo del Marqués de Salcedo llegaría á ser, por haber nacido antes, el Conde de Flamarande, y tal vez el vengador irritado por su vida de destierro y humillación! ¡Quizás sería el enemigo y el perseguidor de mi querido Roger!

Este temor mantenía mi despecho hacia la Condesa de Flamarande. Temía el despertar de aquella ternura maternal sofocada por la voluntad y sostenida por la esperanza de una pública reparación. He aquí por qué habría querido tener pruebas contra ella, á fin de poder decirle en su

día: «Someteos á las disposiciones de vuestro marido, ú os entrego al juicio de la opinión.»

Viendo que aquellas pruebas no llegaban, me tranquilicé algo, quedando reducido á decirme que la Condesa era más fuerte que yo para manejar una intriga y ocultar un secreto.

## XLV.

Así estuve bastante tiempo, desanimado y no observando casi nada, cuando el señor Conde tuvo que hacer en Inglaterra, á donde fué sin ordenarme que le acompañase. Adiviné que quería instalar allí á su querida y que mi presencia le estorbaba, pues no le había disimulado lo mal que me parecía su conducta y el desprecio que sentía por las *entretenidas*. Me dejó, pues, en París al lado de la señora Condesa, que estaba enferma de una bronquitis y que esperaba su curación para ir á Normandía á pasar la primavera; pero en lugar de mejorarse se puso peor y permaneció encerrada en sus habitaciones. Julia no estaba ya á su servicio porque se había casado, dotándola la señora. Había sido reemplazada por la señorita Hurts, una solterona inglesa que hablaba muy



bien varios idiomas y que por esta causa era muy útil para la educación de Roger.

Elena Hurts era una persona dulce y fría, que hablaba el francés con dificultad y con repugnancia, según ella; pero en el fondo esa repugnancia nacía de que no le gustaba la conversación, y desconfiaba de mí de tal modo, que por más que hice no pude saber en qué se ocupaba la señora, ni si estaba enferma en realidad.

Llegó un día en que la Condesa tuvo que guardar cama, según lo que decía Elena; y yo, sintiéndome sorprendido é impaciente por esta reclusión, me aventuré á demostrar alguna inquietud y á preguntar por qué Elena no llamaba al médico.

—La señora no quiere—respondió la inglesa;—sigue sus prescripciones, preservándose del frío y absteniéndose de hablar.

Y volviéndome la espalda, entró en las habitaciones de la Condesa.

No tenía ningún pretexto para seguirla, pues no entraba nunca en aquellas habitaciones, ni tenía ninguna otra ocasión de verla, pues no me ocupaba ya de sacar á Roger á paseo; tenía éste ocho años, y el señor Conde le había puesto un preceptor, aun cuando no le necesitase, por cuidarse su madre de darle la instrucción conveniente á su edad.

Aquel preceptor era un sacerdote extranjero, español, á juzgar por un ligero acento; era hombre dulce, puntual, tranquilo y callado como un muerto con las gentes de la casa. No era posible saber si agradaba ó no á la Condesa, porque había sido escogido por su marido; al parecer, no había motivo de discusión entre ellos sobre la educación de Roger.

El niño seguía viviendo en las habitaciones de su madre. Tomaba sus lecciones en el salón particular de ésta, y el abate le paseaba cuando ella no podía salir. Roger comía con la Condesa, y el preceptor comía y dormía fuera de casa; pero pasaba el día en ella, y observé que aunque del hotel de los Condes salía á las seis de la tarde, no entraba en su casa hasta las diez de la noche.

Inquieto con la desaparición de la señora, pues pasaron cuatro días sin poderla ver, me decidí á interrogar al niño una mañana que le encontré en la galería montado en su caballo de madera.

Pareció sorprendido de mis preguntas.

—Mamá está mejor—me dijo.

—¿Come algo?

—¡Claro! ¿cómo había de vivir, si no comiese?

—¿Almorzais siempre con ella?

—No; desde..... desde hace no sé cuántos días come en la cama, y yo con Elena en el salón.

—Pero la veréis todos los días, ¿verdad?

Roger me miró asombrado y confuso, como si le hiciese recordar á su madre ausente y olvidada.

—Voy á darla un beso—me dijo.

Y se fué corriendo.

No le detuve, pero me repugnaba descubrir por aquel niño querido la ausencia de su madre. Le volví á ver por la tarde y no le pregunté nada, reprochándome haberle dicho demasiado, y tranquilizándome algo al verle alegre y juguetón como de costumbre.

Dos días pasaron así. El cocinero preparaba las pequeñas comidas de la enferma. El mozo de comedor las llevaba á la antecámara, donde las recogía Elena, dejando luego los platos vacíos en el mismo sitio. Las visitas se despedían á la puerta, sin excepción, y había orden de decir que la Condesa estaba en el campo.

Al día siguiente Roger fué á buscarme á la galería; en seguida noté que estaba algo triste.

—Dime—exclamó, echándome los brazos al cuello,—cuando una persona está enferma, ¿está también enfadada?

Y al ver que no le comprendía, añadió:

—Mamá no quiere que la vea ni que la bese.

—Pues qué, ¿no la besasteis ayer?

—Ni ayer, ni esta mañana, ni los días anteriores. Está acostada en su cama, pero mirando hacia la pared, y cuando la hablo, ni me mira ni me contesta. Me ha dado miedo y me he puesto á gritar hasta que Elena me ha cogido en brazos, diciendo: «¡Si seguís gritando así, váis á matar á mamá!» y me ha dado un mono muy bonito, que me ha consolado como puedes figurarte; pero esta mañana no ha querido dejarme entrar, y yo he empezado á llorar todo lo más fuerte que he podido para que mamá me oyese.....; pero no ha dicho como otras veces: «¿Qué tiene el niño? No le contrariéis.» No sé si mamá estará enfadada porque hago ruido, ó estará muerta y Elena no querrá darme.

El niño me comunicó sus temores y no supe qué responderle.

Entonces el pobrecito se puso á sollozar, repitiendo:

—¡Mamá! ¡quiero ver á mamá!

Se le llevé á Elena, que le cogió y le abrazó, diciendo:

—Sí, sí, vamos á verla.

Y se fué con el niño, cerrando bruscamente la puerta.

Interrogué á Pablo, el mozo de comedor de la señora.

—Estoy inquieto—le dije—porque si la señora está verdaderamente enferma, mi deber sería avisar al Conde.

—No sé más que vos—me respondió;—porque nunca entro en las habitaciones de la señora, por ser Elena la que hace todo su servicio. Escribid al señor Conde si creéis deber hacerlo; pero yo en vuestro caso no lo haría, porque veo á Elena tranquila y sin ninguna tristeza, distraendo en el salón al niño, que alborota y hace ruido, cosa que no le permitirían si la Condesa estuviese realmente enferma.

No me atreví á mostrar mis dudas; pero estaba convencido de que la Condesa no estaba en la casa desde hacía ocho días, y de que Elena ponía un paquete de trapos en la cama para hacer creer á Roger que su madre estaba acostada.

Para mí, esta ausencia misteriosa era un hecho que probaba claramente el mal proceder de la Condesa.

Yo hubiese podido escribir al marido y hacer arrojar de la casa á la confidente; pero me había propuesto no perseguir más á la señora, y no hice nada, contentándome con estar á la expectativa,

esperando la hora de su regreso, pues éste tendría lugar tarde ó temprano, y era algo más difícil entrar que salir sin ser vista.

Aquella misma noche, á eso de las diez, como yo estaba en observación, ya en el patio, ya delante de la casa, fingiendo jugar con el perro, ví una mujer que llevaba un velo por la cara, mal vestida, y que parecía encorvada por la edad, pasar por delante del portero sin decir nada, y subir la escalera de servicio del primer pabellón de la derecha, que era el ocupado por la Condesa.

Me lancé en su seguimiento.

A pesar de su espalda encorvada y de su pesada marcha, subió tan rápidamente, que no llegué á alcanzarla, y sólo ví cerrarse la puerta de servicio por donde acababa de entrar.

## XLVI.

Bajé otra vez corriendo y reprendí al suizo por haber dejado pasar á una persona desconocida.

—¡Pero si la conozco perfectamente!—me respondió;—es la tía de la señorita Elena, que viene á verla muy á menudo, y es una inglesa ya vieja que parece muy buena.

¿Qué hacer y qué decir, á menos de provocar un escándalo? Yo estaba completamente seguro de que la Condesa había faltado de su casa todos aquellos días y de que era la misma que acababa de entrar; pero ¿cómo probarlo?

Al día siguiente por la mañana Roger había visto y abrazado á su madre y estaba alegre y satisfecho.

Llamaron al médico, porque, según Elena, la señora se sentía mejor y quería preguntarle si podía levantarse y tomar el aire. El doctor encontró á la enferma curada y la ordenó un paseo en coche, aconsejándola que se fuese cuanto antes al campo.

Yo había entablado una aparente amistad con el portero de nuestro hotel, lo cual me servía de pretexto para vigilar la portería y el patio.

A la una salió la Condesa con Roger, Elena y el abate. Estaba fresca como una rosa y no se notaba en su rostro la más leve huella de enfermedad. Sin embargo, si había vuelto de Flamarande, debía estar fatigada; pero sin duda la alegría de haber visto á Gastón y de encontrar á Roger la impedían sentir cansancio.

¿Estaba yo loco, ó había adivinado?

—Si ha estado en Flamarande—pensé— allí es donde debo ir á buscar la verdad. Si ha estado

sola, la absuelvo; pero si ha ido con Salcedo, me pongo en guardia y busco una prueba para salvar á Roger de compartir su herencia con ese advenedizo.

Tenía libre casi todo el día, pues desde que el señor Conde estaba ocupado con sus queridas (á quienes no quería yo servir en modo alguno), no era en su casa más que un funcionario de lujo; así es que en cuanto la Condesa salió para Normandía, partí para Auvèrnia.

Pasé por Montsparre para saber si la Baronesa estaba allí, en cuyo caso podía haber sido ésta la que hubiera favorecido la entrevista entre la Condesa y su hijo.

Me informé prudentemente, y supe que en el castillo esperaban pronto la llegada de la Baronesa, pero que aun no había nadie en él.

Hacía aún fresco por las noches y las mañanas; pero por las tardes el sol daba un dulce calor, y el cielo, de un azul vivo, rayado de ligeras bandas blancas como la espuma, estaba admirable. La nieve, deshelada en parte, dejaba al descubierto vastos espacios de un verde brillante, y los arroyos, no contenidos ya por sus témpanos de hielo, corrían murmurando alegremente. Los torrentes desbordados por este rápido deshielo, formaban

magníficas cascadas. Nunca me había parecido el país tan hermoso como en aquellos días de esa primavera tardía, pero repentina y enérgica, de la montaña. Tuve, pues, gran placer en hacer á pie la difícil travesía de Montsparre á Flamarande.

Hacia las tres de la tarde me encontraba ya á poca distancia del castillo, cuando ví que se abría á mi derecha un sendero en el que nunca me había fijado, á pesar de haber cazado á menudo en todas las cercanías del castillo. Como tengo una gran retentiva para recordar lugares, pronto me aseguré de que aquel sendero no existía durante el tiempo de mi última estancia en Flamarande, y como yo estaba á la husma de todo indicio favorable á mis pequisas, me interné resueltamente en aquel sendero que trepaba en la roca por escalones que parecía haber hecho la naturaleza, desembocando en un desfiladero sin salida.

Ya iba á volver sobre mis pasos, cuando ví que la roca había sido cortada con zapapicos y podía, merced á esto, ganarse su cumbre.

—Si no me engaño—pensé—esta cortadura debe desembocar en el circo de Mandaille.

Calculé bien, porque después de haber trepado por varios montículos superpuestos, me encontré frente á un anfiteatro lleno de pedriscos que jamás

había explorado, pero que había visto muchas veces desde la cima de alguna montaña próxima. Era un desierto en medio de las montañas. Así es que mi asombro no tuvo límites al descubrir á alguna distancia de mí una pequeña construcción que no existía tres años antes. Era una casita rústica más elegante y mejor construída que las del país. Aquella construcción nueva en una región sin habitantes me pareció una cosa bastante rara y digna de estudio.

Me aproximé, y no viendo á nadie, eché una mirada por el cercado. No era más que un vivero de arbustos y de árboles de la montaña, pinos, álamos y castaños que se cruzaban entre sí, como si el propietario, habiendo comprado aquel bosquecillo, no hubiese tenido aún tiempo de arreglarle y hacerle un jardín.

Apercibí una explanada y ví hacia el centro una tierra accidentada cubierta de plantas silvestres sin ningún vestigio de cultura. Me dirigí á la casa y tuve que dar la vuelta para encontrar la puerta, que no estaba en el sendero, y á la que no se podía llegar sin atravesar el arroyo por unas piedras colocadas á manera de puente.

Nada más bonito y pintoresco que aquella casita rústica; porque aunque la construcción no tenía

nada de particular, el sitio era delicioso para mí, que poco á poco había ido aprendiendo á conocer la naturaleza.

Una pradera esmaltada de flores se inclinaba de un lado hasta uno de los bordes del torrente, y por el otro se elevaba en suave pendiente hasta los primeros salientes pedregosos de la montaña. Los macizos de árboles estaban tan bien dispuestos y tan bien iluminados por el sol, que cualquiera se hubiera creído en un jardín inglés artísticamente arreglado para imitar á la naturaleza en lo que ésta tiene de más puro y más hermoso. Allí no había, sin embargo, lo que se llama puntos de vista. La montaña que formaba un desfiladero, presentaba luego un circo poco elevado que se podía abrazar de una mirada. Los bosques que marcaban el límite entre las últimas cuestas de la pradera y la roca desnuda, formaban una cinta irregular del efecto más encantador; varios arroyos procedentes del torrente *Jordanne* bajaban en ruidosas cascadas, reuniéndose á poca distancia de la casita para volverse á dividir más allá, formando otras cascadas cuyas diferentes notas se unían en una salvaje y al mismo tiempo dulce armonía. Lo que yo había tomado al principio por un cercado, no era sino una pequeña isla incul-

Por encima de las grietas volcánicas que cerraban el recinto aparecían las cimas de las montañas más elevadas: el pico *Marie*, los picos *Grión* y *Chavaroche*. Por aquel lado parecía imposible salir del recinto; pero hacia el Mediodía, por un intersticio de las colinas llenas de árboles, en medio de las cuales los diferentes arroyos del *Jordanne* habían formado gargantas y barrancos llenos de vegetación y de frescura, apercibí á vista de pájaro el castillo de Flamarande, que distaría de allí un kilómetro. Su base se perdía en una bruma que probaba corrientes más importantes del *Jordanne* alrededor de la montaña. Lo alto del torreón se dibujaba claramente en el cielo. A no dudar, si había por allí un sendero practicable, en diez minutos podía encontrarme en el viejo castillo.

XLVII.

El sol estaba demasiado alto todavía para permitirme explorar aquel encantador y singular refugio sin temor de ser sorprendido por la noche en medio de los escabrosos senderos que me habían conducido hasta allí, y que hubieran sido

nada de particular, el sitio era delicioso para mí, que poco á poco había ido aprendiendo á conocer la naturaleza.

Una pradera esmaltada de flores se inclinaba de un lado hasta uno de los bordes del torrente, y por el otro se elevaba en suave pendiente hasta los primeros salientes pedregosos de la montaña. Los macizos de árboles estaban tan bien dispuestos y tan bien iluminados por el sol, que cualquiera se hubiera creído en un jardín inglés artísticamente arreglado para imitar á la naturaleza en lo que ésta tiene de más puro y más hermoso. Allí no había, sin embargo, lo que se llama puntos de vista. La montaña que formaba un desfiladero, presentaba luego un circo poco elevado que se podía abrazar de una mirada. Los bosques que marcaban el límite entre las últimas cuestas de la pradera y la roca desnuda, formaban una cinta irregular del efecto más encantador; varios arroyos procedentes del torrente *Jordanne* bajaban en ruidosas cascadas, reuniéndose á poca distancia de la casita para volverse á dividir más allá, formando otras cascadas cuyas diferentes notas se unían en una salvaje y al mismo tiempo dulce armonía. Lo que yo había tomado al principio por un cercado, no era sino una pequeña isla incul-

Por encima de las grietas volcánicas que cerraban el recinto aparecían las cimas de las montañas más elevadas: el pico *Marie*, los picos *Grión* y *Chavaroche*. Por aquel lado parecía imposible salir del recinto; pero hacia el Mediodía, por un intersticio de las colinas llenas de árboles, en medio de las cuales los diferentes arroyos del *Jordanne* habían formado gargantas y barrancos llenos de vegetación y de frescura, apercibí á vista de pájaro el castillo de Flamarande, que distaría de allí un kilómetro. Su base se perdía en una bruma que probaba corrientes más importantes del *Jordanne* alrededor de la montaña. Lo alto del torreón se dibujaba claramente en el cielo. A no dudar, si había por allí un sendero practicable, en diez minutos podía encontrarme en el viejo castillo.

XLVII.

El sol estaba demasiado alto todavía para permitirme explorar aquel encantador y singular refugio sin temor de ser sorprendido por la noche en medio de los escabrosos senderos que me habían conducido hasta allí, y que hubieran sido

más difíciles aún de reconocer y recorrer en medio de la obscuridad. Yo estaba acostumbrado á andar largas distancias en un tiempo relativamente pequeño, y trepaba con rapidez por los más empinados senderos; pero no tenía la vista de los montañeses, acostumbrados en general á percibir los objetos en medio de la obscuridad.

No quise abandonar aquella aislada vivienda que excitaba mi curiosidad, sin haberla explorado cuanto me fuera posible. ¿Era en ella donde se escondía la Condesa cuando venía á ver secretamente á su hijo?

Sin duda Ambrosio Ivoine era su confidente y el guardián de aquella casa, que parecía habitada, á pesar de no apercibirse en ella ni una figura humana, ni un perro, ni ninguno de esos animales tan comunes en todas las casas construídas en medio de los campos.

El piso bajo, si realmente podía llamarse así, estaba situado á la altura de uno de los entresuelos de París. Todo el basamento de aquel pequeño edificio era, ó parecía ser, de fuertísima mampostería, destinada, sin duda, á resistir las crecidas del torrente y á preservar las habitaciones bajas de la humedad. Examinando atentamente esta mampostería, descubrí que pertenecía á una anti-

gua construcción, y por algunos detalles en el modo de estar colocados los materiales en obra y las dimensiones de éstos, deduje que era contemporánea de la del castillo de Flamarande. Habían restaurado aquellas ruinas, que parecían pertenecer á algún edificio anejo al castillo, de cuyos restos de mampostería, olvidados, perdidos en medio del follaje, no me había apercibido.

Y estuve más seguro aún de esto cuando encontrándome cerca de la puerta examiné su hueco atentamente y ví que era análogo al de la poterna del castillo de Flamarande. Habían colocado en él una puerta moderna, construída con tablas de pino de tan poco espesor, que acusaba que los dueños de la vivienda no tenían miedo alguno á los peligros de la soledad. La empujé y ví que no estaba cerrada, pues se abrió en seguida sin que rechinasen sus goznes ni hiciese sonar ningún timbre.

Delante de mí se abría una escalera estrecha y muy pendiente, cubierta con una alfombra de esparto que disimulaba las desigualdades de los escalones. Un poco más arriba éstos eran de madera y estaban cubiertos con un tapiz de lana muy antiguo, pero precioso, de esos que llamaban verdura de Auvernia. Debía provenir del castillo,



donde había yo visto algunos parecidos sirviendo de colchas en las camas de los colonos.

Subí sin ruido y me encontré frente á una puerta entreabierta. Adelanté un poco la cabeza y vi una pieza desierta, sencillamente decorada, pero con un gusto y una elegancia que no eran propios de una familia de aldeanos. No había más que una habitación en cada piso. Ésta podía servir á la vez de salón y de comedor. La examiné curiosamente. Esta parte del edificio era recién construída. Una sola ventana, que, de paso sea dicho, estaba abierta, iluminaba aquel aposento decorado con colgaduras grises rodeadas de agremanes y recogidas con magníficas pasamanerías azules. Una gran chimenea de mármol estaba preparada con astillas y troncos para hacer un buen fuego en cuanto se quisiese. Los muebles hacían juego con las colgaduras; pero no había ninguna pintura, ningún cuadro, nada que revelase los gustos ó los recuerdos del propietario. El piso, solado con baldosa, estaba cubierto en una gran parte de gruesas pieles de carnero con lana larga y muy blanca, completamente nuevas, como todo el resto del mobiliario.

Desde la ventana se dominaba todo el paisaje, y á primera vista creí que aquel jardín estaba for-

mado solamente por la naturaleza, sin que la mano del hombre hubiese intervenido para nada en él; pero al fijarme con más detención, algunas piedras colocadas para franquear las corrientes de agua y algunos arbustos extraños á la comarca, plantados á la casualidad, como por ensayo, me probaron que algo había allí de la mano del hombre.

Pero no se veía ni una verdura, ni una legumbre, ni un prado donde pastar los animales, ni una gallina; nada que indicase la explotación ni las necesidades de la vida material.

Habían construído un nido cómodo y tranquilo en pleno desierto y en plena naturaleza.

Seguí observando que aunque había rebaños en las alturas de alrededor, estaban á una gran distancia y no bajaban, como en otro tiempo, á la pradera del circo de Mandaille. Recordé que aquel sitio no era, desde la revolución, una dependencia del castillo de Flamarande, sino que pertenecía á los bienes comunales, aunque los títulos de propiedad estaban á nombre de un particular.

Evidentemente la soledad estaba allí tan bien establecida, que la Condesa podía, bajo cualquier disfraz, ir hasta aquel punto, permanecer en él algunos días, y partir sin que nadie se apercibiese de ello. Respecto á esto había yo hecho algo más

difícil al llevar á Gastón, sin ser visto, hasta el mismo castillo de Flamarande.

En esto estaba de mis reflexiones, cuando oí rechinar encima de mí el ruido de una fuerte cerradura. ¿Qué puerta sería? ¿Entraban, ó se disponían á salir? Me aventaré á mirar por la ventana y vi á Ambrosio Ivoine que metía la llave en su bolsillo. Si hubiese levantado la cabeza, me hubiera visto. Me retiré precipitadamente, y oí extinguirse poco á poco el ruido que producían sus zuecos sobre las rocas. Al cabo de un momento pude verle sin bajar la cabeza. Iba en dirección de Flamarande, dejando á su izquierda el camino que yo había seguido para penetrar en aquellas soledades. Sin duda no había por allí una comunicación más directa con Flamarande.

Evidentemente Ivoine me había dejado prisionero. ¿Habitaba aquella casa, ó iba solamente á abrir las ventanas para que se ventilasen las habitaciones? No me había visto entrar, pues sin duda mientras yo subía la escalera estaba él en alguna de las habitaciones de abajo.

¿Me habría dejado encerrado allí algunas horas solamente? ¿Volvería aquella noche, ó tardaría aún algunos días? Mi situación en este caso podía llegar á ser crítica, pues en aquel desierto sería com-

pletamente inútil gritar pidiendo auxilio. La voz de los pastores y los ladridos de los perros de la montaña no llegaban hasta mí, y del mismo modo mi voz se hubiera perdido en aquellas soledades.

Pero pensé que no era difícil descender de un entresuelo con la ayuda de una cuerda ó de una sábana. Las cortinas de las ventanas podían servirme en caso de necesidad. Por otra parte, habiendo ido Ivoine para abrirlas, era muy posible que fuese á cerrarlas antes de la noche.

Esta idea me tranquilizó, y ya tranquilo pensé que era preciso aprovechar el tiempo buscando en aquella casa el secreto de la Condesa de Flamarande, no sólo en lo que concernía á las entrevistas con su hijo, de las cuales no me cabía duda y no pensaba estorbar, sino de sus relaciones con Salcedo, cuya prueba quería adquirir.

Si no estaba allí esta prueba, que debía ser para mí la garantía de Roger contra las eventualidades del porvenir, en ninguna parte podría encontrarla. Era necesario buscar, explorar minuciosamente el *Refugio*, tal era el nombre de esta mansión, según supe después, que en otro tiempo había sido una dependencia del castillo.

Subí resueltamente al piso superior.

La puerta no estaba cerrada con llave, y por

consiguiente, pude abrirla y penetrar en una especie de despacho sencillamente decorado: una gran mesa de madera, un buró de encina, un sillón de cuero, varias sillas y algunos estantes cargados de libros y plantas componían el mobiliario. Aquella habitación denunciaba á Salcedo.

Toda la floricultura de la montaña estaba representada allí; también había cuadros con insectos y con muestras de minerales. A no dudar, aquel despacho pertenecía á un naturalista, y cada vez me cercioraba más de que estaba en una casa habitada por el Marqués de Salcedo.

Seguí subiendo y me encontré en un granero lleno de trozos de minerales, de botes con simientes secas, de armas y de arreos de caza; pero no había nada que me fuese conocido; ningún objeto, ningún vestigio que indicase la presencia de una mujer.

Volví á bajar al despacho, porque no había visto ningún lecho y quería buscarle; por fin logré descubrir el del naturalista, que estaba oculto por un estante móvil de su despacho, en una pequeña alcoba formada en el espesor del muro. Aquel lecho aristocrático era un resto de las costumbres del hombre de mundo. Podía asegurarse que no era Ambrosio quien dormía allí.

En el salón, análogas pesquisas me hicieron descubrir una alcoba semejante detrás de unas colgaduras, y un lecho aun más lujoso, con almazón, sábanas blancas muy finas dobladas sobre el colchón de damasco blanco, almohada guarnecida de ricos encajes y cubrepiés de raso guatado. Aquél podía muy bien ser el lecho de una mujer elegante; pero ni una flor, ni una cinta, ni un alfiler olvidado lo declaraban.

Volví al despacho del piso superior y fijé toda mi atención primero sobre la mesa; delante del sillón había un libro abierto, y ante la silla que había á su lado, un cuaderno á medio escribir con una letra bastante buena y una ortografía casi irreprochable; en sus tapas se leía el nombre de Trinidad. Era un cuaderno para escribir al dictado, y el libro que estaba á su lado un tratado de geología.

No había duda posible; el Marqués de Salcedo se había hecho el preceptor de Gastón, y el niño debía ir allí todos los días á tomar sus lecciones; pero indudablemente había faltado desde hacía algún tiempo, porque según la fecha de la última lección de dictado, y á juzgar por el diminuto tintero cuya tinta estaba seca, el niño había estado ausente ó enfermo. En el primer caso le habrían

llevado con su madre, y en el segundo su madre habría venido á verle.

Entonces me dirigí al buró del Marqués de Salcedo, colocado en el hueco de la ventana, que era bastante profuado, pues la parte nueva del edificio tenía el mismo espesor que había debido tener la construcción antigua.

Aquel mueble, de fabricación moderna, no tenía cerradura, sino que se abría por medio de un secreto; pero no hay secreto de este género para un ayuda de cámara investido, como me sucedía á mí, con la confianza de su amo. En un momento encontré la combinación, y el mueble fué abierto sin fractura y sin ruido.

Mi corazón latía con violencia. Tan exaltada estaba mi imaginación con la idea de mantener los derechos de Roger, que no sentí en aquel instante ningún escrúpulo. Sólo temí ser sorprendido antes de haber podido encontrar la prueba que buscaba.

El sol tocaba ya la escarpada cima de las montañas arrojando un vivo reflejo; la noche se haría pronto en el circo; vendría gente y..... no me quedaba ni un momento que perder.

## XLVIII.

Lo primero que cayó en mis manos fué una carta fechada aquel mismo día y dirigida á París á la Baronesa de Monteparre. Estaba en un sobre que no habían cerrado.

«El Refugio, Mayo 19 1850.

Admirable y cariñosa amiga: *Decidla* que la convalecencia sigue su curso. Va recobrando poco á poco sus frescos colores y empieza á dar algunos paseitos, que siempre le parecen cortos, por el jardín del castillo. Dentro de muy poco tiempo podrá volver á tomar sus lecciones al *Refugio*, aunque si apercibo en él la más leve fatiga, iré á dársela al torreón. Ambrosio no le abandona un instante y le quiere cada vez más; pero su sueño es menós ligero que el mío, y hasta ahora yo he sido el que ha pasado las noches *velándole*. Hoy he venido á mi casa para contestar á vuestra querida carta, y vuelvo al castillo en seguida. Mañana dormiré por fin en mi lecho, pues mis cuidados son completamente inútiles y empiezo á sentirme algo fatigado. Podéis, pues, escribirme ya al *Refugio*, pues

tenemos ahora un cartero rural de toda confianza que conoce muy bien el camino de mi casa y que no se queja por tener que hacer esta expedición además de su jornada.

»No os diré nada de mi situación moral. ¡*Verla* durante unos días y pensar que quizá pasarán muchos años sin que esto vuelva á suceder.....! No quiero pensarlo. *La* he jurado no dejar á su hijo; me lo había jurado á mí mismo antes de *verla*, y lo cumpliré. Mi vida no me pertenece en adelante, pues le está consagrada para siempre. Ya lo sabéis, me aprobáis y me secundáis. ¡Ah, mi querida Berta, qué corazón tenéis y qué buena amiga sois! Sin vos, me hubiera muerto loco ó idiota, y ahora que después de mi larga agonía y mis tristes viajes he recobrado la salud y la actividad, á vos os lo debo, os debo ser un hombre útil, una fuerza reparadora. Recreaos en vuestra obra. No sé si sigo siendo desgraciado; pero lo que sí sé es que ya no soy débil ni estoy desesperado. Por otra parte, creo que no es ser desgraciado el vivir con un sufrimiento. La felicidad no consiste en la ausencia de los males, sino únicamente en la grandeza ó en la belleza de la idea que nos los hace soportar. Ya no soy cobarde, y si he sufrido tanto, era porque estaba descontento de mí mismo; pero

desde que procuro reparar el mal que he causado, voy recobrando mi energía y esa especie de gozo que siente el que obra con arreglo á su conciencia.

»Ya os habrá dicho *ella* con qué gozo ha abrazado á su hijo; pero lo que no os habrá dicho es el heroísmo con que, sola y en una estación aun rigurosa en este país, ha cruzado á través de las nieves para venir á cuidar al enfermo. Yo no había podido preparar nada para hacerle el viaje menos penoso, pues no quería abandonar al niño ni una hora. Ambrosio ignoraba, como yo, el momento preciso en que había de llegar, y la ha esperado una noche entera cerca de Montsparre, sin dejarse ver en el pueblo, donde todos le conocen. Ha permanecido escondido en un bosque con su carrito hasta que ha recogido á la pobre viajera. La pobre mulilla, que ha sido la única que hemos podido proporcionarnos secretamente, estaba medio muerta de hambre y frío y no podía caminar. Entonces *ella* ha echado á andar con paso rápido y resuelto, cruzando senderos á través de los abismos. Ambrosio la perdió de vista y se asustó mucho; pero por fin, cuando llegó la encontró á la cabecera del niño. ¡Desgraciada madre! No ha podido menos de cubrirle de besos y de lágrimas, llamándole su

hijo, mientras él, sonriéndola radiante en medio de su fiebre, la decía con voz débil:

—»¿Eres mi madre? ¡mi madre!

»Afortunadamente estábamos solos en el torreón, donde *ella* pudo no dejarse ver los días y las noches siguientes, retirándose á una habitación oculta que había hecho arreglar un poco, cuando los Michelin venían á ver al niño.

»Estos no se han enterado de nada, y ella ha podido partir como había venido, á favor de las sombras de la noche. Esta vez Ambrosio pudo tomar mejor sus medidas y la condujo hasta *Saint-Sernin*, donde tomó la diligencia de la mañana. ¡Debió estar rendida! Durante tres días y tres noches no ha dormido un instante, ni aun creo que se haya recostado un momento en el colchón que hice colocar en el cuartito secreto. Creí que durante las visitas del médico y de los Michelin dormiría algunos ratos. ¡Pero no! la encontraba siempre en pie, mirando y escuchando á través de la cerradura. Apenas probaba los alimentos que traían para mí: no sentía hambre, ni sed, ni sueño, ni cansancio. En su rostro no se acusaba el más leve indicio de fatiga; ¡veía á su hijo, y esto la bastaba!

—»Desde hace mucho tiempo—me decía—no he estado nunca tan alegre ni tan fuerte.

»En vano la supliqué que fuese antes de partir á pasar una noche de verdadero reposo en el *Refugio*; no consintió en ello.

—»Todos los instantes de mi vida pertenecen al *uno* ó al *otro*, y nunca descansaré no siendo junto á uno de ellos.

»Á pesar de todas nuestras precauciones, se sospecha algo en Flamarande. El niño ha vuelto á tener un poquito de acceso de fiebre y ha llamado á su *querida madre* que estaba *antes* á la cabecera de su cama. Una hija de los Michelin estaba á su lado en aquel momento, y le dijo:

—»¿Tu madre? ¿estás soñando? si tú no tienes madre!

—»Sí que la tengo.

—»¿Y cómo es?

—»Como las demás mujeres.

—»No; debe ser una señora, porque te envía mucho dinero y regalos.

—»No es una señora: está vestida como tú.

»Yo presenciaba esta conversación, y dije á la niña que Trinidad había soñado y que nadie había ido á verle. Ella lo creyó, pero Trinidad no, y su memoria es probable que permanezca siempre fiel á este recuerdo, sin embargo de lo cual he conseguido, si no engañarle, al menos hacerle

prometer que guardará esta creencia para sí. A pesar de esta promesa, que ha mantenido con la voluntad que caracteriza su admirable naturaleza, la familia Michelin tiene una idea vaga de cierta visita misteriosa. Una de las hijas pretende haber mirado una noche por la rendija de la puerta y haber visto una aldeana hermosísima *que se evaporó en el aire* cuando ella entró llevando una tisana al enfermo. Los padres la dicen que eso es una visión; pero los niños prefieren creer en la vieja leyenda, donde aparece una dama blanca en el torreón de Flamarande, y añaden que viene á proteger á Trinidad y que es signo de prosperidad para la casa.

»Querida amiga, el cartero no llevará ésta hasta mañana, pues hoy se ha pasado la hora. Si hay tiempo, añadiré una posdata. Voy, como todos los días, á cenar con los Michelin, y pasaré todavía esta noche en el castillo.

Vuestro de todo corazón

ALFONSO.»

Leída esta primera carta, adquirida esta primera prueba, me tranquilicé y me encontré en disposición de proceder á hacer un inventario completo de los papeles del Marqués. Éste no debía

regresar á su casa hasta el día siguiente. Tenía, pues, parte de la tarde y toda la noche para dedicarme á mis pesquisas con tranquilidad. La carta me había informado de todo, y de la exploración de la casa deduje que Ivoine no habitaba en ella. Debía vivir en el torreón, al lado del niño, trasladado á él por el Marqués de Salcedo á causa de ser más sano y mejor ventilado que la vivienda de los colonos.

Ivoine debía haber ido al *Refugio* aquel día á buscar algo para el Marqués, pues poseía toda su confianza, y no habiéndose fijado en que la ventana del salón quedaba abierta, no era probable que volviese hasta el día siguiente.

En la casa no había lumbre, pero se podía hacer fácilmente, pues la chimenea estaba preparada para prenderse en seguida.

El día iba declinando; pero en caso de necesidad tenía velas sobre la chimenea. Estaba en ayunas después de una caminata penosa, y registré los armarios para ver si encontraba algo que comer. Como no había cocina y el Marqués de Salcedo no hacía indudablemente las comidas en su casa á fin de no tener el espionaje de una criada, debía tener en alguna parte algo *para un caso*, ya para él, ya en vista de la reciente visita de la *Condesa*.

En efecto, en el salón pude encontrar pan muy endurecido, una terrina de Perigueux sin abrir y algunas confituras intactas; pero estaba yo tan sobreexcitado como la Condesa á la cabeera del lecho de su hijo, y no sentía ni hambre, ni frío, ni sed, ni sueño. Después de haberme asegurado de que la aprensión de alguna incomodidad física no vendría á turbar mi lucidez, cerré cuidadosamente las contraventanas y encendí dos bujías; luego me instalé delante del buró de Salcedo.

Un silencio absoluto, solemne, reinaba en aquellas soledades. Solamente de cuando en cuando se oía el ruido lejano que anunciaba la caída de una avalancha en el flanco de las montañas.

## XLIX.

Al cabo de tres horas había ya leído hasta las cartas de la Condesa de Flamarande, escondidas en un cajoncito aparte con un secreto *ad hoc*, y había contado todo el dinero del Marqués de Salcedo. Había allí veinticinco mil francos en billetes de Banco, títulos contra un Banco extranjero, y cinco mil francos en monedas de oro y de plata, francesas y extranjeras. Semejante dineral, abandonado

así en una casa aislada, probaba la moralidad del país ó el descuido del propietario. Sin embargo, Salcedo debía tener en mucho aquellos ahorros, que sin duda estaban reservados para cualquier eventualidad que le obligase á marchar al extranjero con el niño, y tal vez con la Condesa. Esta reserva no estaba destinada á pagar los terrenos y la construcción de la casita, pues encontré todas las facturas, así como la escritura de venta ya registrada. Una parte del bosque que guarnecía las pendientes del pico Grion estaba comprendida en la venta. La adquisición de los terrenos databa de 1847, y la construcción había sido terminada en 1848. Hacía, pues, cerca de dos años que el Marqués de Salcedo estaba instalado allí con el sencillo nombre de Alfonso, como lo atestiguaban todas las cartas á él dirigidas á *Saint Cirques de Jordanne*..... ¡y yo no lo había sabido! ¡y el señor Conde no lo había sospechado! El mundo entero, exceptuando las señoras de Flamarande y Monteparre, le creía en América. Sus cartas de negocios ó de familia, procedentes de París ó de España, le llegaban por el intermedio de la fiel Berta. Por ella sabía todo cuanto podía interesarle, y en cambio nadie sabía de él más allá del pequeño cantón que habitaba. En Monteparre mismo no parecían



En efecto, en el salón pude encontrar pan muy endurecido, una terrina de Perigueux sin abrir y algunas confituras intactas; pero estaba yo tan sobreexcitado como la Condesa á la cabeera del lecho de su hijo, y no sentía ni hambre, ni frío, ni sed, ni sueño. Después de haberme asegurado de que la aprensión de alguna incomodidad física no vendría á turbar mi lucidez, cerré cuidadosamente las contraventanas y encendí dos bujías; luego me instalé delante del buró de Salcedo.

Un silencio absoluto, solemne, reinaba en aquellas soledades. Solamente de cuando en cuando se oía el ruido lejano que anunciaba la caída de una avalancha en el flanco de las montañas.

## XLIX.

Al cabo de tres horas había ya leído hasta las cartas de la Condesa de Flamarande, escondidas en un cajoncito aparte con un secreto *ad hoc*, y había contado todo el dinero del Marqués de Salcedo. Había allí veinticinco mil francos en billetes de Banco, títulos contra un Banco extranjero, y cinco mil francos en monedas de oro y de plata, francesas y extranjeras. Semejante dineral, abandonado

así en una casa aislada, probaba la moralidad del país ó el descuido del propietario. Sin embargo, Salcedo debía tener en mucho aquellos ahorros, que sin duda estaban reservados para cualquier eventualidad que le obligase á marchar al extranjero con el niño, y tal vez con la Condesa. Esta reserva no estaba destinada á pagar los terrenos y la construcción de la casita, pues encontré todas las facturas, así como la escritura de venta ya registrada. Una parte del bosque que guarnecía las pendientes del pico Grion estaba comprendida en la venta. La adquisición de los terrenos databa de 1847, y la construcción había sido terminada en 1848. Hacía, pues, cerca de dos años que el Marqués de Salcedo estaba instalado allí con el sencillo nombre de Alfonso, como lo atestiguaban todas las cartas á él dirigidas á *Saint Cirques de Jordanne*..... ¡y yo no lo había sabido! ¡y el señor Conde no lo había sospechado! El mundo entero, exceptuando las señoras de Flamarande y Monteparre, le creía en América. Sus cartas de negocios ó de familia, procedentes de París ó de España, le llegaban por el intermedio de la fiel Berta. Por ella sabía todo cuanto podía interesarle, y en cambio nadie sabía de él más allá del pequeño cantón que habitaba. En Monteparre mismo no parecían

sospechar su vecindad. Verdad es que yo no había podido interrogar á ninguna persona del castillo, y la señorita Susana, con quien había hablado en París, era muy fácil que se hubiese burlado de mí.

Todo me lo expliqué cuando tuve conocimiento de las numerosas y conmovedoras cartas de Berta de Monteparre, que encerraban la historia completa y minuciosa de los hechos que había presentado y de los que no me había imaginado.

No podré copiar todas aquellas cartas, y diré solamente su resumen.

La Baronesa de Monteparre había amado siempre ardientemente al Marqués de Salcedo, y al creerse correspondida, le abrió su corazón; pero Salcedo no había amado en toda su vida más que á una mujer, á quien amaba todavía. Según él, esta mujer, la Condesa de Flamarande, no había sido suya nunca. Yo no tenía ante mis ojos ninguna declaración formal escrita por él en que asegurase esto, pero veía su constante negativa sobre este punto en las respuestas de la Baronesa de Monteparre, que era muy escéptica respecto á la pretendida inocencia de aquel amor. Citaré algunos trozos copiados aquella noche:

«París, 13 de Abril de 1845.

»¡Dejad la América; volved! *Ella* tendrá bien pronto necesidad de vos. No está tan consolada, no es tan feliz como yo os decía, como todos creían. Ha tenido un segundo hijo á quien adora, y del cual su marido no tiene duda de ser padre; pero el otro, el que creía muerto..... Será preciso decíroslo todo ahora que estáis curado y que tenéis fuerzas para soportar un nuevo golpe; ese primer niño, cuya fingida muerte costó tantas lágrimas á su madre, ha sido secuestrado por el Conde de Flamarande, que ha renegado de él, y según todas las apariencias, ó le ha dejado morir, ó le ha hecho criar ocultamente. Rolanda está en Sevines desde hace ocho días, y allí ha sabido por su marido que el niño y la nodriza se habían ahogado. Nada lo prueba, y ella no lo ha creído; busca, se exalta, y va á volverse loca. Su marido la ha tratado brutalmente y la ha amenazado, haciéndola renunciar á sus pesquisas y volver á Italia; pero antes de partir me ha escrito en secreto para suplicarme que las continúe, lo cual pienso hacer, aunque no sé cómo. Es necesario que vengáis á ayudarme vos que sois rico, libre y aficionado á los viajes, que yo detesto. Hay que encontrar á este niño ó adquirir la prueba

de su muerte, en la cual, de paso sea dicho, no creo por lo que voy á deciros.

Un primo mío que suele pasar el verano cerca de Bourges (el viejo Frepont, que habéis visto muchas veces en Montsparre jugando al billar con el Conde de Flamarande), me ha dicho hace poco haber visto en el relevo de postas de Bourges, el 16 de Mayo de 1841, á un viajero que habiendo salido de un cupé en donde se oían los vagidos de un niño, metía prisa á los postillones para que cambiasen pronto de tiro.

Frepont se acuerda de esta fecha porque es la del nacimiento de su sobrinita, cuyo padre llegaba de París aquel día, y habiendo él salido á esperarle, miraba, como sucede en esos casos, á todos los coches y á todas las personas que encontraba á su paso, cuando vió al viajero en cuestión, que le chocó por la expresión de su rostro y su aire fingido.

Al fijarse, asegura haber reconocido perfectamente al señor Carlos, el ayuda de cámara tan querido y mimado del Conde de Flamarande, el mismo que presencié los sucesos de Montsparre. Mi primo Frepont afirma que le extrañó de tal manera el hecho (en una época en que nadie sospechaba del Conde), que pensó en un secuestro.

«Es necesario que vengáis y que vigiléis á dicho señor Carlos, que sigue siempre en casa del señor Conde, y que viaja mucho por cuenta de su amo. Venid á París bajo el más riguroso incógnito, y no viváis en vuestro hotel ni vayáis á verme, pues mi casa está vigilada por ese espía. Esperaré en París á que me déis aviso de vuestra llegada, é iré á veros donde indiquéis. Creo que podréis estar aquí á más tardar á fines del mes próximo. Os llamo, ¿ois, ingrato? Y no es por el placer de volver á veros, con esperanza egoísta que no habíais de realizar; os llamo en mi socorro para que entre los dos procuremos curar el corazón herido de esa pobre madre, cuyo dolor me llega al alma, por más que no la creo tan inocente de su desgracia como vos me habéis dicho y jurado..... ¡No os enfadéis, mala cabeza! ¿Quién puede dudar de vuestro honor? Pero el honor de un hombre consiste, en ciertos casos, en mentir resueltamente para salvar el de una mujer. ¡Pobre Rolanda! ¿cómo hubiera podido resistir á vuestra pasión? ¡Era tan joven, estaba tan mal casada, y vos teníais el corazón tan lleno de amor y la cabeza tan trastornada.....! Algún día me confesaréis la *verdad sincera*, cuando reconozcáis que no soy una rival, y que si quiero conocer su falta, es para evitar las crueles consecuencias.

» Venid; os espera vuestra hermana

*Berta.*»

Las cartas siguientes de la Baronesa me hicieron saber que Salcedo había vuelto inmediatamente de América, que se habían visto en París y que habían buscado y encontrado las huellas de la nodriza, á quien Salcedo había obligado, no solamente á confesarlo todo, sino á dar *pruebas escritas*. La cosa le había costado cara; pero no lo sentía, pues hubiese sacrificado su fortuna con el mayor gusto por lograr su objeto. En seguida trató de descubrir adónde había conducido yo á Gastón después de quitársele á la nodriza. Habían seguido mis pasos y sabido que me dirigí á Flamarande para instalar allí los féretros que estaban en Sevines. Salcedo fué detrás de mí disfrazado de aldeano, y se entendió perfectamente con su antiguo guía Ambrosio Ivoine, el cual me reconoció en la *Violeta*, y llevó á Gastón donde estaba el Marqués para que éste le conociese y le abrazase, en mis barbas, por decirlo así.

Desde aquel momento la Condesa de Flamarande había sido informada de todo por su amiga Berta.

Copiaré uno de los billetes de Rolanda á Berta,

fechado en esta época y remitido á Salcedo, que le había puesto aparte con otras cartas de la *misma á la misma*.

«Berta mía querida, mi ángel guardián, y *él*, mi salvador, mi providencia, mis ángeles de consuelo, ¡benditos seáis! ¡Le habéis encontrado! No está muerto ni alejado en absoluto de la casa paterna. Está bueno, es hermoso, feliz, y puesto que está ahí, me será devuelto; *su padre* me hará justicia. No hay medio de abordar una explicación con él; pero verá mi conducta y abrirá los ojos á la evidencia. Por lo demás, suceda lo que quiera, los derechos de mi hijo mayor subsisten, y llegará un día..... pero le veré antes, ¡quiero ver á mi hijo adorado! Iré á vuestra casa tan secretamente que nadie lo sabrá jamás. Quiero ver también al que me le ha encontrado; quiero darle las gracias y absolverle del pasado, si alguna falta cometió, por sus méritos presentes. Que no se acuerde más que de la felicidad que ahora me proporciona. Pronto, pronto, escribidme diciéndome que me esperáis, y fingiré una indisposición para poder encerrarme, confiar á Roger en manos seguras é ir corriendo á á vuestro lado. Responded pronto á vuestra Rolanda que os adora.»

¿Aquel *os* era plural? Es muy fácil.

La Condesa de Flamarande, que estaba entonces en Italia, no había tenido necesidad de hacer más que la mitad del camino, porque después de mi salida de Flamarande la habían llevado su hijo á Marsella, y allí había podido abrazarle con toda la ternura maternal de que era capaz. Salcedo no fué con el niño. Sin duda temió verla, al sentir su pasión más viva que nunca, y puso por pretexto que juzgaba su presencia muy peligrosa para la Condesa, caso que aquel viaje fuera descubierto. Fueron con el niño la Baronesa y Ambrosio. Michelin había sido enterado, hasta cierto punto, para que dejase marchar al niño. Le habían dicho que Salcedo era pariente suyo, que conocía á su madre, y le habían recompensado tan bien por su adopción y por sus cuidados, que no temió nada y se fió en absoluto de él.

Pronto llegué, por la lectura de las cartas, á la época de la famosa cita del *Bosque de Bolonia*. Salcedo había ido á París secretamente, y la Condesa, al saberlo, insistía en verle para darle las gracias ella misma. El Marqués parecía haber rehusado con insistencia esta entrevista, á pesar del violento deseo que le impulsaba á que se verificase, porque temía por la reputación de la Condesa, y no cedió sino con la condición de que

su amiga Berta había de estar presente; pero la Baronesa no asistió á la cita y le escribió al día siguiente una carta muy significativa.

«No, no he tenido valor de veros á sus pies! Por eso no he acudido á la cita y he faltado á mi palabra voluntariamente, sin pensar que seguramente habíais de quejaros de mi ausencia..... ¡Ah, perdonadme que sufra! Me habéis arrastrado á un sistema de heroísmo que á menudo traspasa el límite de mis fuerzas. Persistiré en él, estad tranquilo; pero dejadme llorar sola y no os inquietéis por mí..... Habéis sido felices, lo sois..... ¡Ese es al mismo tiempo mi consuelo y mi desesperación!»

En vano busqué en toda la correspondencia otra alusión á la cita, y tuve que contentarme con aquella prueba, que tenía á mis ojos un gran valor.

Las cartas de 1848 y 49 no me revelaron ninguna nueva entrevista de la Condesa con Salcedo ó con Gastón; en cambio demostraban claramente la pasión concebida ó reanimada de la hermosa Rolanda por el Marqués; pasión exaltada y mística que ella interpretaba en el sentido de un inmenso agradecimiento maternal, pero que no debía pasar por tal para la maliciosa Berta, pues la Condesa la decía:

«No, no equivoquéis el camino, amiga mía; no siento por él esa afección que vos llamáis *amor*; y si es ese el sentimiento que él ha experimentado en otro tiempo por mí, y que me ha sido tan fatal, le perdono; pero mi conciencia no le absuelve. Afortunadamente os equivocáis, porque vuestra exaltada pasión os impide comprender esa amistad entusiasta que no quiere del ser amado más que lo más puro de sus pensamientos. El Marqués dice que no penetró en mis habitaciones (creyendo que yo había partido) más que para coger unas flores cuyo perfume había aspirado yo..... ¡Un perfume es algo inmaterial, es lo contrario de lo que suponéis! No quiero creer, no creo que él haya tenido un instante en su vida en que haya faltado con el pensamiento al respeto debido á la mujer de aquel que era su amigo; deseársela hubiera sido un crimen á sus ojos, como á los míos.

»Ya sé que pocos hombres son capaces de este amor del alma que excluye la idea de toda posesión culpable; ¿pero acaso no conocéis á ese hombre tan puro, tan escrupuloso y tan leal? Toda esa vida estudiosa y recogida, esa vida angelical que tanto admiráis y de la cual me decíais: «Es una excepción entre las excepciones ideales; es el único ser en el mundo á quien se puede venerar en abso-

»luto.» Pues bien, ¿no está hecha esta vida para aseguraros de que digo la verdad?»

En otra carta la Condesa decía á su amiga:

«La prueba de que no siento el género de afección que suponéis, es que el día en que él no viva más que por vos y para vos; el día en que seáis su mujer (y ese día llegará, estad segura), seré mil veces más dichosa y me sentiré mucho más orgullosa de él y de mí.»

## L.

Todo aquello era muy hermoso; pero la de Monteparre, más positiva ó más lista, escribía á Salcedo:

«Os envío todas las cartas que me escribe, porque me habéis arrancado esta promesa y porque no sé affigiros; pero temo esparcir este alcohol perfumado sobre un fuego cada vez más ardiente. Quisiera que Rolanda me escribiese en otro tono de una manera que os probase claramente que no os ama como vos la amáis; pero la exaltación de la madre que tanto os debe, pone el lenguaje de la mujer en un diapason que me hace temblar. ¡Quiere casarnos!..... ¡Ah, que no vuelva á mez-

clarse en este asunto! ¡Su primera tentativa en Montsparre me fué tan fatal! Ahora no aceptaría yo ese matrimonio que era mi sueño y que hoy haría la desgracia de los tres. Entonces tendría el derecho de ser celosa y usaría, abusaría de él quizá. Prefiero nuestra amistad desinteresada y la misión que me he impuesto de abnegación.»

La Baronesa no estaba siempre igualmente resignada, y escribía algunos billetes exaltada por la pasión, como el siguiente:

«Sabed que no creo una palabra de lo que decís ni de lo que dice Rolanda. ¿A qué mentir así conmigo?..... Es un ultraje, una ingratitud que no tiene ejemplo.»

Y decía en otro:

«¡Ahora sí que me he convencido de que Gastón es vuestro hijo!»

«Si el niño pertenece al marido, ¿cómo no le odiáis? ¡Yo voy aborreciendo cada vez más á ese hijo *adoptivo* que os absorbe por completo y preferís á mí!»

La Baronesa, por lo que se veía, debía haber hecho tentativas para convencer á Salcedo de que no viviese en el *Refugio*.

En 1848 había tenido el dolor de perder á su hijo único, Angel de Montsparre, y esta desgra-

cia la unió aun más á Salcedo, porque éste se mostró en aquella ocasión tan afligido como ella. Entonces quiso que el Marqués se estableciese en Montsparre con Gastón, y se desprendía de sus cartas el deseo de reconocerle por hijo de ambos. La reparación del sacrificio de su reputación que estaba dispuesta á hacer, hubiese sido un matrimonio entre ellos; pero Salcedo no aceptó esta solución, y á partir de entonces empezaron las querellas y reconveniones. La Baronesa estaba desesperada porque no podía ver al Marqués más que rara vez, y en secreto, en los cortos y misteriosos viajes que Salcedo hacía á París. Este parecía encontrarse muy bien en el *Refugio* y tener gran placer en educar á Trinidad, no echando de menos ninguna de las cosas de la vida elegante.

En vano busqué una carta de la Condesa dirigida á Salcedo. Ó ésta no le había escrito, ó el Marqués llevaba su tesoro sobre sí.

La conclusión que saqué de todas aquellas cartas íntimas fué que ninguna contenía la confesión de la falta cometida, y por consiguiente, no constituían una prueba que pudiese poner á Roger al abrigo de la reivindicación de su hermano. Por el contrario, ya fuese sinceridad, ya fuese una habi-

lidad consumada, todo lo que la Condesa había escrito á su amiga podía ser presentado por ella como una prueba de su inocencia. No tuve, pues, gran empeño en apoderarme de la correspondencia, porque el peligro de cometer semejante sustracción no estaba compensado con la seguridad de hacer á Roger un verdadero servicio. Sin embargo, aquellas eran las únicas pruebas que yo podía tener esperanza de recoger, pues para encontrar otras era necesario contar con la ayuda de una nueva casualidad.

Caí en grandes perplejidades. De pronto, al verme solo en aquella morada silenciosa, violada por mi curiosidad, tuve un sentimiento de horror y de vergüenza de mí mismo. Allí había dinero, mucho dinero, confiado, por decirlo así, y como puesto bajo la protección de la lealtad pública, y yo, peor que un ladrón vulgar, ¡pensaba en robar los secretos del corazón y de la conciencia!

Arreglé con cuidado los papeles, cerré todos los secretos del buró y me aproximé á la ventana. Empezaba á amanecer, y al pensar que los aldeanos madrugan, me apresuré á apagar las bujías para poner los medios de efectuar mi retirada sin dejar huellas de mi paso en el país. Me encontraba desligado de todo deber de protección hacia Tri-

nidad, y no tenía nada que averiguar en Flamarande que no me fuese ya conocido.

Subí al granero, y cogiendo una de las cuerdas que allí había, volví á bajar al salón. Allí, con la ayuda de aquella cuerda, convenientemente dispuesta, podía huir; pero una idea que pasó por mi imaginación me detuvo. Aquella construcción, que llevaba en las escrituras de venta el nombre significativo de *Refugio* mucho antes que el Marqués de Salcedo lo hubiese adquirido, había debido servir de refugio, en efecto, á los defensores del castillo en caso de ser éste invadido. Allí, como en muchas otras fortalezas de este género, debía existir una comunicación directa con el castillo. Yo tenía seguridad de haber visto á Salcedo en Flamarande hacía tres años, disfrazado de aldeano, y recordaba que había desaparecido no lejos del castillo, como si le hubiera tragado la tierra. La comunicación subterránea, ya sea que hubiese sido cegada, ó ya que hubiese permanecido intacta desde su construcción, debía existir aún y haber servido recientemente para entrar y salir en el castillo sin ser visto. La entrada de la galería subterránea debía estar en la casa misma donde yo me encontraba, pues al leer la escritura no había podido explicarme algunas palabras relativas á cierta



comunicación cuyo uso exclusivo y propiedad exigía Salcedo. Era necesario buscar aquel camino misterioso para efectuar mi retirada. No me fué difícil encontrar en el entarimado del salón, bajo una de las pieles de carnero que extendidas las unas al lado de las otras formaban una alfombra, una trampa tan sencilla, que no tenía resorte ni cerradura. Al abrirla dejaba descubierto un tramo de escalera de diez ó doce escalones.

Bajé y me encontré en la bodega de la casa, que estaba cubierta por una bóveda circular de construcción antigua, en la que sólo había una barrica de vino y una gran provisión de leña, detrás de la cual podía ocultarme en caso de ser sorprendido. Di la vuelta alrededor, y encontré en una antigua arcada de arcos rebajados una puerta de encina completamente nueva, que estaba abierta. Evidentemente el Marqués y Ambrosio pasaban por allí á menudo, y la víspera, cuando yo había penetrado en la casa, este último debía encontrarse en la bodega, puesto que no le había visto. Me interné en el pasadizo que se abría delante de mí, á riesgo de tropezar con Salcedo de vuelta á su casa, después de su última velada á la cabecera del niño. La galería, revestida á su entrada, dejaba luego al descubierto la roca en que estaba

construída. Era lo suficientemente ancha para dar paso á dos personas; pero no ofrecía ningún ángulo ni recodo donde uno pudiera ocultarse en caso de encuentro. Di aún algunos pasos, examinando con cuidado aquel camino, gracias á la bujía de que me había provisto. Pronto llegué á una verdadera caverna, donde el pasadizo, ensanchado é irregular, no ofrecía ya ninguna huella de la mano del hombre. Era un trabajo puramente fortuito de la acción volcánica, que en otro tiempo habían descubierto y utilizado. Otras galerías estrechas, y de apariencia poco practicable, desembocaban en aquella donde yo me encontraba, en cuyo suelo se distinguían las recientes huellas de los gruesos zuecos de Antonio. Seguí entonces con más confianza, prestando oído al más leve ruido, seguro ya de poder, en caso de necesidad, retirarme ó esconderme en alguna entrante de la galería. Avancé sin encontrar obstáculos cerca de diez minutos, cuando un punto luminoso apareció delante de mí. Apagué precipitadamente mi bujía y miré aquel punto deslumbrador y fijo. No era una luz, como creí al principio, sino la claridad del día; la gruta se abría bajo el torrente, cuyo murmullo llegaba hasta mí. Me dirigí hacia allí, pero no vi otra salida que la que interceptaba el agua cayendo en

cascadas hacia el abismo. Había equivocado la galería. No era posible que la Marquesa de Flamarande hubiera pasado por allí. Examiné el cuadro sorprendente y grandioso que las cascadas y la potente vegetación escalonada en los retallos de las rocas formaban ante mis ojos. Me encontraba en el fondo de una sima, de donde parecía imposible salir, por el lado al menos que estaba ante mis ojos. Reconocí, al mirar enfrente de mí, el sendero elevado por donde el Marqués de Salcedo se me había aparecido para desaparecer como por encanto.

No había, sin embargo, medio de pasar á través de la cascada, y tuve que entregarme á infructuosas pesquisas en las que invertí algún tiempo. Se hacía cada vez más de día, y la claridad rosada que penetraba por aquella boca me anunciaba que ya había salido el sol. Volví á entrar en la obscuridad y marché á tientas, esperando sorprender en su regreso al Marqués de Salcedo, que me serviría de guía para encontrar la salida; pero habiendo desembocado en un callejón sin salida, me disponía á encender mi bujía, cuando un repentino terror se apoderó de mí al reconocer, después de buscarla mucho, que la había perdido. Tenía cerillas y encendí una que me permitió salir de aquel callejón

y encontrar una vía practicable. Una segunda cerilla me hizo encontrar la línea trazada en la creta, que servía para indicar el camino; pero no me fué posible saber si volvía hacia el *Refugio* ó hacia el lecho del torrente. Al querer encender la tercera cerilla noté que la humedad había entrado en la caja, y no pude proporcionarme aquellos cortos intervalos de claridad, viéndome obligado á seguir andando en tinieblas. Hacía más de veinticuatro horas que no había tomado ningún alimento. No me encontraba desfallecido; pero mi cerebro fatigado perdía la facultad de pensar, y mi imaginación, exaltada por la obscuridad, empezaba á atormentarme.

Anduve sin tropezar con ningún obstáculo, poniendo mi mano de cuando en cuando sobre la pared formada por la roca. Pero aquel trayecto que había recorrido en tan poco tiempo me iba pareciendo de una longitud espantosa, cuando de pronto no sentí nada á mi alrededor y di algunos pasos en el vacío. Me había, pues, equivocado, y estaba perdido en un laberinto del que quizá no volvería á salir. Un paso más, y tal vez fuera á estrellarme contra alguna roca ó á rodar al abismo. El espanto oprimió mi garganta, y estuve á punto de gritar; pero la vergüenza me detuvo, y el senti-

miento de una muerte espantosa me hizo tan pusilánime como á un niño.

—Has querido apoderarte del destino de los demás— me dije— eras un criado y no has retrocedido ante nada para hacerte moralmente el amo de existencias más elevadas que la tuya, y he aquí que tu vida va á extinguirse miserablemente en estas tinieblas, sin que nadie te compadezca. ¡Bien empleado te está! ¡es el justo castigo del que no obra bien!

## LI.

No soy ni perezoso ni poco activo, pero he sentido en mi vida alternativas de actividad y de cansancio, según mi conciencia estaba tranquila ó me reprochaba. En aquel momento debió estar en contra mía, pues me sentí desfallecer y caí desvanecido. Permanecí sin conocimiento media hora ó más, no sabría precisarlo. Cuando recobré el sentido resolví salir á toda costa de aquella horrible situación, y empecé á andar á la casualidad. No había recorrido dos metros cuando tropecé con un escalón. Lo toqué: era de madera. No había duda; había vuelto á la bodega del *Refugio*. Conté el nú-

mero de los escalones, y me convencí de que había en efecto vuelto al punto de partida. La puerta del pasadizo, que había franqueado sin tener conciencia de ello, estaba abierta detrás de mí, y sobre mi cabeza la trampa del salón, que levanté fácilmente. ¡Con qué placer ví la luz del día!

Pero bajé precipitadamente la trampa y contuve la respiración al oír hablar en la casa y reconocer la voz de Ambrosio Ivoine que hablaba con el Marqués. Las respuestas de éste eran monosílabos, pero no me cabía duda de que aquella era su voz. Debían haber vuelto por la puerta de la casa mientras que yo me internaba en los subterráneos, ó bien habían venido por la vía recta mientras que yo la perdía yéndome por el pasadizo que daba al torrente.

Pronto oí que andaban por el salón, y entendí distintamente estas palabras:

—¿Quién ha abierto esta ventana?—dijo Ivoine.

—Tú habrás olvidado cerrarla—respondió Salcedo.

Oí cerrar la ventana, y Ambrosio replicó:

—Ahora debíais echar un buen sueño, porque estaréis rendido.

—Un poco cansado estoy, en efecto. Voy á dormir una hora, y en seguida me levantaré á trabajar.

miento de una muerte espantosa me hizo tan pusilánime como á un niño.

—Has querido apoderarte del destino de los demás— me dije—eras un criado y no has retrocedido ante nada para hacerte moralmente el amo de existencias más elevadas que la tuya, y he aquí que tu vida va á extinguirse miserablemente en estas tinieblas, sin que nadie te compadezca. ¡Bien empleado te está! ¡es el justo castigo del que no obra bien!

## LI.

No soy ni perezoso ni poco activo, pero he sentido en mi vida alternativas de actividad y de cansancio, según mi conciencia estaba tranquila ó me reprochaba. En aquel momento debió estar en contra mía, pues me sentí desfallecer y caí desvanecido. Permanecí sin conocimiento media hora ó más, no sabría precisarlo. Cuando recobré el sentido resolví salir á toda costa de aquella horrible situación, y empecé á andar á la casualidad. No había recorrido dos metros cuando tropecé con un escalón. Lo toqué: era de madera. No había duda; había vuelto á la bodega del *Refugio*. Conté el nú-

mero de los escalones, y me convencí de que había en efecto vuelto al punto de partida. La puerta del pasadizo, que había franqueado sin tener conciencia de ello, estaba abierta detrás de mí, y sobre mi cabeza la trampa del salón, que levanté fácilmente. ¡Con qué placer ví la luz del día!

Pero bajé precipitadamente la trampa y contuve la respiración al oír hablar en la casa y reconocer la voz de Ambrosio Ivoine que hablaba con el Marqués. Las respuestas de éste eran monosílabos, pero no me cabía duda de que aquella era su voz. Debían haber vuelto por la puerta de la casa mientras que yo me internaba en los subterráneos, ó bien habían venido por la vía recta mientras que yo la perdía yéndome por el pasadizo que daba al torrente.

Pronto oí que andaban por el salón, y entendí distintamente estas palabras:

—¿Quién ha abierto esta ventana?—dijo Ivoine.

—Tú habrás olvidado cerrarla—respondió Salcedo.

Oí cerrar la ventana, y Ambrosio replicó:

—Ahora debíais echar un buen sueño, porque estaréis rendido.

—Un poco cansado estoy, en efecto. Voy á dormir una hora, y en seguida me levantaré á trabajar.

—Si sentís hambre, aquí está el cesto que he traído.

—Déjale ahí; gracias. No olvides que el niño no debe venir aquí: está demasiado lejos.

—Ya le haré que tenga paciencia.

—Dile que á las tres irá á verle. Véte por el *espelunque*, que es camino más corto.

—Yo sabía bastante latín para comprender que el *espelunque* era una palabra en patois que significaba subterráneo. Ambrosio iba á levantar la trampa dentro de un momento para irse por donde yo estaba. Mi primer movimiento fué ocultarme en el subterráneo para seguirle luego cuando pasara; pero un invencible horror á las tinieblas me retuvo. Además el tiempo faltaba. Me escondí bajo el tramo de escalera, y Ambrosio pasó silbando por encima de mi cabeza. No llevaba luz, y se internó en el *espelunque* como hombre que conoce su camino y no tiene ninguna aprensión. No se corría ningún peligro al cruzar aquel pasaje. Entonces sentí vergüenza al recordar el terror que había experimentado, y quise seguir á Ambrosio; pero ya no me era posible, pues ví que éste cerraba tras sí la puerta y echaba la llave. Sin duda el Marqués debía tener otra.

No oí más ruido en el salón; Salcedo habría su-

bido á su alcoba para dormir ó para trabajar. No me quedaba más remedio que huir por la ventana del salón. Encontré la cuerda de que me había provisto cuando en un principio tuve este proyecto, y que había dejado sobre la leña. Al inclinarme ví una botella mediada y la llevé á mis labios, apurando cerca de la mitad de su contenido, que era un vinillo muy malo, pero que bastó para restaurar un poco mis pérdidas fuerzas.

Subí al salón y tuve curiosidad por ver lo que contenía el cesto que Ambrosio había depositado allí para el Marqués, por lo cual pude ver que el cenobita del *Refugio* era de una frugalidad extrema y vivía en todo como un aldeano. No se oía ningún ruido en la casa y entonces me pregunté si debía salir en seguida ó entregarme á alguna nueva investigación antes de renunciar para siempre á descubrir la verdad.

Nunca volvería á encontrar ocasión semejante, y comprendía además que no tendría ya valor para buscarla. El amargo disgusto que me causaba mi fea acción, hacía que desease á toda costa justificarla á mis propios ojos por un suceso cualquiera. No sé qué fatalidad, bajo la forma de idea fija, me hacía desear ver y hablar á Salcedo, aunque me tratase como merecía, aunque me matase.

El poco y mal vino que había bebido después de mi largo ayuno, me había sobreexcitado haciendo que me fuese persuadiendo poco á poco de que la cobardía de los medios por mí empleados llegaría á ser heroísmo si conseguía desafiar al león en su madriguera, diciéndole:

—Aquí me tenéis. Seré vuestro aliado si me decís la verdad que he querido saber á toda costa, y enemigo si me la ocultáis. He usado con vos de medios poco nobles; pero sin embargo, no es porque os tema, puesto que en lugar de huir como me hubiera sido fácil, vengo á denunciarme á mí mismo y á exponerme á vuestra cólera.

Esta idea me causó una especie de exaltación que no quise dejar enfriar. Subí resueltamente al despacho de Salcedo y abrí la puerta sin ninguna clase de precaución, pues estaba fuera de mí. El Marqués, que se encontraba acostado en su alcoba, creyó que entraba Ambrosio, y dijo:

—¿Has olvidado algo?

Tuve miedo y sentí que toda mi energía me abandonaba de repente. Murmuré una respuesta inarticulada, procurando imitar el acento particular de Ambrosio. Yo no sé lo que me entendería; pero se volvió del otro lado, diciendo:

—Búscalo, por ahí estará.

Un instante después su respiración igual y fuerte me atestiguaba que dormía profundamente. Entonces me aproxime y le miré. Quería saber si era todavía capaz de inspirar amor.

A la primera ojeada creí ver á un montañés tan auténtico, es decir, tan inculto como Ambrosio ó Michelin. Dormía completamente vestido, y su traje de pana, de esa pana color marron tan apreciada de los aldeanos montañeses, había tomado ese color parduzco é indefinible que la caracteriza en cuanto tiene el más pequeño uso. Sus gruesos zapatos, cubiertos de polvo, estaban en el suelo; pero sus calcetines y su ropa interior finísima dejaban ver el cuidado de su persona oculto bajo las apariencias del aldeano. Conservaba su talle esbelto y ninguna gordura precoz había desfigurado aquel hermoso cuerpo, cuya esbeltez y elegancia me habían chocado siempre; sus manos seguían siendo finas y aristocráticas á pesar del tinte verdoso de sus uñas, signo indeleble del botánico en actividad, y de algunas callosidades debidas al trabajo del geólogo. Llevaba la barba cortada y naturalmente rizada, así como los cabellos, que eran blancos como la nieve, mientras que la barba era de un gris plateado. La fatiga y las intemperies no habían enrojecido su rostro, que seguía

siendo pálido. A algunos pasos de distancia se podía, no teniendo muy buena vista, tomar esta hermosa cabeza por la de un hombre de cincuenta años; pero de cerca, las sienes lisas, la boca fresca, las ventanas de la nariz dilatadas, el cuello redondo y sin arrugas y las cejas negras en perfecto arco, eran signos indiscutibles de juventud; y, en suma, el Marqués de Salcedo, que frisaba entonces en los treinta años, estaba más hermoso aún con su traje rústico y sus cabellos blancos, que cuando yo le conocí. La Baronesa de Montsparre podía estar más que nunca enamorada de él..... La Condesa de Flamarande también.

Noté que pendía de su pecho una especie de bolsita de seda negra: allí debía estar el famoso ramo descansando sobre la cicatriz del duelo;.... pero quizá hubiera también un billete junto á aquella reliquia.....

Al instante el deseo de apoderarme de él se hizo en mí tan violento, que no lo podía dominar. Era arriesgar el todo por el todo. Pensé en Roger, en mi honor que jamás podía invocar si no tenía una prueba que justificase mi conducta, y en la estimación de mí mismo, que recobraría si conseguía desenmascarar la infamia y la mentira.

Tan atento, tan ligero, tan ágil como el gato en

acecho, me coloqué de manera que pudiera ocultarme si Salcedo abría los ojos. Veinte veces, cien veces quizá, tuve la mano sobre el tesoro, y otras tantas la retiré, siguiendo todos los imperceptibles movimientos de un sueño ó el instinto del alma que sobrevive al cansancio del cuerpo.

Por fin, haciendo milagros de paciencia y destreza, conseguí desabrochar el pequeño ojal que cerraba el saquito é introducir un dedo en éste, encontrando entre algunas hojas secas una tirilla de papel rollada.

En aquel momento Salcedo llevó maquinalmente la mano á su tesoro y sintiéndole bajo sus dedos no abrió los ojos. Yo estaba ya en el hueco de la ventana leyendo estas cuatro palabras: *¡Vela por nuestro hijo!* y debajo la firma: *Rolanda.*

Aquella era la letra de la señora Condesa. Me aproximé á la mesa de despacho, busqué un papel semejante al del billete, calqué en él con la mayor minuciosidad aquellas cuatro palabras, le rollé como estaba el otro, y fui á colocarle otra vez en el saquito, poniendo el autógrafo en mi cartera; después bajé al salón, resuelto á evadirme.

Pero no era tan fácil atar la cuerda sólidamente, y cuando más engolfado estaba en esto,

oí andar en el piso superior á Salcedo que ya se había levantado y podría sorprenderme con la mayor facilidad colgado de la ventana.

Resolví, pues, aguardar á que saliese, y bajé á la bodega, donde permanecí más de una hora, presa de una terrible emoción. Por fin la fatiga me rindió, y sentado en el suelo como estaba, me dormí tan profundamente que, Salcedo, si hubiese tenido alguna sospecha, hubiese podido recobrar su tesoro más fácilmente que yo le había conquistado; pero el Marqués no podía figurarse esto ni remotamente, y estaría trabajando muy tranquilo en su despacho.

El ruido de la trampa que se abría me despertó; estaba oculto, como antes, en el hueco de la escalera; así es que le ví bajar por encima de mí y abrir la puerta del subterráneo, que no cerró con llave, y seguir su camino sin luz, como había hecho Ambrosio.

Dejé pasar un cuarto de hora y subí á coger una bujía de un paquete de que ya había gastado varias; pero demasiado sabía yo que en una casa de un joven que no tenía á su servicio mujer alguna, el consumo que se hace de los objetos de detall no está vigilado. Provisto de una nueva caja de cerillas, me interné en el pasadizo secreto

y seguí la línea trazada sobre la roca, desembocando por una pendiente suave situada entre malezas, en el sendero en que 1845 había visto desaparecer al famoso molinero Simón. También allí había en el interior del túnel una puerta con su cerradura, que Salcedo había dejado igualmente abierta.

Debía existir un tercer paso para penetrar á cubierto en el torreón; pero yo no tenía interés en buscarle, ni quería de ningún modo ser visto en Flamarande, de donde me encontraba tan cerca que tuve que internarme en un bosque para acechar el momento en que podría arriesgarme á salir al camino sin ser apercibido. El hambre me devoraba, y tuve que hacer lo que los niños de la montaña, que buscan frambuesas y moras; pero estaban en flor. El Marqués de Salcedo, á no dudar, se hubiese reído de mis nociones botánicas si me hubiese visto buscar frutas á fines de Mayo en aquellas heladas montañas.

Oí voces de niños que se aproximaban, y temiendo ser sorprendido, me refugié en lo más espeso del bosque. Pasaron á pocos pasos de mí á visitar no sé qué lazos para cazar pájaros, y uno de ellos gritó:

— ¡ Han venido y se han comido el pan!



—Sí—dijo el otro; —pero no han quedado prisioneros..... ¡Mira, Trinidad!

A la palabra pan pronunciada por aquellos niños me había sentido aún más hambriento; pero al nombre de Trinidad olvidé mis torturas, y atreviéndome á levantar un poco la cabeza, miré por entre las ramas. Ví al niño y le reconocí en seguida entre los demás. Estaba pálido como quien sale de una enfermedad, y si algunos años más habían acentuado sus facciones, su expresión dulce y enérgica á la vez no había cambiado. ¿A quién podía parecerse? Las líneas recordaban al Marqués de Flamarande, pero la expresión era de Salcedo. Estaba algo mejor vestido que los demás, pues el clásico terciopelo pardo constituía su traje; pero estaba muy limpio y parecía más cuidadoso de su persona que sus compañeros.

A través de la charla de éstos, confusa para mí, pues era una mezcla de patois y de francés, acompañada de un acento de la montaña muy marcado, entendí muchas veces las palabras *espeluchat*, *espeluque*, *espelunque*, acompañando al nombre del señor Alfonso. Nadie le llamaba ni Salcedo ni el señor Marqués; ni aun Trinidad, á quien entendí mejor que á los demás, pues era el único

que no tenía acento. Llegué á comprender que la existencia del *espelunque* no era un secreto para nadie. Semejantes secretos son imposibles en la vecindad de lugares habitados; pero el descubrimiento era reciente y nadie había pensado aún en hacer de él un paso público, utilizándole solamente el señor Alfonso. Los niños habían curioseado al principio, pero no encontrando allí nada interesante, y teniendo miedo á la *dama blanca* que se había aparecido últimamente en el castillo, y que sin duda vivía en el *espelunque*, empezaron á hablar de alejarse.

Comprendí por lo que les pude oír, que Salcedo no ponía ningún misterio en sus idas y venidas, y no parecía utilizar aquel paso más que por abreviar la distancia cuando tenía prisa (si bien le era indispensable para cuando iba la Condesa), y aunque dejaba siempre abierto durante el día, nadie se aprovechaba de esta circunstancia, porque en Flamarande no había ladrones. ¡Allí no había más ladrón que yo!

Sin embargo, llevé mis escrúpulos en la casa del *Refugio* hasta el punto de dejarme morir de hambre, lo cual me hacía sufrir cruelmente y desear que se marchasen los niños, á fin de apoderarme de los pedacitos de pan que estaban po-

niendo en sus lazos para coger los pájaros; pero ví con espanto que Trinidad, que se quedó el último, recogía aquel pan. No quería que los pájaros cayesen en los lazos. Entonces me acordé de su amor, de su respeto casi, cuando era pequeño, por los animales. Estaba ocupado en ir quitando todos aquellos pedacitos, cuando llegó Ambrosio, llevando una niña en sus brazos; tendría ésta cerca de seis años y era preciosa. Ambrosio imitaba el galope de un caballo para hacerla reír, y ella, fingiendo miedo, hundía sus manecitas en la cabellera encrespada y gris del buen hombre. Trinidad, que estaba un poco alejado, vino hacia ellos, acercándose también á mí. La niña saltó á su cuello, y oí que la llamaba Carlota. Era mi ahijada, la que había nacido la misma noche en que yo había dejado á Gastón en el establo de Michelín.

—Vamos — dijo Ambrosio. — Hay que volver, hijos míos; el señor Alfonso está ya en el castillo y dice que Trinidad está mucho tiempo fuera para un convaleciente.

—Ya no estoy convaleciente, sino bueno del todo — gritó Trinidad. — Mira, voy á llevar á Carlota.

—¡ No, no! Dentro de quince días, bueno; pero

ahora dadle la mano y pasad adelante, ó empiezo á palos con los dos.

Y levantó su bastón, haciendo reír á los niños, acostumbrados ya á sus bromas.

Aquellas gentes me dieron envidia. ¡ Parecían tan dichosos!

En cuanto estuve solo fui á buscar las miguitas de pan que Trinidad había quitado de los lazos y arrojado luego al aire. No encontré nada, y por un instante tuve la idea de volver á tomar el subterráneo para satisfacer mi hambre en el *Refugio*; pero una repugnancia invencible, un escrúpulo exagerado de mi intranquila conciencia me lo impidió.

Llamé en mi ayuda á toda mi voluntad, y conseguí caminar una parte de la noche para llegar á Murat por la carretera de Livrant.

Estaba visto que para cada uno de mis viajes á Flamarande tenía que seguir diferente camino.

## LII.

Cómo pude llegar á París después de tantas fatigas y una agitación moral tan grande, no tengo para qué decirlo. Esto no concierne más que á

mí; y además, tengo la memoria tan turbada en lo que se refiere á esta parte de mi viaje, que no podría contarlo. Tenía una fiebre violenta, y tuve que meterme en la cama en cuanto llegué, estando después bastante tiempo enfermo.

El Conde de Flamarande seguía en Inglaterra, y parecía querer fijar allí su residencia.

No le había parecido bien, como es natural, la revolución de Febrero, y no quería exponerse á las revueltas del Imperio. Tampoco estaba de acuerdo con los legitimistas, á quienes encontraba demasiado constitucionales, pues no concebía en política más que una monarquía absoluta con el predominio del clero. Había regañado con todos sus amigos y se encontraba aislado en Francia, por lo cual prefería protestar contra todo con su ausencia y vivir en el extranjero como si fuera un emigrado. La Condesa de Flamarande estaba en Menouville con su hijo, el preceptor y la señorita Hurts. Pasé el verano en París, enfermo, ocioso, y profundamente disgustado de un servicio que me creaba una responsabilidad sin trabajo y sin medios de hacerme útil.

Escribí á mi señor pidiéndole que me devolviese la libertad, que no podía recobrar por mí mismo después de los favores que había recibido de él.

Me contestó que salía para Menouville y que deseaba encontrarme allí para que le explicase los motivos que tenía para esto. Le ví, pues, en Normandía, á donde iba obligado por la reciente muerte de su apoderado general. La Condesa estaba allí todavía con Roger, á quien volví á ver con inmenso placer. La vista de este niño por sí sola aligeraba el peso de mi tristeza.

Hacia tiempo me había yo jurado no exponer nunca á la Condesa al enojo de su marido, y cumplí mi palabra, no diciendo al Conde nada de mis descubrimientos en Flamarande.

—Veo— me dijo él— que queréis dejarme porque el fastidio os consume. Sois una naturaleza activa y no podéis estar sin trabajo. Pues bien, os ofrezco mucho trabajo y una posición más elevada. Reemplazad al pobre Martín que acaba de morir: sed mi apoderado. Haré con vos el trato que os plazca: ó sueldo fijo, ó un tanto por ciento de los beneficios.

La proposición era buena, y no estaba, ni mucho menos, fuera del alcance de mis conocimientos; pero el señor Conde me puso una condición, á la que contesté con una negativa: quería que vigilase á su mujer mientras él la abandonaba.

—No me ocupo del pasado— me dijo— y deseo

que no vuelvan á hablarme de él. He borrado para siempre esa triste página de mi historia; y es más, aunque la Condesa reanude sus relaciones con la de Montesparre, aunque la digan dónde está su hijo, aunque quiera verle en secreto, no me importa..... Salcedo puede venir á Francia, y quizá se escriban con motivo del niño..... Sí, preveo todas estas eventualidades y acepto todas las hipótesis, excepto aquella en que las relaciones entre Salcedo y la Condesa fueran tales que me hiciesen temer la intrusión de un nuevo hijo en la familia. Como esta vez tendría yo la certeza indiscutible de que no era mío, deseo, quiero ser advertido á tiempo, para tomar mis medidas.

Le hice observar que estando fijo en Menouville no podría saber nunca lo que pasaba en París. Me respondió que yo tendría ese cuidado solamente en Menouville y que en París tendría otro vigilante. Insistió, y yo rehusé, porque estaba harto del oficio de espía y enrojecía al pensar que en otro tiempo me había prestado á él. Quería, aunque fuese á precio de la miseria, recobrar la dignidad y la estimación de mí mismo. Rechacé las ventajas que mi amo me ofrecía para el caso en que dejase su servicio, considerando que me había recompensado bastante al ayudarme á pagar las

deudas de mi padre. No quería nada más; nada, sobre todo, que pareciese pagar mi discreción.

Estaba completamente decidido, y ya me había despedido del Conde y arreglado mis maletas, cuando entró Roger en mi cuarto y arrojándose á mi cuello, sollozando, me dijo que no le quería, puesto que iba á abandonarle. ¡No quererle..... cuando sus lágrimas me desgarraban el corazón! ¡Abandonarle!..... ¡cuando por preservar su porvenir había hecho cosas, no sólo desagradables y peligrosas, sino vergonzosas y repugnantes!..... No pude resistir á sus ruegos y á sus caricias. Volví al lado de su padre y le pedí que me conservase en su casa sin condiciones. Él cedió á su vez.

—Queréis demasiado á Roger— me dijo— para permitir que un escándalo se produzca á su alrededor. No me prometáis nada: consiento en ello. Pongo mi hijo bajo la guardia de vuestra afección por él y de vuestro respeto por el honor del nombre que lleva.

Arregladas todas estas cosas, el Conde se dispuso á partir para Londres, después de haber preguntado á su mujer que si quería acompañarle ó volver á París, añadiendo que la dejaba completamente libre en su elección. Ella respondió que no tenía ninguna elección que hacer y que estaba dis-

puesta á lo que él la ordenase. Esta sumisión ciega le desconcertó, porque deseaba no volverse á ocupar de su mujer y no quería aparecer como que la abandonaba.

—Pues bien—la dijo para terminar—id á París, porque el clima es mejor para Roger que el de Londres; pero si alguna vez sentís el más pequeño deseo de ir á Inglaterra, ó me necesitáis en París para algo, escribidme, é inmediatamente estaré á vuestras órdenes.

## LIII.

Volvió á Inglaterra, donde pasó los diez últimos años de su vida, no viniendo á Francia más que temporalmente. Se encontraba realmente mejor en aquel clima brumoso y frío, pues parecía rejuvenecido. Verdad es que tenía mucho cuidado de su persona, como si temiese disgustar á alguien, y que había abandonado casi por completo su vida de estudios.

El hecho es que estaba dominado. Aquel hombre tan absoluto y tan obstinado había encontrado una mujer que le tenía en un puño, sin instrucción, ávida de diversiones frívolas, y aun más te-

naz en sus instintos que él en sus razonamientos. Afortunadamente no tuvieron hijos, y pudieron llevar una vida egoísta y cómoda. El Conde iba poco á reuniones, porque no le gustaban; pero recibía en su casa con intimidad á personas escogidas por su querida; es decir que ella alejaba toda relación seria, bajo pretexto de que el Conde tenía necesidad de distracciones para su salud. Le rodeaba de hombres nulos y de mujeres ligeras. Había mucho lujo en su casa, pero no había menudado el capital del Conde con el *pellizco* de ninguna gran suma, porque aquella mujer sólo se ocupaba en divertirse y vivir bien, y no había pensado en capitalizar por su cuenta.

Supo todo esto en Londres una vez que me vi obligado á ir para dar cuenta á mi amo de algunos negocios que había hecho. El Conde decía siempre lo que se había de hacer en cuanto á la educación de Roger, que seguía estudiando en su casa bajo la dirección de su preceptor. Este preceptor continuaba siendo el abate Ferrás, un hombre muy dulce y muy paciente, pero que carecía en todo de iniciativa y no tomaba nada con calor. No pensaba más que en sus trabajos filosóficos, que eran su única pasión. En el campo, cuando Roger estudiaba poco ó nada sus lecciones, el pobre hombre

puesta á lo que él la ordenase. Esta sumisión ciega le desconcertó, porque deseaba no volverse á ocupar de su mujer y no quería aparecer como que la abandonaba.

—Pues bien—la dijo para terminar—id á París, porque el clima es mejor para Roger que el de Londres; pero si alguna vez sentís el más pequeño deseo de ir á Inglaterra, ó me necesitáis en París para algo, escribidme, é inmediatamente estaré á vuestras órdenes.

## LIII.

Volvió á Inglaterra, donde pasó los diez últimos años de su vida, no viniendo á Francia más que temporalmente. Se encontraba realmente mejor en aquel clima brumoso y frío, pues parecía rejuvenecido. Verdad es que tenía mucho cuidado de su persona, como si temiese disgustar á alguien, y que había abandonado casi por completo su vida de estudios.

El hecho es que estaba dominado. Aquel hombre tan absoluto y tan obstinado había encontrado una mujer que le tenía en un puño, sin instrucción, ávida de diversiones frívolas, y aun más te-

naz en sus instintos que él en sus razonamientos. Afortunadamente no tuvieron hijos, y pudieron llevar una vida egoísta y cómoda. El Conde iba poco á reuniones, porque no le gustaban; pero recibía en su casa con intimidad á personas escogidas por su querida; es decir que ella alejaba toda relación seria, bajo pretexto de que el Conde tenía necesidad de distracciones para su salud. Le rodeaba de hombres nulos y de mujeres ligeras. Había mucho lujo en su casa, pero no había menudado el capital del Conde con el *pellizco* de ninguna gran suma, porque aquella mujer sólo se ocupaba en divertirse y vivir bien, y no había pensado en capitalizar por su cuenta.

Supo todo esto en Londres una vez que me vi obligado á ir para dar cuenta á mi amo de algunos negocios que había hecho. El Conde decía siempre lo que se había de hacer en cuanto á la educación de Roger, que seguía estudiando en su casa bajo la dirección de su preceptor. Este preceptor continuaba siendo el abate Ferrás, un hombre muy dulce y muy paciente, pero que carecía en todo de iniciativa y no tomaba nada con calor. No pensaba más que en sus trabajos filosóficos, que eran su única pasión. En el campo, cuando Roger estudiaba poco ó nada sus lecciones, el pobre hombre

se consolaba hojeando interminables catálogos para ver en ellos las nuevas obras filosóficas publicadas. En París, tan pronto como cumplía su tarea cotidiana con el niño, se iba á reflexionar sobre el muelle ó bajo las arcadas del Odeon.

Se veía claro que Roger no aprendía absolutamente nada con él, y sin los cuidados de su madre hubiera sido un completo ignorante. La Condesa asistía á sus lecciones y se las tomaba después por su cuenta, repitiéndoselas bajo diversas formas, hasta que se cercioraba de que las había comprendido. Entonces le dejaba tranquilo; pues suponer que él se tomase el trabajo de escuchar y de resumir, hubiera sido hacerse ilusiones. Los esfuerzos de la imaginación le eran completamente desconocidos, pues su madre había hecho todo lo posible para evitárselos, y como él lo sabía, decía cándidamente al abate:

—Con tal que mamá comprenda, no me hace falta más.

El Conde de Flamarande parecía haber querido mucho á su hijo en los primeros años; pero cuando le vió tan ligero, tan impetuoso, tan poco capaz de razonar con calma, le mortificó con sus reproches irónicos. El niño le tomó miedo, y el miedo lleva consigo en los niños la falta de cariño. Á

medida que las ausencias de su padre fueron más frecuentes y más largas, más incómodo y asustado estaba el niño cuando venía. El Conde encontraba frío y torpe en su presencia á aquel niño tan expansivo, tan amable y tan seductor con los demás. Hubiera deseado estar orgulloso de su hijo, y no veía sino sus defectos. Pensó llevarle á su lado para instruirle á su gusto; pero la Condesa pareció resuelta á seguirle, y sin duda esto último no debió agrandar á la mujer ilegítima, porque se vió al Conde desistir de su propósito.

Había resuelto no hablar de mí más que cuando estuviese mezclado con los asuntos de la familia Flamarande; pero creo que al continuar mi relato tengo que hacer un estudio fisiológico de mí mismo para la explicación de mi conducta.

Desde luego me instalé, con grandes alegrías de Roger, en el pabellón de la intendencia de Menouville, donde creí que iba á ser más dichoso, pues ya no era lacayo, sino funcionario. No era ya Carlos á *secas*: me llamaban por mi apellido, y era el señor de Louvier. No me mandaba nadie más que un amo ausente que tenía demasiada confianza en mí para no aprobar lo que hiciera. Yo hubiera preferido un sueldo fijo á todo lo que hubiera podido parecer una ganancia no en relación con

mi trabajo. Me esforcé en aumentar las rentas de la casa sin disminuir por esto los gastos de reparación y cuidado de las fincas, lo cual no era difícil estando yo de buena fe, y siendo casi imposible que me engañasen.

Pasados los primeros días que dediqué á mi instalación, volvió mi tristeza. Era una especie de hastío de todo. La estimación y la amistad que me demostraban no me parecían sinceras, y en esto era injusto, pues todo el mundo, y principalmente, la Condesa, me demostraban una confianza sin límites en todo lo que concernía á mi nuevo empleo.

Mas ¡ay! ¡estaba descontento de mí mismo! El pasado, que deseaba olvidar, me perseguía como un mal sueño. Por la noche no podía cerrar mis ojos; y es que había querido mezclarme, saber tanto de la vida de los demás, que ya no era dueño de la mía. No podía dominar mi imaginación y obligarla á permanecer tranquila como convenía á mis nuevas atribuciones, sino que viajaba en sueños, atravesaba montañas, robaba niños y me internaba en cavernas en que era perseguido por terribles fantasmas. Tenía curiosidades insensatas, y sin saber por qué sentía algunas veces un horrible pavor que me despertaba bañado en sudor ó helado de

frío. Tenía sueños de criminal, y sin embargo nunca había querido hacer daño á nadie.

Algunas veces me complacía en oír las voces de mi conciencia que me decía:

—No, mis intenciones no eran como trato sin cesar de presentármelas. No era sólo el interés de Roger el que me movía á ocultar al otro niño y á descubrir el secreto de su madre, sino mi rabia contra *ella*, abrogándome el derecho de juzgarla, que pertenecía á su marido.

Y entonces sentía que aquel pequeño fragmento de papel que había robado del pecho de Salcedo, y que llevaba como él en un saquito sobre el mío, me pesaba y parecía grabar con fuego sobre mi piel estas palabras: *¡Vela por nuestro hijo!.....* ¡Qué hermoso papel hubiera sido el de Salcedo, si la mujer calumniada hubiese podido decirle: *¡Vela por mi hijo!.....* ¡Ah! en ese caso también hubiera podido decírmelo á mí, que hubiese dado mi vida entera por cumplir esta misión sagrada tan bien, no mejor que Salcedo. ¿Pero qué mérito tenía el que éste cuidase y atendiese á su hijo? Sólo cumplía con su deber tratando de reparar el crimen de haber hecho traición á la amistad y pervertido la inocencia de una joven.

¿Pero por qué no podía yo mirar friamente todas



estas cosas, esperando el porvenir armado con la prueba que poseía? No, no sabía, no podía estar tranquilo; tenía necesidad de condenar ó de absolver, y tan pronto me preguntaba por qué no hablaba con claridad á la Condesa, yendo á quitarla la máscara y á obligarla á que renunciase á proyectos contrarios á Roger; tan pronto me decía que jamás tendría valor para humillar el orgullo de una mujer tan hábil y el corazón de una madre tan apasionada.

¿Pensaría la Condesa, al verme hostil y observando una extraña conducta, que experimentaba por ella sentimientos indignos de mi razón y de mi honor? La idea de que pudiera figurarse esto y me humillase ridiculizándome en su interior, me era insoportable y me hacía pasar horas de insomnio, preparando las negaciones más ofensivas, sin encontrar nunca bastantes para disculparme.

Y después toda esta energía decaía de repente, sintiéndome débil y atacado de vértigos. Me acordaba de las lágrimas que había visto derramar en Sevines á aquella madre desolada, y pensaba que no había nacido para ejercer el oficio de verdugo.

La obsesión de mis pensamientos se hizo tan cruel, que resolví no volver á pensar en nada, é hice la guerra á mis recuerdos, como un médico que

persigue paso á paso la enfermedad. Me impuse un régimen, tanto en lo moral como en lo físico, y busqué fuera de mis ocupaciones habituales, que me dejaban muchos ratos de más, una pasión, una manía cualquiera que me distrajera de mis preocupaciones.

Hice varios ensayos, y al fin me decidí por la horticultura, llegando á tener los rosales más hermosos que había en veinte leguas á la redonda; pero Roger me cogía las rosas para llevárselas á su madre, y yo no tenía ni autoridad para impedirselo, ni derecho para ofrecerlas yo mismo.

Hice ensayos de ingertar árboles frutales, é hicieron de mí grandes alabanzas, porque conseguí muy buenos resultados; pero yo hubiese querido mejor una ocupación que me proporcionase goces más elevados. Deseé aprender la música, que ya había estudiado un poco en mi juventud. El apoderado general que me había precedido había dejado en la casa un piano viejo de su mujer que no habían juzgado conveniente llevarse. Traté de componerle y lo conseguí. Encolé las teclas, puse cuerdas nuevas, forré los macillos y pude llegar á conseguir quedase bastante bien. Entonces empecé á recordar valsés y romanzas, y hasta hice composiciones que me parecieron admirables, pero que

no valían nada y carecían de originalidad. Roger, que empezaba á aprender la música y que tenía mucho gusto, me dijo que yo no entendía una palabra y que sólo lograba cencerrear, limitándose á admirar mi paciencia en la restauración del piano.

Tomé gusto á jugar al ajedrez con el abate, que venía por la noche á darme lección y me decía que tenía buenas disposiciones; pero jamás conseguí ganarle.

Por fin me aficioné á la literatura y probé á escribir novelas. Esta fué una distracción muy entretenida, pero muy dolorosa para mí, porque caía siempre en los hechos de mi vida. Tomaba el gusto y el manejo de la forma, pero no tenía imaginación.

¡No podía suponer ni inventar nada fuera de mi propia existencia!

Un día del año 1855 (recordaré siempre esta fecha en que se verificó un cambio completo en mi existencia moral), era yo presa de un acceso de *spleen* al volver de una quinta donde mi obligación me había llamado, y seguía el camino de un derrumbadero bastante profundo diciéndome á cada paso:

—¿A qué vivir con esta enfermedad incurable?  
¡Es tan fácil acabar de una vez!

La obsesión de esta idea se hizo tan fuerte, que me detuve y sentí que el vértigo se apoderaba de mí. No podía resistir más. En aquel momento no tenía conciencia de mis actos, y no sabré decir si tenía la resolución del suicida, ó si me quedaba fuerza aún para resistir á la tentación. Me parecía que soñaba, y tal vez hablaba sin saberlo, cuando de pronto una voz me hizo estremecer. Volví la cabeza y ví á la Condesa que me miraba con espanto. Recobré mi lucidez para quitarme el sombrero y retirarme á un lado para dejarla pasar. Pasó delante de mí sin rozarme, y dijo deteniéndose:

—¿Volvíais á casa, Carlos?

—Sí, señora Condesa.

—¿Ahora mismo?

—A menos que la señora no disponga otra cosa.....

—No, gracias.

## LIV.

Dió algunos pasos y volvió otra vez la cabeza. Me había quedado inmóvil y la seguía con los ojos, no preguntándome dónde iba así, sola, á la en-

trada de la noche, pues esto me había llegado á ser indiferente; sino pensando con amargura en la especie de interés que había creído leer en su mirada, y que no era, sin duda, más que una ilusión de mi fantasía; así es que me sorprendí mucho cuando la ví hacerme señas de que me acercase á ella.

Obedecí, y cuando estuve á su lado me dijo con una sonrisa algo forzada:

—Perdonad si os llamo, Carlos; pero..... ¿os atrae el abismo?

—No, señora.

—¡Ah! es que..... hace un instante me pareció.....

Se interrumpió y añadió riendo:

—Es que á mí me atrae, y tengo miedo de internarme sola en ese sendero; y si no fuese por abusar de vuestra bondad, os rogaría que me acompañaseis hasta esa cabaña que podéis ver á vuestros pies.

—¿Me permite la señora Condesa pasar delante?

—Pasad y dadme uno de los extremos de vuestro bastón, teniendo vos el otro, pues con tal que encuentre un punto de apoyo, por pequeño que sea, no sentiré ya la influencia del vacío.

La conduje así, sin decir una palabra, hasta la

cabaña de un pobre pescador enfermo á quien llevaba algunos socorros. Pensé, á pesar mío, que tendría allí alguna cita y que me mandaría que la dejase; pero me rogó, por el contrario, que entrara con ella, á fin de acompañarla después.

La Condesa entendía muy bien la caridad; no era de esas mujeres nerviosas que dominan violenta é inútilmente el escrúpulo que sienten al ver las enfermedades y la miseria. No parecía experimentar este escrúpulo, pero no hacía nada para desafiarle. Enviaba al médico ó al cirujano, y no tocaba una llaga más que cuando no había nadie en la familia que supiese curarla. No iba en persona á casa de los desgraciados más que para demostrarles su interés y conocer sus necesidades. Los trataba con una gran naturalidad y se hacía querer de todo el mundo.

Al cabo de algunos momentos de conversación con el enfermo y su mujer, emprendió conmigo el camino del castillo por la explanada, que era más largo, pero más seguro. Caminaba detrás, pues aun no había perdido con ella mis costumbres de respetuoso servidor, cuando me dijo sin afectación:

—El camino es bastante ancho; dadme el brazo, Carlos, porque no se ve bien.

La presenté mi brazo en silencio. Una desconfianza profunda se iba apoderando de mí.

—Lo sabe todo—pensé—y me odia ó me teme.

Tal vez Salcedo se haya apercibido por fin de la sustitución de su talismán, y quiera ella averiguar si soy yo quien le tengo.

Pero la Condesa me habló con mucha naturalidad de otras mil cosas, sin ocuparse para nada ni de ella ni de mí y sin demostrar la inquietud que había supuesto en ella. Parecía excitada su curiosidad por lo que Roger llamaba mis invenciones, y me habló de mis rosales, de la compostura del piano y de mis partidas de ajedrez con el abate Ferrás. Roger la había hablado de todo esto, y no quedaba nada más que mis estudios literarios que fuesen conocidos por mí solo.

Habiéndome preguntado que en qué me ocupaba con más gusto, respondí que tenía la desgracia de cansarme de todo en el momento en que llegaba á las verdaderas dificultades. Entonces comprendí, por las reflexiones que me hizo, que mi tristeza la había llamado la atención y que se inquietaba por mi salud. Me puse en guardia y encerré la amargura de mi vida en el fondo de mi corazón. A la entrada del parque se despidió de mí, dándome las gracias por mi compañía, con un

acento tan cariñoso, que me conmovió; pero pronto recordé que esa era su manera de ser con todo el mundo.

Sin embargo, este paseo me dejó muy preocupado é hizo aumentar mi melancolía. Al día siguiente estaba haciendo unas cuentas delante de la ventana abierta. Después de haber cerrado el registro quedé absorto en dolorosas reflexiones, cuando ví que dos sombras pasaban por delante de mi ventana.

—¡Mírale en éxtasis!—dijo Roger, que tenía entonces poco más de trece años.—¡Mira qué cara tiene, mamá! No se ríe nunca, ni aun conmigo. ¡Figúrate cómo estará! Te he traído para que le confieses, pues es seguro que tiene algún gran pesar, y ahora te dejo con él para que te cuente la causa de su tristeza, y tú se la quitarás, ó confesará que está enfermo y le harás consultar con un médico..... Vamos..... señor Carlos—añadió, alargando el brazo para cogerme de una oreja:—obedece á tu niño mimado abriendo tu corazón á mamá.

Después de haber hablado así, desapareció, y quedé solo frente á frente de su madre, que, apoyada en el cerco de mi ventana, fijaba en mis ojos esquivos su límpida mirada con una expresión tan franca y tan afectuosa, que me conmovió. Fasci-

nado y sobreexcitado al mismo tiempo, sin saber por qué; queriendo hablar para negar mi tristeza, y no pudiéndolo conseguir por la emoción que me embargaba, brotaron de mis ojos amargas lágrimas.

La Condesa, que me seguía mirando, me cogió la mano y me dijo con voz dulce:

—¡Pobre Carlos!

Había tanta bondad, tanta sinceridad en su expresión y en su acento, que perdí la cabeza y exclamé, sin poder escoger ni contener mis palabras:

—*¡Vela por nuestro hijo!*

Me miró con una sorpresa en que no había nada de fingimiento, mientras yo me apresuraba á añadir avergonzado y confuso:

—Eso es lo que la señora Condesa ha querido decirme.

Se separó vivamente de la ventana, haciéndome señas de que no cerrase, y entró en mi habitación por la puerta vidriera, que cerró luego tras sí.

—Habéis comprendido— me dijo con fuego.— Pensaba en *el otro*, en el que vos habéis cuidado cuando su padre le rechazó y su madre desesperaba de encontrarle. Carlos, si le amabais, ¿por qué le habéis abandonado?

—Le he abandonado—respondí—el día en que supe que os le habían devuelto.

—¡Devuelto!..... ¡Ay! sólo le he visto para dejarle en seguida, y no puedo ir á darle un beso más que rara vez y en secreto. Ya sabréis eso, puesto que habéis adivinado.....

—No he adivinado, señora; lo sé..... lo sé todo. Vuestro hijo no me necesita ya.

—¿Lo sabéis todo?..... ¿Y el señor Conde?

—No sabe nada.

—¿Me lo juráis por vuestro honor?

—Y por la salud de Roger.

—Os creo, Carlos, os creo. Creía que mi marido sospechaba la verdad y que debía algo á su tolerancia; pero, según parece, persiste en creerme indigna, pues para obrar de la manera que él lo hace, tiene que acusarme en su pensamiento. Bien sé lo que es eso, porque me lo ha dado á entender muchas veces sin permitirme que protestase. Vamos..... ha llegado el momento de decirme la verdad, y quiero saberla. ¿Me acusa de haber cedido á la violencia, ó á la seducción?

Hablaba con un acento tan altanero, que me hizo daño, y temí que sin poderme contener iba á revelar todos mis secretos.

—Suplico á la señora—respondí— que no me

interrogue en este instante en que me encuentro tan abatido; otro día.....

—Como queráis—replicó.—No hablemos de mí, sino de vos. Os veo enfermo, en efecto, y por una causa moral que creo adivinar. Sabéis que conozco los acontecimientos de Sevines, y creéis que no os perdono el mal que me habéis hecho. Pues bien, os lo perdoné por completo el día en que supe por la nodriza los cuidados que habéis tenido con mi pobre hijo. Ella fué quien contó que ambos estuvisteis dispuestos á llevaros al niño para evitar algo peor, y también fué quien nos dijo la existencia de la declaración del Conde de Flamarande, que vos la enseñasteis. Ya me figuro que exigisteis esta declaración, que la conserváis siempre..... No os la pido, está en vuestras manos y quedo tranquila. Vos no me acusabais, porque sabíais que mi marido era presa de un acceso de locura..... Cuando pidió al niño á poco de nacer, la nodriza creyó que quería..... ¡qué horror, Dios mío! Pero me ha dicho que vos le observabais y que salvasteis á mi hijo..... Después de saber esto, ¿cómo no he de quererlos mucho, Carlos? Habéis sido muy hábil en disimular, es verdad; me habéis dejado sufrir cruelmente; pero he comprendido vuestro silencio el día en que he conocido los he-

chos. He comprendido por qué habíais llevado á mi hijo á Flamarande, combinándolo todo en su interés y en el mío. Veinte veces he estado á punto de daros las gracias; pero vuestra actitud me imponía, y supuse que habíais hecho algún juramento á mi marido. No quise, al pensar esto, apartar de su deber á un hombre tan generoso y tan austero..... Si hace mucho tiempo nos hubiéramos explicado, ¡cuántos sufrimientos hubieran podido evitarse! Pero entonces no os conocía yo lo bastante, y aunque no soy desconfiada..... se trataba de mi hijo, y ya comprenderéis que por un hijo se deben violentar todos los instintos y todas las ideas; después he creído que huíais de mis preguntas, y por fin, hace ya tiempo os veo triste y cuidadoso de evitar mi presencia. Roger está intranquilo, y yo también.... Ayer, cuando os encontré, había en vuestro rostro algo de la expresión de un hombre que está desesperado. Tuve miedo, y por eso os pedí que me acompañarais, buscando un pretexto. Vamos, Carlos, es necesario que os reconciliéis con la vida; os fastidiáis, vivís demasiado solo y creéis que nadie os aprecia ni se interesa por vos; pues estáis equivocado; Roger os quiere mucho..... y yo más aún..... Mirad lo que voy á proponeros que aceptéis.

Y como yo hiciese un gesto de temor, añadió:  
 —¡Oh! ¡no tengáis miedo! ¡No pienso ofrecer os ningún dón, porque os conozco! Quiero solamente cambiar ese género de vida que os mata, yendo á comer con nosotros todos los días, y en seguida podréis jugar una partida de ajedrez con el abate Ferrás..... No me interrumpáis; sé lo que váis á decir: que el Conde de Flamarande no encontrará bien esta intimidad; pero no nos será difícil suspender estas visitas durante las cortas y raras apariciones que hace por aquí. Si alguna otra persona tuviese algo que decir al verme tratar con cariño al hombre honrado y caballero que cuida de los intereses de mi hijo, despreciaría sus murmuraciones. En la soledad en que vivo necesito sociedad, y no podría encontrar ninguna mejor ni más legítima. Ya sabéis que cuando Roger se ausenta, como con Elena, y nadie lo encuentra mal. Pues bien, haremos mesa común y formaremos así una familia de personas igualmente educadas y que se quieren mucho. Prometedme empezar desde esta noche, Carlos. Roger vendrá á buscaros.

Balbuocé una respuesta vaga. La Condesa me estrechó la mano, diciendo:

—¡Hasta luego!

Y salió.

#### LV.

Mucho trabajo me costó reponerme de la agitación que se siguió en mi alma á tan imprevisto acontecimiento. Me sentía cogido en un lazo, y me preguntaba con inquietud cómo podría evadirme. No era posible resistir á la seducción de aquella mujer. Sabía que poseía una prueba por medio de la cual podía obligar á su marido á devolverle su hijo, y nada olvidaba por hacer que me interesase en su favor. ¿Cómo no había hecho esto antes? ¿Había tenido en cuenta para no hacerlo, mi adhesión inquebrantable al Conde? ¿Estaba persuadida de que yo la creía digna bajo todos conceptos?

Tal vez, porque yo no había revelado á nadie su cita del *Bosque de Bolonia*, ni mis descubrimientos posteriores en el *Refugio*. Podía, pues, tener esperanza de explotar mi inocencia en provecho de Gastón.

—¡Ay!—me dije;—¡qué desgracia es que esta víctima de la severidad conyugal no sea una víctima sin tacha! ¡Qué placer tendría yo en poderla servir y sacrificarme por ella, en lugar de tener que fingir como ella finge.

Y como yo hiciese un gesto de temor, añadió:  
 —¡Oh! ¡no tengáis miedo! ¡No pienso ofrecer os ningún dón, porque os conozco! Quiero solamente cambiar ese género de vida que os mata, yendo á comer con nosotros todos los días, y en seguida podréis jugar una partida de ajedrez con el abate Ferrás..... No me interrumpáis; sé lo que váis á decir: que el Conde de Flamarande no encontrará bien esta intimidad; pero no nos será difícil suspender estas visitas durante las cortas y raras apariciones que hace por aquí. Si alguna otra persona tuviese algo que decir al verme tratar con cariño al hombre honrado y caballero que cuida de los intereses de mi hijo, despreciaría sus murmuraciones. En la soledad en que vivo necesito sociedad, y no podría encontrar ninguna mejor ni más legítima. Ya sabéis que cuando Roger se ausenta, como con Elena, y nadie lo encuentra mal. Pues bien, haremos mesa común y formaremos así una familia de personas igualmente educadas y que se quieren mucho. Prometedme empezar desde esta noche, Carlos. Roger vendrá á buscaros.

Balbuocé una respuesta vaga. La Condesa me estrechó la mano, diciendo:

—¡Hasta luego!

Y salió.

#### LV.

Mucho trabajo me costó reponerme de la agitación que se siguió en mi alma á tan imprevisto acontecimiento. Me sentía cogido en un lazo, y me preguntaba con inquietud cómo podría evadirme. No era posible resistir á la seducción de aquella mujer. Sabía que poseía una prueba por medio de la cual podía obligar á su marido á devolverle su hijo, y nada olvidaba por hacer que me interesase en su favor. ¿Cómo no había hecho esto antes? ¿Había tenido en cuenta para no hacerlo, mi adhesión inquebrantable al Conde? ¿Estaba persuadida de que yo la creía digna bajo todos conceptos?

Tal vez, porque yo no había revelado á nadie su cita del *Bosque de Bolonia*, ni mis descubrimientos posteriores en el *Refugio*. Podía, pues, tener esperanza de explotar mi inocencia en provecho de Gastón.

—¡Ay!—me dije;—¡qué desgracia es que esta víctima de la severidad conyugal no sea una víctima sin tacha! ¡Qué placer tendría yo en poderla servir y sacrificarme por ella, en lugar de tener que fingir como ella finge.



No estaba aún decidido á aceptar su invitación, cuando Roger vino á buscarme con tanta prisa, que apenas me dió tiempo para retirarme. Me hice rogar mucho, porque aquella comida diaria era incómoda para mí, que odiaba tener que vestirme y que podía disponer de muy poco tiempo. Además, no comía, y era un convidado triste que no servía para dar animación á una mesa; pero todas estas razones que yo daba á Roger eran inútiles, porque cuando el impetuoso niño quería una cosa, no había medio de negársela, y la idea de que comiese con ellos había salido de él. Así es que, cogiéndome de un brazo, me arrastró á la fuerza, pues era muy robusto y yo estaba debilitado por la tristeza.

La comida se servía en una salita en que hasta entonces había comido solo el abate Ferrás, admitido al mismo tiempo que miss Elena y yo en la intimidad de la Condesa.

Fuimos servidos por el *groom*, á quien dirigía miss Hurts.

Evidentemente la Condesa, al cambiar sus costumbres y las nuestras, quería procurarse la ocasión incesante de hablar conmigo de sus alegrías ó de sus penas maternas. Estuvo adorable de bondad; Roger loco de alegría; el abate muy tran-

quilo, y Elena ocupándose de todos nosotros con la mayor amabilidad. Noté que la Condesa la trataba como á una amiga, y no me extrañó, pues sabía que estaba enterada de todos sus secretos.

Después de comer, la Condesa bajó al jardín y cada uno de nosotros se fué á sus quehaceres; pero antes de dejarla nos exigió que volviésemos de ocho á diez á jugar en su salón la partida de ajedrez que todas las noches tenía lugar en su casa.

Yo había esperado preguntas, insinuaciones y falsas confidencias; pero no hubo nada de esto.

Me había evadido de contestar bajo el golpe de mi primera emoción, y contando con que nuevas preguntas no se harían esperar, preparé de antemano mis respuestas; pero la Condesa no me preguntó nada, hablando de otras cosas conmigo y tratándome en todo como si hubiese sido su igual. Jamás sorprendí el más leve esfuerzo para influir mis ideas en provecho de las suyas; y ésta no era una tolerancia particular conmigo, pues con todo el mundo parecía la bondad misma. Odiaba la disputa y permitía, cuando más, la discusión. Era más modesta al par que iba siendo más instruída, pues hacía algunos años que estudiaba mucho para hacer estudiar á su hijo, y su inteligencia se había desarrollado extraordinariamente.

Era, en fin, un ser original á fuerza de parecer tan perfecta. Todos los que la veían un instante la querían, y era adorada por los que vivían á su lado. No había más remedio que sentir el encanto de aquella bondad, de aquella suave dulzura. No traté de evadirme de él, porque ví que mis simpatías en este punto por la Condesa no podían traerme ningún compromiso contrario á mis resoluciones. Poco á poco me sentí renacer en aquella nueva vida, que era para mí como una rehabilitación. Mi antipatía por la esposa culpable se borró como un mal sueño. ¿Era posible exigir de ella una reparación más sostenida, una sumisión más heroica á la voluntad de su marido y un cariño más absoluto al hijo legítimo?

Siempre la compadecía, pero en algunos casos no podía menos de admirarla. Tampoco podía menos de sentir un agradecimiento profundo por la nueva existencia que me creaba así, sin condiciones y por el solo placer de colocar en su esfera á un desgraciado, largo tiempo alejado de ella.

La Condesa me creía digno, ignorando mi largo espionaje y mi terrible campaña en el *Refugio*, y yo estaba usurpando el elevado lugar que me concedía en su imaginación.

¿Pero ignoraba en absoluto el exceso de mi ca-

riño por Roger? ¿No había descubierto Salcedo mi sustitución? Estas reflexiones turbaban á menudo mi sueño. Me veía atraído á relaciones íntimas que harían muy penosa mi oposición á los proyectos del porvenir. ¿Pero existían esos proyectos? ¿Querrían obligar al Conde á reconocer á Gastón? ¿Se atreverían á descorrer aquel velo misterioso? No, no podían hacer esto. ¿Esperarían la muerte del Conde? En ese caso tendrían que aguardar mucho, porque estaba aún muy joven y había conseguido dominar la afeción crónica que había amenazado su vida durante tanto tiempo.

En suma, los años transcurrieron sin que ninguna tentativa fuese hecha en este sentido. Hice conmigo mismo un compromiso que me devolvió la calma. No era rigorista por sistema, y nada me impedía ser el amigo cariñoso y discreto de una mujer excelente, encantadora, que, casada con un hombre raro, había cedido á la pasión de un adolescente lleno de seducciones. El hijo de la adúltera había sido desterrado por el marido y recogido por el verdadero padre. Todo esto era tolerable y no me concernía. Temí en un principio que quisieran comprometerme á introducir al hijo ilegítimo en la familia legal; pero nada de eso ha-

bía sucedido. Podía en adelante estar en paz conmigo mismo, sentir sin miedo el dulce ascendiente de aquella bondad, y perdonarme haber dudado de ella hasta el punto de haber buscado armas excepcionales, encontrándome por fin en una esfera en donde mis facultades, largo tiempo oprimidas, encontrarían todo el desarrollo que podrían esperar.

FIN DEL CASTILLO DE FLAMARANDE (1).

(1) El episodio en que termina EL CASTILLO DE FLAMARANDE lleva por título LOS DOS HERMANOS.

